











ROMANCERO
DE
EL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIJOTE DE LA MANCHA

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY
1207 EAST 58TH STREET
CHICAGO, ILL. 60637

RECEIVED
MAY 15 1964

1964

ROMANCERO

DE

EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

SACADO DE LA OBRA INMORTAL DE

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

POR SU ADMIRADOR ENTUSIASTA

MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ

SEGUNDA PARTE

~~~~~  
TOMO SEGUNDO  
~~~~~

MADRID

JOSÉ GÓNGORA Y ÁLVAREZ, IMPRESOR

San Bernardo, núm. 85.

1890

SECRETARIA DE FOMENTO

El presente documento es propiedad de la Secretaría de Fomento y no debe ser distribuido fuera de su ámbito de competencia. Toda reproducción o uso no autorizado quedan expresamente prohibidos.

ES PROPIEDAD

SECRETARIA DE FOMENTO DE LOS ESTADOS UNIDOS MEXICANOS

ROMANCERO

SEGUNDA PARTE

«....Acudió otro de aquellos caballeros con este pensamiento, y con mucha agudeza dijo:—Si necesidad le ha de obligar á escribir, plega á Dios que nunca tenga abundancia, para que con sus obras, siendo él pobre, haga rico á todo el mundo.»

(Aprobación de la Segunda parte de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* por el licenciado Marqués de Torres, á nombre del Doctor Gutierre de Cetina, Vicario General de la Villa y Corte de Madrid). (1) *

ROMANCE I

La convalecencia.—Visita.

CUENTA el sabio CIDE HAMETE
BENENGELÍ, fiel testigo
Y cronista de los hechos
De nuestro hidalgo perínclito,
Que después de haber estado
Este de mucho peligro,
Dió por fin claras señales
De salud y entero juicio.

* Las notas van al final del tomo.

Esparcióse por el pueblo
La noticia de su alivio
Y el Cura y el rapabarbas
Fueron á verle solícitos.

Sentado estaba en su lecho
Con almilla y bonetillo
Toledano, y su figura
Daba un susto al miedo mismo.

Tan flaco y amojamado
Estaba, que era un prodigio
Ver aquellos mondos huesos
Guardando cierto equilibrio.

Recibióles tan afable,
Tan sesudo y tan pacífico,
Que sus discursos le daban
Credencial de discretísimo.

Hablaron de cien asuntos
Diversos, con tanto tino
Por su parte, que era un gusto
Para todos el oirlo.

De lo que entonces llamaban
Razón de Estado, se vino
Á los modos de gobierno
Que hoy llaman actos políticos.

Y en el curso de su plática
Charlaron con tanto ahinco
Que era un Solón cada uno
Ó un Licurgo flamantísimo.

Hallábanse allí presentes
Ama y sobrina, y con brinco
Del corazón, celebraban
El bien del amo y del tío.

Mas ¡ay! que de pronto el Cura
Tocó un funesto registro.
Poniendo en mal hora á prueba
Á nuestro hidalgo perínclito.

Don Quijote siempre el mismo.

Cox intención cautelosa
No quiso el Cura al principio
Hablar al buen caballero
De las cosas de su oficio;
Pero, mudando el propósito,
Su sanidad probar quiso,
Y con capciosas palabras
De esta manera le dijo:
—Según noticias seguras
Que de la corte han venido,
Tiénese ya averiguado
Que el Turco, traidor é impío,
Baja ya con una armada
Podérosa, decidido
A caer con gran violencia
No sabemos en qué sitio,
Ni en qué nación, pues se ignoran
Sus alevosos designios;
Si bien los reyes cristianos
Y nuestro Monarca invicto,
Fortificando sus costas,
Esperan al enemigo

Calló el Cura, y Don Quijote
Que se quedó pensativo,
Dando acaso cuerda larga
Á sus pasados delirios,
Dijo al fin:—Esos acuerdos,
Son sabios y prudentísimos;
Que un gran rey no ha de exponerse
Á estar desapercibido.
Pero si Su Majestad
Tomara el consejo mio,
Aconsejále yo
Que previniera un arbitrio

En el cual no habrá pensado
Por involuntario olvido.

Apenas oyó esto el Cura
Cuando entre dientes se dijo:

—Dios te tenga de su mano,
Pobre Don Quijote amigo,
Que temo que te despeñas
De tu locura al abismo.

—Sepamos, dijo el Barbero,
Algo de ese plan magnífico,
Y veamos si es de aquellos
Impertinentes ó ilícitos
Que suelen darse á los reyes
Con daño del reino mismo.

—Mi plan, señor rapador,
Dice el hidalgo ofendido,
No tiene nada de sandio
Ni tiene nada de nimio.

Antes bien es fácil, justo,
Y mañero y advertido.

—Ya tarda, replica el Cura,
Vuesa merced en decirlo.
Hable, pues.—Es que me temo
Si ahora incauto lo publico,

Que mi secreto mañana
Vaya á dar en los oidos
Del Consejo, y se aprovechen
Otros de aquello que es mio.

—Por mí, repuso el Barbero,
Juro por la fe de Cristo
No explicar á nadie nada
De cuanto llegue á decirnos.

—Me place tal juramento;
Tanto más, cuanto imagino
Que el señor Barbero es hombre
Fiel, honrado y fidedigno.

—Y aunque no lo fuera, yo,
Dijo el Cura, ratifico
Su promesa, y de él respondo
Cual respondo de mí mismo.

—Y á vuesa merced ahora
¿Quién le fía, señor mio?

—Mi profesión que es sagrada
Y ordena guardar sigilo.
—Entonces ¡cuerpo de tal!
Gritó el hidalgo con brio,
¿Hay más que mandar el Rey
Reunir en un mismo sitio
Á todos los caballeros
Andantes, que por distintos
Puntos vagan, y encargarles
Que defiendan sus dominios?
Con solo media docena
Que acudiese, yo estoy fijo
Que tal podría entre ellos
Venir, que diera castigo
Al turco, desbaratando
Su insolencia y poderio.
No es cosa nueva el que un héroe
Pertenece á mi oficio,
Á ejércitos poderosos
Haya él solo destruido.
Vivieran hoy los famosos
Don Belianís, los invictos
Descendientes de Amadís
De Gaula, y yo os certifico
Que cualquiera de ellos, diera
Cuenta del turco precito.
Dios, sin embargo, que cuida
De su pueblo, hará propicio
Por depararnos alguno,
Que si no tan aguerrido
Y tan bravo como aquellos,
Tampoco les ceda en brios
Y en ánimos; y con esto
Harto callo y harto digo
Y Dios me entiende.—Él me mate,
Dijo la Sobrina al oírlo,
Si no quiere á las andadas
Volver hoy mi señor tío!
Y oyéndola Don Quijote
De esta manera les dijo:
—Razón tiene mi sobrina:
Caballero andante he sido;

Caballero andante soy
Sin ambages ni artificios,
Y lo seré en vida y muerte
Por los siglos de los siglos.»

III

Héroes de antaño.

PROLONGÓSE todavía
La plática interesante
Dando muestras Don Quijote
De su locura incurable.
Ama y sobrina salieron
Dando sus quejas al aire
Y maldiciendo su suerte
Que las puso en aquel trance.
Procuraba el señor Cura
Desvanecer los dislates
De aquel pobre alucinado
Que ya no escuchaba á nadie.
Y aunque también el Barbero
Estuvo asaz insinuante,
Contando un caso ocurrido
En cierta casa de orates,
Nuestro insigne aventurero
Con aspecto y tono grave
Sacó á colación mil nombres
De caballeros andantes
Que al mundo dejaron bizco
Con sus hechos inmortales
Y con las pruebas gallardas
Que dieron de buen carácter.
—Dígame si no, añadía;
¿Quién fué más honesto y grande
Que Amadís de Gaula? ¿quién
Más discreto y más amable
Que Palmerín de Inglaterra?
¿Quién más dócil que Tirante

El Blanco? ¿quién más galán
Y noble que Lisuarte
De Grecia? ¿quién tan brioso
En recibir centenares
De cuchilladas, y darlas
Á su vez con gran donaire,
Como aquel Don Belianís
Á quien es justo se alabe?
¿Quién buscó tantos peligros
Como arrostró Felixmarte
De Hircania? ¿Quién más sincero
Fué que Esplandian? ¿quién más fácil
Y arrojado en sus empresas
Que el bravo é invulnerable
Don Cirongilio de Tracia?
Y porque ya se hace tarde,
No os haré mención de muchas
Otras notabilidades
Que dando lustre á su patria
Emularon al dios Marte.
De cualquiera de estos fuertes
Caballeros arrogantes,
Quisiera ver asistido
Á nuestro Rey, que Dios guarde.
Que entonces Su Majestad
Con él tuviera bastante
Para hacer gigote al turco
Y á sus hombres y á sus naves.
—Todo eso, me parece,
Dijo el Cura con afable
Ademán, muy acertado;
Pero me asalta, no obstante,
Cierta duda que no explico
Por temor de incomodarle,
Si bien seguir no quisiera
Con mi escrúpulo adelante.
—Pues dígala el señor Cura,
Replicó el hidalgo; hable
Su merced, que para ello
Tiene licencia bastante.
—Entonces, previo el permiso
Que me otorga, con lenguaje

Franco, le diré que apenas
Me es posible acomodarme
A creer, que esa caterva
De caballeros andantes
Haya jamás existido;
Ni que de hueso y de carne
Fueron esos embelecros
Que por singularizarse
Inventó la fantasía
De noveleros audaces.
—Ahí está precisamente,
Dijo Don Quijote, el fraude
Y el error de los que niegan
Que la luz alumbrá y arde.
Yo también he conocido
Gran número de ignorantes
É incrédulos, que rechazan
La verdad incontrastable.
Y es tan cierto que existieron
Cuantos aquí cité antes,
Que estoy tentado á deciros
Sin temor de equivocarme,
Que casi ví con mis ojos
Propios, al incomparable
Amadís de Gaula, que era
Alto de cuerpo, el semblante
Honesto, negra la barba,
La vista entre fosca y suave,
Corto de razones, tardo
Casi siempre en el airarse,
Y pronto en el deponer
Su más ardiente coraje.
Tal fué Amadís, los demás
No pretendo retratarles
Porque leyendo la historia
De sus hechos inmortales
Se deduce prontamente
Cuáles fueron sus imágenes,
Condición, talento, bríos,
Y virtudes cardinales.

IV

Á la querencia.

Aquí llegaba el bravo Don Quijote
Hablando con el Cura y el Barbero,
Cuando de pronto se escucharon gritos
Que el Ama y la Sobrina daban dentro;
Es decir, en el patio donde estaba
Con ellas Sancho Panza el escudero.

Pugnaba él por entrar, y ellas decían:
—¿Qué quiere en esta casa este mostrenco?

Váyase al punto, váyase á la suya
Pues él es quien sonsaca á nuestro dueño.

—Yo no sonsaco á nadie, dice Sancho;

El sonsacado, distraído y lerdo
Y bruto y animal, yo solo he sido.

Pues tomé en hora mala los consejos
Del señor Don Quijote que á sacarme
De mis casillas vino. El bobo, el memo,
He sido yo que fui por andurriales,
Valles y lomas y pelados yermos,
Siguiendo á mi señor que aún no me ha dado
La ínsula famosa que aun espero.

—¿Y qué es eso de ínsulas? pregunta
La Sobrina; respóndeme al momento:

¿Es algo de comer?—No es comestible,
Sino cosa de mando y de gobierno.

—Pues vete á gobernar á tu familia,

Saco vil de maldades y embelecós;

Vete á labrar tus pobres pegujares

Y déjate de ínsulas y empleos.)

Estaban escuchando estos coloquios
Muertos de risa el Cura y el Barbero;
Mas Don Quijote, temeroso acaso
De que Sancho descubra sus secretos,
Le hizo entrar, y con él se quedó á solas
Encerrados los dos en su aposento.

V

Coloquios.

En la calle. — El Cura y el Barbero.

CURA.— Vos veréis mi buen compadre,
Cuando menos lo penséis,
Como á volar la ribera
Sale el pájaro otra vez.

BARB.— No pongo yo duda en eso;
Mas no acierto á comprender
Si á la locura del amo
Aventaja la sandez
Del escudero, que espera
Su ínsula con tal fe
Que no habrá quien se la saque
Del casco.

CURA.— Decís muy bien.
Dios lo remedie; y estemos
Á la mira, para ver
En lo que pára esta máquina
Que con absurdo vaivén
Mueven un loco y un tonto.
Dios ponga tiento en sus pies.

BARB.— Lo que están hablando ahora
Quisiera ver y entender.

CURA.— No paséis pena por eso,
Compadre; que ya al través
De las paredes y puertas
Habrá quien alerta esté,
Y la Sobrina y el Ama
Nos lo contarán después. »

Aposento de Don Quijote.

Don Quijote y Sancho.

D. QUIJ.—Mucho, Sancho, me ha dolido
El que dieras á entender
Que fuiste tú el sonsacado
Y que yo te sonsaqué.
Si dejaste tus casillas
Por mí, yo no me quedé
En mis casas; juntos de ellas
Salimos, y sabes bien
Que juntos peregrinamos
Yendo montados ó á pie.
La misma suerte ha corrido
Por los dos; y si una vez
Te mantearon, á mí
Me han molido más de cien,
Que es la única ventaja
Que te llevo.

SANCHO. —Justo es
Que así fuera, pues mil veces
Me ha dicho vuesa merced
Que es al amo, y no al criado
Á quien toca padecer.

D. QUIJ.—Te engañas de medio á medio;
Yo no dije tal sandez;
Antes bien, digo y redigo,
Que cuando suele doler
La cabeza, duelen todos
Los miembros, que eso es de ley.
Así, pues, cuando yo sufro
Sufrir debes tú también.
Mas dejando aquesto aparte,
Dime por tu vida ¡oh fiel
Amigo! ¿qué es lo que dicen
De mi ciencia y mi valer
Por el lugar? ¿qué opinión
Tiene el vulgo de mi fe?
¿Cómo piensan los hidalgos

Y los nobles de alta prez?
¿Qué dicen de mis hazañas
Y de mi trato cortés?
¿Cómo elogian el asunto
Que he tomado de volver
Al mundo la ya olvidada
Andantesca y noble grey?
En una palabra, Sancho,
Quiero que cuenta me des,
Sin olvidar cosa alguna,
Y sin cautela ó doblez,
Todo aquello que tú sepas
Y hayas llegado á entender.
Mas ten presente, repito,
Que la verdad es mi ley
Y quiero verla desnuda
Sin adornos de oropel.

SANCHO.—Puesto que así me lo manda
En cueros se la pondré
Delante; mas no se enoje
Si algo le escuece la piel.

D. QUIJ.—Puedes, Sancho, libremente
Hablar, no me escoceré.

SANCHO.—Pues lo primero que digo
Es que el vulgo á su merced
Llama grandísimo loco,
Y á mí me llaman también
Mentecato y alcahuete
Porque sus cartas llevé
Al Toboso; los hidalgos
Dicen que es un entremés
Ponerse un Don, y llamarse
Caballero, sin tener
Más que cuatro cepas viejas
Y dos yugadas ó tres,
Con un trapo que le tape
La fachada y el embés.
Finalmente, los señores
Dicen que no pueden ver
Á los vanos hidalgillos
Que tienen la avilantez
De fingirse caballeros

Mientras dan betún con fe
Á los zapatos y llevan
Medias negras del revés
Para tapar los zurcidos
De hilo verde.

D. QUIJ. —No es de ley
Decir eso, amigo Sancho;
Que yo siempre vestí bien;
Y si alguna vez fuí roto
Gloriosa rotura fué,
Pues fuí roto en las derrotas
Que sufrieron más de cien
Enemigos.

SANCHO. —También dicen
Que el valor de su merced
Es valor mal entendido;
Pues muy heróico no es
Pelear con las ovejas
Llevando lanza y broquel.

D. QUIJ. —¿Acabaste ya, buen Sancho?

SANCHO. —No, señor, aún no acabé;

Que en punto á su cortesía,
Y á su falta de altivez,
Y á su honestidad, y á otras
Muchas prendas que yo sé,
Hay opiniones contrarias
Y es distinto el parecer.
Los unos dicen: es loco;
Pero gracioso y sin hiel;
Otros añaden: es bravo,
Peró desgraciado es;
Finalmente, otros afirman
Que aunque parece cortés
Es impertinente; y todos
Ponen faltas á granel
Royéndonos los zancajos
Que no es ya poco roer.

D. QUIJ. —¿También á tí te critican?

SANCHO. —Sí, señor, á mí también.

D. QUIJ. —Pues mira, no hagamos caso
De esa crítica soez.
Siempre la virtud más alta

Se vió perseguida, y fué
Blanco de la vil calumnia
Y de la envidia cruel.
Los varones más ilustres
Soportaron el desdén
De la menguada malicia
Humana... que humana no es.
El invicto Julio César
No se pudo precaver
De que le llamaran sucio
Y codicioso y sin fe.
De Alejandro Magno, dicen
Que se daba á la embriaguez,
¡Como si posible fuera
Que fuese borracho un Rey!
Del gran Hércules famoso
Cuentan que lascivo fué;
Y á Don Galaor, hermano
De Amadís, suelen hacer
La ofensa de suponerle
Rijoso, no sé por qué;
Añadiendo, que su hermano
Fué llorón. Por esto, pues,
Te aconsejo, amigo Sancho,
Que cuando veas que estén
Calumniándome, tú hagas
Orejas de mercader,
Siempre que la cosa sea
Cual tú me has dicho que es.

SANCHO.—Ahí está el toque, señor.
¡Cuerpo de mi padre!

D. QUIJ.—Qué!
¿Te queda más por decir?
¿Hay más?

SANCHO.—¿Pues no la ha de haber,
Cuando están por desollar
El rabo y los cuatro pies?
Todo lo que dije antes
Es dulce como la miel,
Y tortas y pan pintado
Con lo que viene después.

D. QUIJ.—Esto me parece grave.

Habla, Sancho.

SANCHO. — No hablaré;
Porque tengo quien le cuente
Mil cosas á su merced
Sobre esas viles calofías
Con que nos quieren morder.
Anoche ha llegado un hijo
Del señor Bartolomé
Carrasco, que en Salamanca
Dicen se ha hecho bachiller.
Á darle la bienvenida
Fuí al punto, y díjome él
Que andaba ya puesta en libros
La historia de su merced
Con mote del *Ingenioso
Hidalgo*; y dice también
Que á mí con mi mismo nombre
Me emprimen en el papel;
Y también á la señora
Dulcinea, y cuenta cien
Cosas de las que pasaron
Entre mí y vuesa merced
En secreto, siempre á solas
Siendo de noche tal vez;
Por lo cual híceme cruces
Y espantado me quedé
Pensando en cómo el autor
Pudo esas cosas saber.

D. QUIJ. — Yo te aseguro, buen Sancho,
Que ese autor sin duda es
Algún sabio encantador
De esos que todo lo ven.

SANCHO. — Á mí también me parece
Que encantador ha de ser,
Pues se llama Cide Hamete
Berengena.

D. QUIJ. — Nombre es
De moro.

SANCHO. — Yo así lo creo,
Pues sé que suelen comer
Berengena esos morazos
Que el cielo maldiga, Amén.

D. QUIJ.—Yo pienso que habrás truncado
Ese apellido.

SANCHO. —Tal vez;
Pero á bien que si ahora traigo
Á Sansón el bachiller,
Él nos sacará de dudas.

D. QUIJ.—Curioso estoy, ve por él;
Que si escriben nuestra historia
Mucho debemos valer.»

VI

Sansón Carrasco.

ERA el bachiller Sansón
Mozo de sutil ingenio
Con sus puntas y ribetes
De socarrón y embustero;
El cual, llegando con Sancho
Ante el insigne manchego,
Puesto de hinojos le dijo:
—Dios guarde al gran caballero,
Dios guarde al más afamado
Campeón de nuestros tiempos
Cuyo nombre es conocido
En uno y otro hemisferio.»

Hízole alzar el hidalgo,
Y con aire circunspecto
Respondióle:—Vos me honrais
Mucho más que yo merezco.
—No hay tal, señor D. Quijote,
Antes bien, corto me quedo;
Que su gloria proclamada
Anda ya en libros impresos.
—¿Luego es verdad que han escrito
Mi historia?—Y con tantó éxito
Que todo el mundo la busca
Para estudio y pasatiempo;
Siendo probable que un día
Traducida la encontremos

En todas las lenguas cultas
Ó enrevesados dialectos (2).
—Dírame la enhorabuena,
Señor bachiller, por ello,
Si ese coronista fuese
Honrado cristiano viejo,
Católico en sus creencias
Y devoto de lo bueno
Y de lo santo; mas es,
Según entendido tengo,
Moro, y Dios sabe á estas horas
Lo que conmigo habrá hecho
Y con mi honra, llenándome
De indecentes vituperios
Ó calumniando á mi dama
Á quien yo erigir un templo
Quisiera.—Vamos por partes,
Y no nos atropellemos,
Dijo el bachiller gozándose
Mucho para sus adentros.
Sepa el señor D. Quijote
Que el autor, moro en efecto,
Guarda á Doña Dulcinea
Los más altos miramientos
Mostrándose muy amigo
Y hasta partidario acérrimo
Del valor y las virtudes
Que atesorais en el pecho.
Esta es la verdad del caso,
Este es el puro Evangelio;
Que no es capaz *Cide Hamete*
Benengeli.....—¿Ves, mastuerzo,
Como no era Berengena
Su nombre? dijo muy serio
Don Quijote á Sancho Panza.
—Me equivoqué, lo confieso.
—Proseguid, señor Carrasco.
—Pues digo, afirmo y sostengo,
Que en esa historia le tratan
Con grande amor y respeto,
Pintando la gallardía
Que le distingue; el resuelto

Ánimo con que acomete
Los peligros; el talento
Y la paciencia asombrosa
Con que vence al hado adverso
Curándose sus heridas
Sin hacer alardes de ello.
Finalmente, tanto elogia
Su continencia y honesto
Proceder, en los amores
Y tristes desasosiegos
Que le inspira mi señora
Doña Dulcinea....—Niego,
Gritó ya impaciente Panza,
Que el libro sea verdadero.
—¿Por qué?—Porque nunca oí
Á nadie dar tratamiento
De *Doña* á la que es *Señora*
Dulcinea á palo seco.
—La objeción no es de importancia.
—Seguid, estais en lo cierto;
Y si quereis darme gusto
Referidme lo primero:
¿Cuáles son de mis hazañas
Las que ponderan?—En eso
Hay opiniones distintas,
Según los gustos y genios.
Unos ponen en las nubes
El desgraciado suceso
Y tremebunda aventura
De los molinos de viento;
Otros la de los batanes;
Este, admira vuestro ingenio
Al describir las grandezas
Magnas de los dos ejércitos
Que encantadores trocaron
En manadas de carneros:
Otro cita y encarece
La aventura de aquel muerto
Que llevaban á enterrar
Á Segovia; y otros ciento
Añaden que no hay ninguna
Tan digna de loa y premio

Como la de dar soltura
Á los galeotes.—Bueno,
Dijo Sancho que rabiaba
Por hablar; mas yo deseo
Saber si encajó en el libro
Su autor, aquel trance fiero
De los jayanes yangüeses
Que motivó, sin talento
Ni decencia, Rocinante
Á pesar de que es tan viejo,
Sólo por pedir cotufas
En el golfo.—En su tintero
Nada el autor ha dejado,
Y es tan veraz y tan cierto,
Que cuenta las cabriolas
Y los extremecimientos
Que el buen Sancho hizo en la manta.
—En la manta no hice eso,
Replicó Sancho; en el aire
Bien pudo ser.—Yo me creo,
Dijo D. Quijote, que
Cuando se trata de hechos
Históricos, siempre hay
Casos prósperos y adversos,
Que no deben omitirse
Ni ocultarse en ningún tiempo.
—Así y todo, le contesta
Carrasco, digo y sostengo
La máxima de que á veces
Se debe correr un velo
Sobre verdades que ofenden
Con su desnudez; y esto
Lo digo, por que hay lectores
Que murmuran en secreto
De lo minuciosamente
Que anduvó el autor, poniendo
En evidencia los miles
De palos con que os midieron
Las costillas.—Ahí nos duele,
Dijo Sancho; y ahí encuentro
La verdad fiel de la historia.
—Te entiendo, Sancho, te entiendo.

Respondióle D. Quijote
Tragando saliva; pero
No era preciso que Hamete
Se fijara tanto en ello;
Que un historiador celoso
Jamás pone en menosprecio
Al que es señor de su historia
Y merece algún afecto.
No fué tan piadoso Eneas
Como Virgilio le ha hecho;
Ni fué tan prudente Ulises
Como le describe Homero;
Que en aquestas cosas hay
Siempre sus más y sus menos.

—De todos modos, colijo,
Dijo Sancho interrumpiendo
Á su señor; que si hablan
De los golpes que le dieron,
También dirán los que yo
Recibí en cabeza y cuerpo.
—Nada se ha escapado al moro,
Dice Sansón sonriendo,
Que de vos mucho se acuerda
Ponderando vuestro ingenio
Y agudeza de tal suerte
Que hace reír al más serio
De los lectores; tan solo
Os moteja por lo crédulo
Que sois, pensando en la insula
Famosa que os prometieron.»
—Á esto, contesta el hidalgo
Con muchísimo sosiego,
Tened, señor, muy presente
Que soy yo quien se la ofrezco;
Y cuando yo suelto prendas
Sé muy bien por qué las suelto.»

Aquí llegaban las cosas,
Cuando en el reloj del pueblo
Dieron las doce, y al punto
Su plática suspendieron,
Para echar al ocio un áncora
Y ofrecerle lastre al cuerpo.

VII

Resolución.

Á comer con Don Quijote
Quedó el bachiller Carrasco,
(Convite que con sus vidas
Dos palominos pagaron),
Mientras con igual objeto
Á su casa se fué Sancho.

Durmieron después la siesta,
Luego á reunirse tornaron,
Y volviósse á reanudar,
Haciendo mil comentarios,
El hilo roto del cuento
Que antes habían cortado.

La historia de Cide Hamete
Fué el gran tema, que abrió el campo
Para hablar del porvenir
Después de hablar del pasado.
Quiso saber Don Quijote
Si el moro quedaba harto
De escribir; á lo que al punto
Respondió Sansón Carrasco
Que Cide estaba dispuesto
Á proseguir su relato
Siempre que hubiese aventuras
Quijotescas.—Pues mi amo,
Dijo entonces Sancho Panza,
Pronto le dará mil datos
Para que á las claras vea
El pie de que cojeamos.
Tanto ripio le daremos
Para escribir ¡voto al chápиро!
Que si ha de cogerlo todo
No han de bastarle ambas manos.
Ya verá las aventuras
Y los sucesos extraños
En que habremos de entrar juntos

Metiendo el resuello al diablo.
Tome mi señor, si quiere,
Mi consejo, salga armado
Para enderezar los tuertos
Y desfacer los agravios,
Y ya verán los moritos,
Y hasta los fieles cristianos,
Lo que vale un caballero
Andante, puesto á caballo.»

Dejó de hablar Sancho Panza,
Y al momento resonaron
Relinchos de Rocinante
Que se acordaba del amo.
—Buena señal, dijo éste;
Rocinante ha relinchado;
Me llama á la lid, y es justo
Atender á su reclamo.
Oh! sí; dentro de tres días,
O á lo más dentro de cuatro,
Haremos otra salida.
Regocíjate, buen Sancho;
Que presto tendrás tu ínsula
O un reino si es necesario.»

Dióle gracias al momento
El escudero taimado
Que se puso de rodillas
Para besarle la mano.
Pidió Don Quijote versos
Acrósticos á Carrasco
En los cuales estuviera
De Dulcinea indicado
El nombre; después quisieron
Trazarse el itinerario
De su tercera salida,
Y al fin los tres acordaron
Que después de ir al Toboso,
Dó ver quiere al dueño amado,
Irían á Zaragoza,
Para probar de su brazo
El esfuerzo, en unas justas
Con que los zaragozanos
Celebrarían las fiestas

De San Jorge.—Yo lo alabo,
Dijo el bachiller; que es honra
Pelear con los bizarros
Aragoneses, mas ruégoos,
Señor Don Quijote amado,
Que cuideis de vuestra vida
Pues la tenemos en tanto.
—Y yo á mi vez os suplico
Que seais muy reservado
Y que no digais á nadie
Que de salir ahora trato.
—En un pozo está el secreto.
—Gracias, señor de Carrasco. »
Dicho lo cual, y tendiéndose
Unos á otros las manos,
Se dieron las buenas tardes
Y concluyó el conciliábulo. »

VIII

Teresa Cascajo.

Al entrar Sancho en su casa
Era tanto su alborozo
Que su mujer al momento
Escrito lo vió en sus ojos.
Era Teresa Cascajo,
Ó Teresa Panza, en todo
De carácter apacible,
Aunque un tanto quisquilloso,
Cuando sacarla intentaban
De su estado humilde y probo.
—Déjame, mujer, decía
Sancho Panza con aplomo;
Déjame tomar mi ínsula
Y ser grande y poderoso;
Que el que vuelve las espaldas
A la fortuna, es un tonto.
Quien tiene tienda, que atienda;

Quien se mama el dedo es bobo;
Y en el comer y el rascar
El empezar es el todo.
Pobre porfiado, saca
Mendruco; y es bien notorio
Que poco á poco y despacio
Hilaba la vieja el copo.
Déjame tener gobierno,
En el cual no seré romo
Para mandar y lucirme;
Y si algún condado cojo
Te llamarán la señora
Condesa de esto ó lo otro,
Y nos darán señoría,
Que es tratamiento muy cómodo
Para sonar en la oreja
Llenando el alma de gozo.
Tú verás como dotamos
Á Mari Sanchica, y como
La casamos con un conde
Para que nos demos tono.
—Eso, nunca; respondía
Teresa; villanos somos
Vos y yo, y seremos mofa
De los pueblos del contorno
Si nos ven salir del tiesto
Y hacer pinicos de pronto.
Es Cascajo mi apellido;
Y Cascajo humilde somos
Yo y toda mi parentela,
Aunque por ser vos mi esposo
Me llamen Teresa Panza,
Con lo cual gano muy poco,
Pues no sé que Panza alguno
Pasara de ser un porro.
Si queréis casar la chica
Ahí tenéis á Lope Tocho,
Hijo de Juan Tocho, el cual
No la mira de mal ojo,
Y es nuestro igual, y es rollizo,
Sano, membrudo y buen mozo.
—Tú no sabes lo que hablas,

Mujer.—Y yo vos respondo
Que antes de verla condesa
Quiero rezarle un responso.
—Digo que yo he de obligalla.
—Si ya estáis revuelto á todo...
—Resuelto dirás.—¿Qué haremos?
Vos mandáis, pues sois el tronco
De la familia, y las pobres
Mujeres esclavas somos
Del marido, aunque éste sea
Zonzorrión, bellaco y tosco.

Así estuvieron charlando
Largo rato, y cuenta el moro
Benengeli, que Teresa
Tuvo que amoldarse á todo
Cuanto Sancho Panza dijo;
Si bien, al fin del coloquio,
Rompió la cuitada en llanto
Y en lastimeros sollozos.

IX

Gestión inútil.

MIENTRAS Sancho prevenía
Su albarda, alforjas y bártulos,
Y doblaba el pienso al rucio,
Á fin de ponerle apto
Para entrar en nuevas lides
Y sufrir nuevòs trabajos,
La casa de Don Quijote
Á la vez era teatro
De una familiar escena
Digna de encomio y de aplauso.

Hablaba con su sobrina
Y con el ama el hidalgo,
Y eran de oír sus discursos
Tan amenos y tan varios.
Odiaban las dos mujeres

Los maldecidos libracos
De andantes caballerías
Que el juicio le alborotaron,
Y estaban tan temerosas
De verle tornar al campo
De sus negras aventuras
Por estímulos de Sancho,
Que no les llegaba al cuerpo
La camisa, adivinando
Que algo en secreto fraguaban
Y que era triste aquél algo.
—Mire bien por Dios, decía
El ama, su mal estado;
Y que tiene transparente
El cuerpo de puro flaco.
Mire, señor, que si hace
Ahora algún desaguisado,
Me quejaré á Dios y al Rey
Para que nos den amparo.
—De lo que Dios dispusiere
Yo no estoy bien enterado;
Respondióla Don Quijote
Ambos hombros levantando;
De lo que al Rey pertenece
Digo que tienen trabajo
Los reyes que á toda hora
Á escuchar se ven forzados
Las cien mil impertinencias
Con que les abruman tantos.
Así, pues, bobillas mías,
No paséis ningún cuidado,
Que yo sé lo que me digo
Y sé muy bien lo que hago.»

Detrás de lo cual, pronuncia
Un discurso tan galano
Y tan florido, que ambas
Pendientes ya de sus labios,
Sin recatarse decían:
—¡Oh! qué suceso tan raro
Es ver tan cuerdo y tan loco
Á un hombre que vale tanto!
Llegó en esto Sancho Panza,

Y cual si viesen al diablo
Se salieron fugitivas
Haciendo *fú* como el gato.

X

Mina y contramina.

TRAS de esto cuenta la historia
Que el ama se puso un manto
(Y si manto no se puso
Debió arreglarse el tocado),
Para salir á la calle
En busca de un ser humano
Que quisiese socorrerlas
Y evitarles un fracaso.
Dejó á la sobrina en casa,
Y á la de Sansón Carrasco
Se dirigió diligente
Diciéndole:—Pronto! vamos,
Que mi buen señor se sale...
—¿Por dónde?—Por el atajo
De su maldita locura
Que fomenta ese vil Sancho.
Por tercera vez pretende
Salir de su hogar, estando
Tan achacoso y tan débil
Que dá lástima el mirarlo.
La primera vez que á casa
Volvió, vino atravesado
Sobre un jumento, y molido
El cuerpo á fuerza de palos.
La segunda le trajeron
En una jaula encantado,
Moribundo; la tercera
Que quiere llevar á cabo
Temo que le traigan muerto,
Si es que pueden en sagrado
Darle honrada sepultura

Cual se merece un cristiano.
Por esto, señor, os pido
Por Dios y todos los santos,
Que ya que su amigo sois
Intenteis hoy el milagro
De apartarle de esa senda
De perdición y de escándalo.
—Teneis razón, le responde
El bachiller, vuestro llanto
Enjugad, volvedos á casa
Tranquila; tenedme algo
Caliente para almorzar,
Pues iré dentro de un rato,
Y no pase pena alguna
Si vá la oración rezando
De Santa Apolonia.—Triste
De mí! pues ¿tiene mi amo
Dolor de muelas? ¿no sabe
Que su mal está en los cascos?
—Yo bien sé lo que me digo,
Señora, que para algo
Bachiller en Salamanca
Me hicieron, dándome el grado
Con que bachillerear
Pueda;» respondió Carrasco.
Y con esto salió el ama
Mientras él se fué en el acto
Á casa del señor Cura
Donde estuvieron tratando
Cosas que al lector diremos
Cuando sea necesario.

XI

Petición de salario. La tercera salida.

LA visita que esta vez
Á su señor hizo Sancho,
Y que en el ama y sobrina

Produjo tal sobresalto,
Tuvo por único norte
El de halagar á su amo,
Para ver si conseguía
Un objeto deseado.

Valióse de mil rodeos
Antes de llegar al grano,
Y pronunció más refranes
Que contiene el diccionario.
—Vuesa merced, señor mio,
Dijo al fin, está ya harto
De saber (pues en el púlpito
Lo oímos en muchos casos),
Que no hay nadie en este mundo,
Que á morir no esté obligado.
Ni los ruegos, ni las fuerzas
Pueden atajar los pasos
De la muerte; y cetros, mitras,
Ella destruye de un tajo.
—Es verdad; mas no comprendo
Á dónde vas tan despacio.
—Voy á parar en que es justo
Que me señale salario
Vuesa merced, por que sepa
Yo, cada mes lo que gano.
Que, según el refrán dice,
Sobre un huevo pone un gallo...
Es decir, una gallina;
Y mil pocos, van formando
Un mucho; y mientras se gana
No se pierde; y vale un pájaro
En mano, más que otros ciento
Si los ciento van volando.
—Basta ya, Sancho; ya entiendo
La indirecta, eres muy franco
Y con la misma llaneza
Te responderé en el acto.
En ninguno de los libros
Que leí, ví consignado
Que los escuderos fuesen
Sujetos á un vil salario.
Todos con sus caballeros

Iban gozosos y ufanos
Por el placer de servirles
Y recibir cien regalos
De ínsulas y de otras cosas
Que por ser breve me callo.
Así, pues, si hais de veniros
Á mi merced, no os rechazo;
Pero si necio intentais,
Que ciego y desatinado
Adopte yo nuevos usos
Que destruyan los de antaño,
Podeis volveros á casa
Mi servicio abandonando;
Que pretender otra cosa
Es pensar en lo excusado,
Y de hallar estoy seguro
Escudero bueno ó malo.

Diciendo así, el caballero
Quedó silencioso un rato,
Mientras que el buen Sancho Panza
Vióse tan desconcertado
Que creyó que hasta los cielos
Se le venían abajo.
Entonces, para más mengua,
Entró allí Sansón Carrasco
Con el ama y la sobrina
Que esperaban un milagro
De su parte, y que impacientes
También de rondón entraron.
Y fué el asombro de todos
Verle estrechar en sus brazos
Á Don Quijote, diciéndole
Con aire regocijado:
—Ea, señor de mi alma!
Campeón hermoso y bravo,
Póngase vuestra grandeza
En marcha, que ya esperando
Está el mundo sus servicios
Y la ayuda de su brazo.
Si alguna cosa le falta
Aquí estoy yo ¡voto al chápiro!
Para suplir con mi hacienda

Y mi vida, todo cuanto
Le falte para salirse;
Y si fuese necesario
Le serviré de escudero.
—¿No te lo dije, buen Sancho?
Murmuró el ilustre héroe
Volviéndose hacia su fámulo.
Sábetete que no me falta
Quien me sirva con agrado,
Y que el que viene á ofrecerse
Es bachiller, docto y sabio,
Regocijador perpetuo
De salmaticenses claustros;
Agil de sus miembros todos,
Discreto, alegre, callado;
Sufridor de los calores
O del frio, en el verano
Y en el invierno; y que sabe
Aguantar, si llega el caso,
La hambre y la sed, con aquellas
Otras partes que me callo,
Porque estando aquí presente
No se diga que le alabo
Por adularle; mas conste
Que desde luego lléváralo
Contento en mi compañía,
Si no fuera porque alcanzo
Á conocer, que á su patria
Se debe, y á sus ancianos
Padres; pues yo nunca he sido
Tan egoísta y menguado
Que aspire á tronchar laureles
Que están frescos retoñando.
Quédese aquí como es justo
El nuevo Sansón, que es trástulo
Perpetuo de las escuelas
Del saber... y de sus patios.
Honre, repito, á sus lares;
Quédese aquí, que yo, en tanto,
Con cualesquiera escudero
Contento iré, ya que Sancho
No se digna acompañarme.

—Sí digno, dice llorando
Sancho Panza; que yo soy
Agradecido y honrado
Y mis agüelos lo fueron
Todos. Si pedí salario
Fué por seguir el consejo
Que mi parienta me ha dado;
Pero el hombre ha de ser hombre,
La mujer, mujer; y el caso,
Es que soy hombre en cualquiera
Parte, y no puedo negarlo.
Yo quiero serlo en mi casa,
Aunque pese al mesmo diablo.
Así, pues, vuesa merced
Ordene y deje firmado
Testamento y codicilo
Que no puedan revolarlo...
—Revocar, dirás.—Sí, eso.
Lléveme, señor, que al cabo
Ya verá con qué primores
Le sirvo y aun le agasajo
Aunque otros nuevos yangüeses
Me muelan el cuerpo á palos.»
Calló al fin el escudero.
Se admiró Sansón Carrasco
Al ver su sandez; y al punto
Quedó establecido el pacto
Abrazando Don Quijote
Con gran efusión á Sancho.
Y siguiendo los consejos
Del bachiller, que era oráculo,
Á la sazón, del insigne
Valerosísimo hidalgo,
Se acordó que al tercer día
Fuese la partida, en tanto
Que la sobrina y el ama
Maldecían á Carrasco
Mesándose sus cabellos
Y sus rostros arañando.
Y al llegar á ver cumplido
Por fin aquel breve plazo,
Que en calmar á las mujeres

Ambos á dos emplearon,
Con las alforjas repletas,
Y un bolsón bastante hinchado
Que entregó el buen caballero
Al escudero pazguato,
Á la hora en que tendía
La noche su oscuro manto,
Salieron bonitamente
De su pueblo, acompañados
Del bachiller, que los quiso
Despedir; y al fin tomaron
El camino del Toboso,
En Rocinante montado
Don Quijote, y Sancho Panza
Subido sobre su asno.

XII

¡Al Toboso!

CAMINO van del Toboso
Don Quijote y su escudero,
Rellenando sus pulmones
De aire sutil, puro y fresco.

Libres van, y con gran gozo
Cruzan los campos manchegos,
Pensando en las aventuras
Que les deparen los cielos.

Antes, sin embargo, quiere
El sin igual caballero
Besar los pies á la hermosa
Reina de sus pensamientos.

Guarda, no obstante, en su alma
Un misterioso secreto;
Un arcano impenetrable
Del cual no está satisfecho.

Y es que el cuitado no puede,
Punto más ó punto menos,
Decir si su amada es rubia

Ó tiene oscuro el cabello.
No sabe decir si es blanco
Su cutis, ó si es moreno,
Ni si es alta ó es pequeña
Pues sólo la vió entre sueños.

.....
Mientras tanto, Sancho Panza
Va preocupado, va inquieto,
Pensando en el compromiso
En que su señor le ha puesto.

Que él tampoco la vió nunca,
Jamás estuvo en el pueblo
Del Toboso, donde mora
La que es dueña de su dueño.

¿Cómo decir á éste ahora
Que bellaco y embustero
Le engañó, cuando le dijo:
—La he visto y la he dado el pliego?

¿Cómo llevarle á una casa
Que nunca sus ojos vieron,
Ni preguntar á las gentes
Delante del caballero?

—Sandio de mí! se decía;
Bruto, animal, topo, ciego;
¿Quién te metió á hacer bordados
Teniendo tan poco seso?

Si ahora mi señor se ofende,
Y me desgarrá el pellejo,
Ó me rompe tres costillas,
Bien merecido lo tengo.

Que al freir es el reir:
Al hoyo siempre va el muerto;
Y el vivo al bollo; y la soga
Se escurre tras el caldero:
Por lo cual, digo y repito,
Que el que engaña escupe al cielo,
Y el mentir pide memoria;
Y mal maja un majadero
Si hay muchos ajos
En su mortero.»

Así, truncando refranes,
Marcha Sancho tras su dueño,

Que como hemos dicho, iba
Algo azorado y suspenso.

.....
No queriendo dar su brazo
Á torcer ninguno de ellos,
Sus temores ocultando
Los dos guardaron silencio;
Hasta que el gran D. Quijote,
Que en romperle fué el primero,
Exclamó:—Por fin ¡oh Sancho!
Nos favorecen los cielos.
—¿Habrá ínsulas?—Y gloria
Y honor y mucho provecho;
Que tú verás cuánto pueden
Mi valor y heroico esfuerzo.
—¿Y á qué aguardamos?—Tú sabes,
Pues ya dicho te lo tengo,
Que ante todo, á mi señora
Dulcinea, ver pretendo.
Obtenga yo su permiso
Y su bendición; y luego
Duendes, gigantes y magos
Lluevan á diestro y siniestro.
—Quiera Dios que así suceda
Sin que vengan sarracenos
Ó yangüeses, que nos pongan
Hecho una lástima el cuerpo.
—Pierde el temor, Sancho amigo,
Que esta vegada no iremos
Á las ventas maldecidas
Que son puertas del infierno.
Tan solo á grandes ciudades
Y á capitales de imperios
Hemos de ir á lucirnos
En mil brillantes torneos,
Ó en franca lid; pero antes
Te he dicho cuánto apetezco
La bendición de mi dama.
—Dificilillo lo veo.
—¿Por qué?—Porque para echarla
Tendrá por fuerza que hacerlo
Por encima de las bardas

De su corral.—Ó eres ciego
Ó tus ojos se turbaron
Al ver su faz que es un cielo
Donde Dios puso dos soles
En claros ojos serenos.
Por eso dices que bardas
Viste solo, y yo por eso
Te digo que ver debiste
Galerias, aposentos
Con balconajes de oro,
Azoteas, atrios bellos,
Y lonjas de mármol, propias
De su palacio soberbio.
—Pues yo le juro y perjuro,
Puesta la mano en el pecho,
Que no ví soles ni estrellas
En su cara ni en su cuerpo.
Verdad es, que como estaba,
Cuando la truje aquel pliego
De vuesa merced, aechando
Trigo, y el polvo era denso,
Tal vez se formó una nube
Que le tapó los luceros
Ó los soles.—¿Y aun te obstinas,
Desatinado escudero,
En decir que aechaba trigo
Aquel sér puro y angélico?
¿Desde cuándo acá las damas
De alta alcurnia tal hicieron?
¿Desde cuándo las princesas
Dan á sus ocios empleos
Tan viles, y oficios toman
Tan ásperos y groseros,
Embasteciendo unas manos
Dignas de empuñar un cetro?.....
Vamos al Toboso á escape,
Que allí verás lo que es bueno
Cuando en su dorado alcázar
Juntos los dos penetremos. >

XIII

En el Toboso.

MEDIA noche era por filo
Que rapar podía la barba
Según escribió Quevedo
Y Cervantes nos declara,
Cuando en el Toboso entraron
Don Quijote y Sancho Panza.
El vecindario dormía;
Era la noche entreclara
Y el ladrido de los perros
Los oídos atronaban
Del tierno y enamorado
Caballero; en una casa
Mayaban gatos, en otras
Un jumento rebuznaba,
Y el gruñido de algún puerco
De en cuando en cuando turbaba
El silencio y el reposo
De las calles solitarias.
Tan discordantes ruidos
Y animalesca algazara
No dieron muy buena espina
Al hidalgo, que con mala
Catadura, y triste acento
De este modo á Sancho habla:
—Esos rumores que oímos
No tienen muy buena traza
Y á mal agüero los tomo
Por ser mi fortuna vária.
Así, pues, Sanchico mío,
Guía pronto hacia el alcázar
O palacio de mi hermosa
Dulcinea, que acostada
Tal vez no esté, y barruntando
Mi venida, fiel me aguarda.

— ¡Cuerpo del Sol! grita Sancho
¿Á dónde quiere que vaya
Á buscar tales palacios
Ni tales carneros? Valga,
O no valga lo que afirmo,
Digo señor que ella estaba
En casa cuando la vide
Y era un tabuco su casa.
— Presumo que andas errado.
— Y aunque yo señor me errara,
¿Es oportuno á estas horas
El venir á visitalla?
¿Quiere dar aldabonazos
En la puerta, y que nos abran
Produciendo un alboroto
Que perjudique su fama?
— De todos modos, intento
Saber dó está su morada,
Que después, yo habré de darme
Para todo buenas trazas.
Y ahora que en ello me fijo,
Ó yo tengo telarañas
En los ojos, ó aquel vasto
Edificio que se alza
Y da gran sombra, no lejos
De aquí, sin duda es la grata
Mansión de mi Dulcinea.
— Que no es su mesón jurara
Por los doce mil apóstoles.
— Quita los ceros, y apaga;
Que es ya mucho apostolado
Ese que á cuento me sacas
Y aun que tratases de vírgenes
Mil por lo menos sobrarán.
— Pues digo, que yo no creo
Por razones que se callan,
Que aquel edificio sea
Dengún manífico alcázar.
Mas ya que vuesa merced
Se empeña, gué las plantas
De Rocinante, que el rucio
Contento vá en su compañía.

XIV

Indagaciones. Revelación.

Como á unos doscientos pasos,
Según Cide Hamete cuenta,
Se alzaba aquel edificio
Que estaba entre sombras densas.
Alta torre le corona,
Tiene un atrio ante su puerta
Y al acercarse el hidalgo
Dijo parando á su bestia:
—Razón de sobra tenías;
No es palacio que es iglesia.
—Ya lo veo, exclama Sancho;
Y plegue á Dios que no sea
Sepultura de estos vivos
Que hechos van almas en pena.
No es bueno, señor, andarnos
Por cimiterios á estas
Horas; y puedo jurarle
Que siento las cosquillejas
Del miedo; vámonos presto,
Pues, si mal no se me acuerda,
Ya dije que la señora
Vive en una callejuela
Sin salida.—Torpe, aleve,
Que así agotas mi paciencia!
¿Dónde viste tú palacios
Reales en sucias callejas?
—Señor, le replica Sancho,
¿No sabe que en cada tierra
Hay sus usos y costumbres
Más bonitas ó más feas?
Tal vez aquí en el Toboso
Se usará la moda esa;
Razón por la cual le pido
Que me dé la viña....—Vénia

Querrás decir.—Es lo mesmo
Si consigo que me entienda.
Digo, señor, que me deje
Ir por calles y plazuelas
En busca del tal palacio...
Que coman perros ó perras.
—Trata, Sancho, con respeto
Las cosas de Dulcinea.
Repórtate.—Me arreporto
Y hasta bajo la cabeza;
Pero ¿no es terrible cosa
Que porque una vez la viera
He de ser el obligado
Á buscársela y ponérsela
Por delante? ¿Debo acaso
Ser adevino por fuerza
Y encontrar su casa, siendo
De noche? ¡Voto á la suegra
Que ya no tengo, y que daba
Malos tratos á Teresa!
Que creo mucho más fácil
El que topáse con ella,
Pues la quiere y la habrá visto
Mil veces.—¡Maldito seas
Tú y tu charla! grita al cabo
Don Quijote hecho una fiera;
Dí ¿no sabes, vil hereje,
Que en ocasiones diversas
Te indiqué, que no conozco
Á la simpar Dulcinea?
Jamás pisé su palacio;
Si me enamoré de ella
Fué de oidas, pues no en vano
Supe que era tan discreta
Como hermosa; esto te dije
Y esto es preciso que entiendas.
—Pues yo afirmo que eso agora
Lo escucho por vez primera;
Pero ya que así me habla
Y así la verdad confiesa,
Juro á Dios, que yo tampoco
La ví nunca.—Eso es simpleza

Ó maldad tuya; ¿no afirmas
Que la viste muy de cerca
Aechando trigo, aquel día
En que te dió su respuesta
Á mi carta? Dí, menguado,
Respóndeme.—No se atenga
Á eso, señor; que también
Fué de oidas la conseja
Que conté para aquietarle
Metigando su impacencia.
—Oh! Sancho! perverso Sancho!
Tiempos hay de cuchufletas
Ó burlas, y tiempos hay
Para hablar de cosas serias.
No porque yo te haya dicho
Que ni ví ni hablé á la dueña
De mi vida, decir puedes
Lo mismo; pues en conciencia
Es todo al revés.»

Y hablaban
Los dos con tanta llaneza
Cuando avanzar hacia ellos
Vieron á un hombre, que era
Labrador sin duda alguna,
Pues llevaba dos acémilas
Que arrastraban un arado;
Y al ver que ya estaba cerca,
El andante caballero
Se expresó de esta manera:
—¿Sabreisme decir, amigo,
Y así Dios premio os ofrezca,
En qué parte del Toboso
Vive la ilustre princesa
Dulcinea?—Mal os puedo
Decir, el hombre contesta,
Lo que saber deseais,
Que há poco vine á esta tierra
Á servir, y no conozco
Á los que moran en ella,
Ni sé si aquí viven príncipes
Ó mozas de tal ralea.
Si queréis tomar noticias,

En esta casa frontera
El cura y el sacristán
Habitan; tened paciencia
Y dentro de algunas horas
Volved, llamad á su puerta
Y ellos os dirán de fijo
Si en el lugar hay princesas
Ó señoras de su casa
Que en ella ejercen de reinas.
—Tal debe ser la que adoro.
—Pues tomad mi enhorabuena
Y quedaos con Dios, que el alba
Ya presurosa se acerca.»
Partió el hombre, y el hidalgo
Quedó con la boca abierta
Tan azorado y suspenso
Que el mirarle daba pena.

XV

La embajada.

AL verle mústio, callado,
Inmóvil y boquiabierto,
Casi, casi, convertido
En una estatua de hielo,
Tomó Sancho la palabra
Y así le dijo á su dueño:
—Paréceme, señor mio,
Que vuesa merced se ha muerto
Y que está desconcertado
Más de lo que yo deseo.
Por esta razón quisiera
Que me escuchara un momento.
—Habla, Sancho, que á estas horas
Me estoy devanando el seso
Por orientarme; y no logro
Sacar á flote mi intento.
—Pues con su licencia digo

Que ya se aclaran los cielos,
Y que el sol que sale á escape
Hacia aquí vendrá corriendo.
Digo, señor, que no es propio
Que ambos á dos nos estemos
Como un par de tagarotes
Papando moscas al fresco,
En tanto que los vecinos
De esta ciudad ó este pueblo,
Levantándose, nos hallen
Dando inútiles paseos.
Así, pues, lo más prudente
Y acertado en mi conceto,
Será que los dos salgamos
De poblado, y que busquemos
Alguna buena floresta
Donde se embosque; y yo luego
Volveré inmediatamente
Para, sin darme sosiego,
Buscar la casa ó palacio
De mi señora; y muy necio
Sería, ó muy desdichado,
Á no hallarla cual deseo:
Que el buey suelto bien se lame,
Quien hace un cesto hace ciento,
Más vale maña que fuerza,
Y al fin á río revuelto
Ganancia de pescadores,
Según nos dice el proverbio.
Quien tiene lengua va á Roma,
Y no mamándome el dedo,
De seguro he de encontrarme
En su palacio soberbio.
Lógre yo, señor, hallarla;
Que hallándola le prometo,
Que hablaré con su merced
Con mucha viveza y fuego
Diciéndole cómo y dónde
Queda mi señor y dueño
Esperando que le trace
Un *tinerario* completo
Para verla, sin que en nada

Se ofenda su estado honesto.»

Calló Sancho, que tenía
Razón para estar inquieto,
Y Don Quijote le dijo
Casi con jovial acento:
—Tienes razón, hijo Sancho;
Todo cuanto has dicho es cierto
Y has hablado como un libro
Al darme tan buen consejo.
Salgamos de aquí al instante
Y una floresta busquemos
Donde me embosque, que el alma
Á voces me está diciendo
Que al verla tú, y al hablarle
De mi parte, deberemos
Á su fina cortesía
Y á su discreción, un ciento
De milagrosos favores
Y celestiales afectos.»

Hablando de esta manera
Del Toboso se salieron,
Y á cosa de una dos millas
De aquel lugar celeberrimo,
En un encinar entraron
Donde emboscándose el tierno
Amador de Dulcinea

Dijo á su caro escudero:

—Anda, Sancho, parte, hijo;
Á la ciudad vete luego,
Y á mi presencia no tornes
Sin decirme lo primero
Que la viste, y que le hablaste
De mi parte; y te prevengo
Que has de contarle las cuitas
Que por ella estoy sufriendo.
Ruégale que sea servida
De hacerse ver un momento
De este su rendido amante
Y cautivo caballero,
Que su bendición pretende
Antes de afrontar sucesos
Felices, ó entrar con brios

En valerosos encuentros
Y en aventuras que exijan
Fuertes acometimientos.
—Haré, señor, cuanto manda
Vuesa merced.— Vuelve presto
Y sobre todo, procura
No turbarte al ver el cielo
De su mágica belleza;
Y sobre todo te ruego
Que fijes en tu memoria
Sus acciones, movimientos
Y señales que evidencien
Cuanto pasare en su pecho,
Mientras que tú le das cuenta
De mi embajada; y con esto
Vete con Dios, Sancho hijo,
Que yo sólo aquí me quedo
En aquesta soledad
Donde me está consumiendo
La envidia, al ver que te marchas
Y acompañarte no puedo.

XVI

Donde Sancho entra en cuentas consigo mismo.

LANZÓ un suspiro el hidalgo
Y en el encinar agreste
Que ellos llamaban floresta
Ó selva hermosa y alegre,
Quedó aguardando á que Panza
De su embajada volviese.

Montó el escudero en tanto
Sobre su rucio, y dos veces
Le vareó, procurando
Mostrarse gentil ginete
Que á su punto de partida
Quiere tornar muy en breve;

Mas no bien se hubo apartado
Un buen trecho, mira, inquiere
Si su señor le está viendo;
Y al notar que no parece,
Apeándose del rucio
Sentóse en el musgo verde
Al pie de un árbol frondoso
Y se expresó de esta suerte:
—Vamos á ver, Sancho hermano,
Vuesa merced ¿qué pretende?
¿Vais en busca de un jumento
Que se os perdió? No, mil veces,
Que lo que vos vais buscando
Son princesitas que tienen
Sorbido el seso á un andante
Caballero, tan valiente
Como loco; ¿y dónde vive
Esa señora? él sostiene
Que en un palacio, y que nunca
La vió; ¿mas cómo valerme
Para buscarla y decirle
Lo que su amante apetece?
¿De parte de quién le hablo?
¿Qué he de decir ¡voto á veinte
Legiones de diablos! ¿Puedo
En el Toboso metérme
Á sonsacar sus princesas
Sin que allí me vapuleen
Y me muelan las costillas
Veinte mil guardianes fieles?
¡Ojo al Cristo, hermano Sancho!
Y puesto que todo tiene
Su remedio en este mundo
Ectuando la muerte,
Fíjate bien en que es loco
Tu señor, cállate y miente
Y dile que la primera
Labradora que aquí encuentres
Es la mesma Dulcinea
Del Toboso; y si no cree
Lo que digas, no te apures
Ni hables de cosas que suenen

Á verdad; jura y prejura
Y se fócil y obediente;
Que al buen callar llaman Sancho;
Y el que calla otorga; y suelen
Decir, que en boca cerrada
No entran moscas; y mil veces
Oí que á denguno ahorcan
Porque la lengua no mueve,
Sabiendo donde le aprieta
El zapato; y es corriente
El adagio aquel que dice
Que el pez por la boca muere,
Y que la sogá se quiebra
Por lo más delgado siempre.
Cállate, pues, y respeta
De tu señor las sandeces,
Que si él está rematado
Del magín, frecuentemente
Vas tú por los mismos trigos
Caminando sin caletre
Y sospirando por insulas
Que en zancos han de ponerte.
No con quien naces, se dice,
Sino con quien paces, y este
Refran nos presuade á todos
De una manera solene
Que aquel que con lobos anda
Á ahullar se enseña; y no pueden
Dos que comen en un plato
Y juntos velan ó duermen
Dejar á la fin y proste
De igualarse ó parecerse
El uno al otro; por esto
Y porque el amo no tiene
Un solo adarme de juicio,
Y todo lo trueca y tuerce
Creyendo que son castillos
Las ventas; gigantes fuertes
Los molinos; los venteros
Señores de alto soplete,
Y otras muchas zarandajas
Por el estilo, he de hacerle

Que se trague bien la píldora
Aunque al tragarla reviente.
Entretanto, en este sitio
Tomando un taco estarémé
Hasta que llegue la tarde
Á fin de que no sospeche
Mi señor, que nada hice
Por servirle y complacerle.

Diciendo así, las alforjas
Requirió, y con dos zoquetes
De pan y queso, y un trago
Sirvióse régio banquete.

XVII

Mentiras sobre mentiras.

Y quiso la fortuna del taimado
Que aun antes de que el día declinara
Viese avanzar por medio del camino
Tres rústicas y feas aldeanas
Que montando pollinos ó pollinas
(Pues el sexo la historia no declara)
Salieron del Toboso, dirigiéndose
Al mismo punto en donde él se hallaba.

Tan luego como pudo apercibir las
De su asiento musgoso se levanta,
Monta en el burro, y con feroz malicia
Blandiendo alegre la nudosa vara,
Recordando un sermón que oyó en la iglesia,
De esta manera corajudo exclama:
—Caigan del templo las columnas todas,
Muera Sansón y felisteos caigan
Para que nunca Don Quijote vuelva
Á encargarme amorosas embajadas.
Dicho lo cual, á la floresta vuelve
Y encuentra á su señor que así le habla:
—Dí joh Sancho amigo que al Toboso fuiste!
¿Deberé señalar con piedra blanca,

Ó con negra, este día de mi vida?
¿Traes buenas nuevas ó las traes malas?
—Tan buenas son, responde el escudero,
Que no hay más que salir al raso, para
Ver llegar hasta vos á mi señora
Dulcinea, que viene acompañada
De dos doncellas.—Cielos! ¿Qué me dices?
Ay! no me engañes, Sancho de mi alma;
No quieras que con falsas alegrías
Alegre mis tristezas malhadadas.
—¿Qué sacaría, le contesta Sancho,
Con engañarle? Al punto, señor, salga
Y verá como vienen á buscalte
Tan lindas y tan bien aderezadas
Que parecen mazorecas de oro y perlas,
Carbones encendidos, rojas ascuas
Tan cubiertas de ricas piedrerías
Que delumbran los ojos de la cara.
Pique, señor, y venga, y verá al punto
Llegar á la princesa nuestra ama
Vestida de diamantes y de telas
De brocado; tendidos á la espalda
Los cabellos, que al sol roban los rayos
Y sobre el viento juegan y cabalgan.
Aunque á decir verdad son cacaneas
De vistosos colores remendadas
Las que montan.—Querrás decir sin duda
Hacaneas.—No sé como se llaman,
Que hay poca diferencia de hacaneas,
Á cananeas.—Lo concedo, acaba.
—Pues digo que se acerca la señora
Tan hechicera que el sentido pasma.
—Y yo á mi vez te juro, Sancho hijo,
Que en albricias de aquestas no esperadas
Nuevas que traes, te daré el despojo
Mejor, que gane en la primer batalla
Ó aventura feliz que nos deparen
Los hados; y si aquesto no te basta
Ni te contenta, ofrézcote las crias
De las tres yeguas que dejé preñadas
Allá en el prado concejil del pueblo.»
A lo cual contestóle el muy camándula

—Á las crias me atengo, señor amo,
Que el despojo mi vista no lo alcanza.

XVIII

Maleficio.

HABLANDO de esta suerte, de la selva
Saliéronse, y al ver las aldeanas
Que en sus borricas caminando vienen
Con lentitud, y ya cerca se hallan,
Tendió su vista el bravo caballero
Buscando seres de mejores trazas;
Mas como á nadie viese en el camino
Del Toboso á excepción de las tres zafias
Labradoras, turbado y conmovido
Preguntó á su escudero si aún estaba
En la ciudad su hermosa Dulcinea
Ó si fuera la vió ya puesta en marcha.
—¿Cómo en marcha, señor, dice el taimado,
Pues no la vé? ¿no advierte como avanza
Hecha un cielo de amor, pisando flores
Que nacen á sus pies y la embalsaman?
—Yo no veo, replica Don Quijote,
Mas que tres labradoras mal portadas
Que sobre tres borricos cabalgando
Hacia nosotros vienen.—¡Dios nos valga!
Dijo á gritos el pérfido escudero;
Cómo! á tan bellas hacaneas blancas
Tiene el valor de apellidar borricos?
Por Dios, señor, que pelaré mis barbas
Si tal fuese verdad.—Pues yo te digo,
Con esta buena fe que en mí es innata,
Que es tan cierto que son burros ó burras
Como que tú te llamas Sancho Panza
Y yo soy Don Quijote.—Selle el labio,
Señor, que aquí nuestra princesa se halla.
Calláronse los dos, y el redomado
Marido de Teresa, al punto baja.

De su rucio, y postrándose de hinojos
Delante de las feas aldeanas,
Deteniendo á un pollino del cabestro,
Así á una de ellas con primor le habla;
—Reina y princesa y aun duquesa hermosa,
Señora *ogusta*, *destinguida* dama,
Mirad por Dios al *peladín* valiente
Llamado Don Quijote de la Mancha
Y también *Caballero de la Triste*
Figura, que aquí os rinde su alabanza
Teniendo el corazón tan reducido
Que no es más reducida una *alvellana*.
Á los pies de esta hermosa *cacanea*,
Sus dos rodillas en la tierra clava:
No *premita*, por Dios, vuestra grandeza
Que aquí *gomite* por la boca el alma.»

Estaba á la sazón arrodillado
Todo confuso, viendo á la villana
El crédulo señor; y como oyese
Que reina la llamaba Sancho Panza,
No sabía qué hacer, ni qué concepto
Formar de aquella aparición extraña,
Que era morena, regordota, bizca,
Cariredonda, cejijunta y chata,
Por lo cual el valiente caballero
Suspenso y sin hablar la contemplaba.
No estaban en verdad menos atónitas
Las tres silvestres y curtidas gracias
Viendo aquellos dos hombres tan distintos
Que hincados de rodillas les atajan
El paso; mas al fin la detenida
Mohina les dijo:—Vayan noramala
Y déjenos pasar, que se hace tarde
Y queremos *golver* á nuestra casa.
—Oh! princesa y señora, exclama Sancho,
¿Tendréis valor y corazón y entrañas
Para dejar morir cual muere un perro
Á ese andante infeliz que tanto os ama?
—Miren, miren, por donde el señorito
Se apea; grita al punto la más brava;
Jo que te estriego; burra de mi suegro,
¿A nosotras con pullas y matracas?

Vayan andando su camino, y déjennos
Hacer el nueso, pues la senda es llana. »

No bien oyó estas frases Don Quijote
Dijo con triste voz:—Sancho, levanta;
Levántate, no insistas, *pues ya veo*
Que la fortuna de mi mal no harta
Tiene tomados los caminos todos
Por do pueda venir á ésta mi ánima
Algún contento. Y tú, princesa ilustre,
Hermosa Dulcinea, prenda cara;
Término de la humana gentileza,
No dejes ¡ay! al contemplarme blanda
De advertir en el fino acatamiento
Que á tu noble virtud maleficiada
Y á tu hermosura contrahecha fago,
El grande afán con que te adora mi alma. »

Guardó silencio el caballero triste
Y soltando su risa la aldeana:
—Toma mi agüelo! replicóle al punto.
¿Requebrajos á mí? Váyanse, vayan,
Y déjennos al fin el paso franco,
Que la groma se va haciendo pesada. »

Apartóse el buen Sancho satisfecho
De haber logrado realizar su farsa;
Y la supuesta Dulcinea, picando
Á su burra, picó con tales ganas
Que el animal á fuerza de corcobos
En tierra dió con su preciosa carga.
Vióla caer el triste Don Quijote
Y acudió presuroso á levantarla
Mientras que Sancho que también se acerca
Aprieta bien la cincha de la albarda.
Y es fama que al tenderla el caballero
Los brazos con intento de montarla
En su hacanea, dió la estulta moza
Varios pasos atrás, y con pujanza
Tomando vuelo, dió una corridica,
Puso luego sus manos en las ancas
De la burra, y saltó con ligereza
Quedando cual los hombres á horcajadas.

Partió por fin, partieron las tres juntas,
Y Don Quijote con la faz turbada

Dejó salir suspiros de su pecho
Y de sus ojos silenciosas lágrimas.
Después con gran dolor:—No hay duda, dijo:
Mi gentil Dulcinea está encantada!
¡Feliz tú, amigo Sancho, que la has visto
Tan hermosa, ostentando ricas galas,
Sin ser presa cual yo de magos viles,
Cobardes envidiosos de mi fama,
Que á traición nos han hecho maleficio
Y en mis ojos han puesto cataratas!»

XIX

Pelos y señales.

CUANDO las tres aldeanas
Se alejaron de aquel sitio
Quedó el pobre caballero
Cabizbajo y pensativo.
Retozona risa bulle
En los labios y el espíritu
Del marrajo Sancho Panza
Que engañó á un señor tan fino.
—Mira, dícele al fin este,
Mira si tengo enemigos;
Nota cómo me persiguen
Encantadores malignos.
Ay! yo nací para ejemplo
De desdichados, y vivo
Para ser blanco y terrero
De las flechas del destino.
No contentos los alevés
Magos, con darme el suplicio
De ver trocada mi dama
En un sér feo y bravío,
El buen olor le quitaron
Que suele ser distintivo
De las señoras que andan
Entre búcaros magníficos,

Entre flores, entre ámbares
Y entre inciensos exquisitos.
Y esto te lo cuento, Sancho,
Y esto, Sancho, te lo digo,
Por que al querer levantar
Á la que dices que has visto
Tan hermosa y tan gallarda
Con su espléndido atavío,
Yo solo ví un esperpento
Sucio, feo y desabrido,
De cuya boca salía
Un tufo..... ¡tufo maldito!
De ajos crudos, que no sé
Cómo pude resistirlo.
—¡Canallas! exclama Sancho
Dando á la sazón un grito,
¿Qué ofensas ahora ni nunca
Mi noble señora os hizo
Para que así la trocáseis
En un fiero basilisco?
Bastáraos, magos infames,
Trocar sus ojos divinos
En miserables agallas
Alcornoqueñas, y el limpio
Rubio cabello de oro
Tan reluciente y purísimo,
En sucias cerdas de cola
De buey; bastáraos, repito,
Trocar todas sus bellezas
En un feo tan subido;
Pero trocarla el olor
Pasa de vil artificio.
Verdad es, señor del alma,
Que yo su fealdad no he visto,
Sino su mucha hermosura
Casi sacada de quicio
Por el gran lunar que tiene
Sobre la boca, en el sitio
Donde nacen los bigotes;
Cuyos pelos bien medidos
Vienen á tener un palmo
De largos.—Corres peligro

De que digan al oírte
Que eres muy ponderativo.
—Pues yo juro que en su rostro
Estaban como nacidos.
—Lo creo, Sancho, lo creo;
Que Dios en ella no quiso
Poner nada que no fuese
Perfecto, agradable y lindo.
Así, pues, aunque tuviera
Cien lunares, no distintos
Del que dices, nunca en ella
Fueran lunares mezquinos
Sino lunas, sol y estrellas
Resplandecientes; y afirmo
Que ese lunar que me pintas,
Según datos fidedignos
Y señales que no fallan,
Cuya explicación omito,
Tiene su correspondencia
En ciertos velados sitios,
Ó sea en el muslo derecho
Donde existirá de fijo
Otro de las mismas señas
Que el que tú dices que has visto.
Pero dejando estos puntos
Que son harto suspensivos,
Vámonos, Sancho, por otros,
Que asaz aquí he padecido.
Calló, montó en Rocinante,
Exhaló nuevos suspiros,
Y no vió que Sancho Panza
Se burlaba de lo lindo.
Y atrás dejando el Toboso
Van por opuesto camino
El fiel y crédulo amante
Y el criado fementido.

XX

Al lector.

Aquí al que leyere debemos decir,
Sin vanos alardes de orgullo pueril,
Que el romanceador no puede seguir
La historia prolija del bravo adalid,
(Y así le llamamos sin querer mentir
Porque él se imagina que vale por mil.)

.....
Seguido de Sancho irá hasta el confín
Del mundo, si es fuerza que llegne hasta allí,
Y al cruzar la selva, el prado, el pensil,
El monte y el llano se juzga infeliz;
Pues lleva al moverse de aquí para allí,
Clavado en el alma un dardo sutil.

Soltando las bridas del flaco rocín
Le deja á sus anchas la yerba engullir
Y muere de amores cual nuevo Amadís
Al ver que ha perdido su dama gentil.

.....
— Señor, dice Sancho; por Dios no esté así
Tan alicaído, pues se vá á morir.

Si mal bruja infame, cruel malandrín
Hizo de las suyas con bárbaro ardid,
Su merced le muestre su fé varonil,
No más suspiricos; no tanto plañir,
Que hay menesterosos y un gran celemin
De tiernas doncellas que quieren salir
De sus doncelleces con algún malsín,
Y es fuerza guardarlas del hazme reir.
Vamos por el mundo, que en el mundo vil
Hay mucho robado que restituir,
Y muchos entuertos, mucho matachín
Y muchos follones á quien corregir.
Vamos, por Dios vivo, noble paladín,
Caballero andante más bravo que el Cid.

—Razón tienes, Sancho, vamos por ahí,
Dice Don Quijote que está algo febril,
El destino impió me manda sufrir
Mis penas y duelos, mi gran frenesí.
Mándame que luche con fuerza viril
Si antes no me acaba algún berrenchín.
Mil desaguizados debo combatir;
Mil menesterosos suspiran por mí.
Volemos, buen Sancho, al punto á la lid.
Y amo y escudero decídense al fin
Á correr el mundo que van á embestir
Con feroz alarde y ánimo viril.

Y otras aventuras
Vuelven á surgir,
Y duendes y trasgos,
Tropa baladí,
Caballeros, damas,
Gente escuderil,
Dueñas doloridas
De hábito monjil,
Niñas que declaran
Que están en un tris
Antes que les digan
Me muero por tí:
Cencerradas, gatos,
Insulas, motín,
Donde Sancho pierde
La fuerza motriz,
Se van sucediendo
Con tanto perfil,
Y tantos relieves
Y tal retintín,
Que el romanceador
No sabe seguir,
La historia prolija
Del buen paladín.

.....

XXI

Caballeros y escuderos.

UNA noche en cierto bosque
Donde los dos reposaban
Al pie de copudos árboles,
Sintió el hidalgo pisadas
De caballos, advirtiéndolo
Á través de la enramada
Que dos hombres, cabalgando
Hacia aquel sitio llegaban.

Paráronse cerca de ellos
Y el uno dijo en voz alta:
—Quita el freno á los caballos
Que aquí tienen abundancia
De yerbas, y este silencio
Y esta soledad me agradan.

Dijo, se tendió en el suelo
Y al caer crujieron armas.

Todo lo escuchó el hidalgo
Y al momento dijo á Panza:
—Despierta, que ya tenemos
Aventura aparejada.
—Por qué?—Porque en estos sitios
Gente misteriosa anda.
—Y porque vayan ó vengan
Porque les dé la real gana
¿Sospecha vuesa merced
Que aventuras nos aguardan?
—Calla, repito, y atiende,
Que de cosas más livianas
Nacen á veces sucesos
De la mayor importancia.
Además, que yo colijo
Por ciertas señales claras,
Que debe ser caballero

Andante, según sus trazas.
—¿Luego hay moros en la costa?
¡La Santa Virgen nos valga!
—Cállate bobo, y escucha
Cómo templa una guitarra,
Vihuela ó laud, y como
Endechas de amores canta.
Callaron los dos, y al punto
En medio de la enramada
Se escuchó una voz doliente
Que estos versos entonaba:

—Dulce y tierna Casildea,
Casildea de Vandalia,
Por quien voy peregrinando
Desde Gades hasta Francia.
Tú la más bella y garrida
Y la más fresca y lozana,
Que como Vénus naciste
En una concha de nácar,
Depón tus iras crueles;
Mira hermosa que me matas
Durmiéndote indiferente
Sin ver mis terribles ansias.
Despierta, por Dios, despierta
Y tu noble pecho ensancha
Que por reina de hermosura
Todo el mundo te proclama
Lo mismo en Andalucía
Que en Aragón y en Navarra
Y en Castilla y Cataluña
Y en Valencia y en la Mancha. » (3)

Apenas oyó el hidalgo
Estas últimas palabras
Dijo con voz balbuciente:
—Eso no, ¡pésie á mi ánima!
Que yo soy manchego puro
Y tratándose de damas,
En donde esté mi señora
Á ninguna rindo párias.
Dijo, avanzó presuroso

Y en un claro que formaba
La selva, encontró á un guerrero
Armado de todas armas,
Que al verle venir seguido
Del curioso Sancho Panza,
Exclamó con voz sonora
Comedida y reposada:
—¿Quién vá allá? ¿qué gente viene?
¿Quién acude? ¿quién avanza?
¿Por ventura pertenecen
Á la complacida raza
De los contentos, ó de
Los afligidos dimanan?
—De los afligidos, dice
Don Quijote sin tardanza.
—Pues entonces vengá al punto,
Venga á mí que vinculadas
Tengo en mi pecho las penas
Y la tristeza en el alma.»
Dijo, y asiendo de un brazo
Á Don Quijote, que estaba
Ya cerca oyendo con gusto
Tan comedidas palabras,
Le invitó á tomar asiento
Diciéndole:—Por las trazas
Vuestras; porque aquí os encuentro
Con un bosque por morada.
Por lecho las duras piedras
Y el silencio por compañía,
Desde luego he presentido
Que sois de la estirpe brava
De los nobles caballeros
Andantes, que honran á España.
—Teneis razón, le responde
Don Quijote con voz clara;
Caballero soy de esa
Profesión, y aunque en mi alma
Tienen eternal asiento
Las tristezas, las desgracias,
Y las desventuras, nunca
Ahuyenté de mí la lástima
Y la compasión que tengo

De las ajenas; y es tanta
La que sentí al entender
Vuestra trova enamorada
Que al escucharos, mi rostro
Casi se inundó de lágrimas.
—¿Amais vos, también, acaso,
Y os desdeña vuestra dama?
—No; respondió Don Quijote;
Jamás conmigo fué ingrata
La que adoro.—Eso es muy cierto,
Dijo al punto Sancho Panza;
Que fué siempre mi señora
Como una borrega mansa,
Más blanda que la manteca,
Y más fócil que una malva.»

Al oír esto, el incógnito
Caballero, dijo:—Basta!
Y mirando á nuestro héroe
Le preguntó:—¿Es el que habla
Vuestro escudero?—Sí es.
—Pues es cosa que me extraña;
Que nunca he visto escudero
Con tan perversa crianza
Que delante de su amo
Así meta su cuchara.
Al menos, ahí está el mio
Que en estatura aventaja
Á su padre y á su abuelo
Y que ante mí nunca habla.
—Pues yo, le responde Sancho;
Hablo, porque... no faltaba
Más que mover estas cosas
Que es peor el meneallas.»

Entonces, el escudero
Del Bosque, asió á Sancho Panza,
Por un brazo, y con presura
Así le dijo en voz baja:
—Vámonos donde podamos
Departir en confianza
Asuntos escuderiles
Que á nosotros nos atañan,
Y dejemos á los amos

Que dándose de las astas
Hablarán de sus amores
Hasta el día de mañana.»

A lo cual contestó Sancho
Con voz un tanto atiplada:
—Vamos, señor escudero,
Y así verá sin tardanza
Si puedo entrar en docena
Con aquellos que más hablan.»

XXII

Como lirones.

CABALLEROS y escuderos
Divididos se encontraban
Hablando aquéllos de amores,
Y éstos de mil cosas várias.
Y según la historia cuenta
Tomó al punto la palabra
El novísimo escudero,
Que así dijo á Sancho Panza:
—Trabajosa y triste vida
Es esta, que aperreada
Llevamos los que servimos
Á estos caballeros.—Mala
Es en verdad, le responde
Sancho, con mucha cachaza;
Que hay días que me mantengo
Del viento, y la cosa es árdua.
—Eso al fin, puede aguantarse
Viviendo con la esperanza
De conseguir algún premio
Gordo; pues mucha desgracia
Tendrá el caballero andante
Que á su escudero no haga
Gobernador de una insula
Ó Conde, que es cosa grata.
—Yo le he dicho ya á mi amo,

Replica el buen Sancho Panza,
Que á la ínsula me atengo,
Y como él tiene ganas
De premiarme, muchas veces
Me la ofreció.—Dios le haga
Buen Gobernador, y á mí
Me dé aquello que me falta
O sea un canonicato
Que ya mi señor me manda.
—Según eso, me figuro
Que el tal señor tiene trazas
De ser caballero andante
Á lo eclesiástico.—Es clara
La figuración.—El mio
Es lego, y aunque unas almas
Discretas, le aconsejaron,
Tal vez mal intencionadas,
Que fuese Arzobispo; él quiso
Ser Emperador; y anda,
Y andamos los dos buscando
El Imperio con tal gana
Que si presto no le hallamos
Yo me moriré de rabia
Pensando en la hermosa ínsula
Que ha de serme regalada.
De esta manera seguían
Los escuderos su plática
Que Benengeli trascribe
Fielmente con mucha gracia;
Y tan amigos se hicieron
Y tan buenos camaradas,
Que para echar lastre al cuerpo
Y remojar la palabra,
Sacó el del Bosque su alforja,
Y de aquesta una empanada
Colosal, que contenía
Un conejo en sus entrañas,
Mostrando luego con garbo
Una bota soberana,
Llena de excelente tinto
Que alegró de Sancho el alma
Y tanto y tanto comieron

Y tantos tragos echaban,
Que se durmieron al cabo
Lo mismo que unos panarras,
Con la bota entre sus diestras
Que quedaron enlazadas,
Como si fueran dos íntimos
Compañeros de la infancia.

XXIII

El Caballero del Bosque.—Reto.

ENTRE tanto, separados
Aunque no á mucha distancia,
Los dos bravos caballeros
De sus amores hablaban;
Y en el momento en que vamos
Á enterarnos de sus pláticas
Así decía el del Bosque
Extremando sus palabras:
—Sabed, señor caballero,
Que mi fortuna ó desgracia
Me trajeron á ser víctima
De la más hermosa ingrata
Que ha mencionado la historia
Del mundo, en sus grandes páginas.
Esta mujer que no tiene
Rival, ni nadie la iguala
En espléndida hermosura
Ni en condiciones bizarras,
Suele tener mil caprichos
Y mil voluntades varias,
Metiéndome en mil empresas
Que ya en lo imposible rayan
Y en las cuales ciego entro
Por no matar mi esperanza
De que al cabo compasiva
Me otorgue dichosa paga.
Y para daros idea
De las cosas que me encarga,

Sabed, señor caballero,
Que una vez, desenfadada
Me mandó desafiar
Á la famosa giganta
De Sevilla, á quien las gentes
Suelen llamar la Giralda,
Y á la cual vencí, poniéndola
En donde mismo se hallaba.
Otra vez, quiso que fuese
Á cargar sobre mi espalda,
Para averiguar su peso,
Esas piedras que se llaman
Toros de Guisando; y otra
Me ordenó que me arrojara
Al fondo del negro abismo
Llamado Sima de Cabra.
Hícelo todo, cual ella
Caprichosa deseaba,
Y le dí cuenta de todo
Sin ver término á mis ansias.
Finalmente, ahora se empeña
En que por el mundo vaya
Obligando á los más fuertes
Campeones, á que hagan
Manifestación cumplida
De que nunca vieron nada
Tan perfecto y tan hermoso
Como es su linda cara.
Después de andar por mil reinos
Ahora voy cruzando España,
Dó obediente á sus mandatos
Trabé singular batalla
Con cien y cien caballeros
Andantes, siendo mi espada
Vencedora tantas veces
Cuantas entré en lid bizarra.
Pero lo que más me inspira
Orgullo, y me alegra el alma,
Es el haber domeñado
Las fuerzas y la arrogancia
Del valeroso manchego
Que Don Quijote se llama,

— ROMANERO DEL INGENIOSO HIDALGO —

Y que al ser por mí vencido
Gustosamente declara,
Que no hay en la tierra otra
Tan bella como mi dama.»
Quedó el aludido atónico
Al oír tales palabras,
Y refrenando su ira
Dijo tras de breve pausa:
—Ved bien lo que vais diciendo,
Que aunque de hablar teneis trazas
Sinceramente, no puedo
Dar crédito á tales fábulas.
Antes bien, de vos pretendo
Pues de un mi amigo se trata,
Que de toda su persona
Me deis las señas exactas.
—No hallo en ello inconveniente
Y voy al momento á dároselas:
Es un hombre alto de cuerpo,
De seca y morena cara,
Avellanado de miembros,
La cabellera entrecana,
La nariz algo aguileña
Y corva, la frente ancha;
Y son sus bigotes grandes,
Negros y caídos; campa
Con nombre de *Caballero*
De la Triste ó de la escuálida
Figura, y es quien le sirve
Su escudero Sancho Panza.
Oprime el lomo y enfrena
Un corcel de pura raza,
Alígero cual ninguno
Que Rocinante se llama.
Tiene por dueña y señora
De su vida y de su alma
Á la que es hoy *Dulcinea*
Del Toboso, antes llamada
Aldonza Lorenzo, como
Por ser Casilda mi dama
É hija de Andalucía
Yo á mi vez suelo llamarla,

— DON QUIJOTE DE LA MANCHA —

Uniendo los dos vocablos,
Casildea de Vandalia.
—¿Y decís que habeis vencido
Á Don Quijote?—A mis plantas
Cayó, lo juro mil veces.
—Pues yo juro por mi ánima,
Que aunque las señas que dísteis
De ese mi buen camarada,
Concuerdan con su persona,
Ni rompísteis una lanza
Con él, ni le habeis rendido
Por ser empresa muy árdua.
Podrá suceder que magos
Malignos, de vil prosapia,
Á quienes come la envidia,
Para oscurecer sus altas
Proezas, hayan tomado
Su misma forma y su facha.
Ellos son los que trocaron
Á Dulcinea en villana
Sucia y fea labradora,
Según ví por mi desgracia.
Ellos, alevés, sin duda
Os han hecho ver fantasmas
Por que llegneis á alabaros
Con insólita jactancia
De cosas que no han pasado
Ni pasarán ¡voto al Papa!
Y para probaros presto
La razón de mis palabras,
Sabed, señor caballero,
Que aquí está en cuerpo y en alma
Para mantener su honra
Don Quijote de la Mancha,
Que un *mentís* franco y redondo
Ahora os arroja á la cara,
Y á pie y á caballo os pide
Que midais con él las armas.
Dijo, y poniéndose al punto
De pie, requirió su espada
Y quedó firme en su puesto
Rígido como una estatua.

XXIV

Pujos marciales.

Como no me duelen prendas,
Respondió al punto el del Bosque,
Sabed, señor caballero,
Que en batirme estoy conforme;
Pero no ha de ser á obscuras
Y en el riñón de la noche,
Como diz que se acometen
Rufianes y salteadores,
Sino con la luz del día.
Aguardad que el sol asome
Y nos veamos las caras
Para que no me equivoque
Otra vez, ni sea juguete
De brujos y encantadores.
Y debo á más, proponeros
Al fijar las condiciones
Del duelo, que aquel que sea
Vencido, quede á las órdenes
Del vencedor, que mandarle
Podrá, en lo que no se opone
Al decoro, y á las leyes
Del honor que bien conoce.
—Esa condición me place,
Dijo al punto Don Quijote,
Y desde luego la acepto
Por muchísimas razones.
—Pues vamos á prepararnos,
Que la impaciencia nos come.
Hablando de esta manera
Los dos bravos campeones
Se dirigieron al sitio
En donde encontrar suponen
Á sus buenos escuderos,
Que al pie de unos alcornoques

Estaban, según dijimos,
Durmiendo como lirones.
Despertáronlos, y al punto
Les mandaron que veloces
Enfrenaran los caballos
Á fin de tenerlos dóciles
Para entrar en la batalla
Más descomunal y enorme
Que miraron los nacidos
Y pudieron ver los orbes.

Al oír aquellas nuevas
Inesperadas, quedóse
Atónito Sancho Panza
Como aquél que ve visiones,
Temiendo hallar muy en breve
Á su amo hecho gigote.
Guardó, no obstante, silencio,
A el escudero del Bosque
Siguió, y encontraron juntos
Hechos unos amigotes
Á Rocinante y al rucio
Y á dos jacos de mal porte
Que el incógnito guardaban
Lo mismo que sus señores.
De camino, dice á Panza
El escudero del Bosque:
—Ha de saber, buen hermano,
Que según hacen los hombres
De guerra en Andalucía,
Todo el que apadrina un choque
Ó pendencia de este género,
No puede estar hecho un poste
Mientras sus ahijados luchan
Y las cabezas se rompen.
Y esto lo digo, compadre,
Para que no se acongoje
Cuando vea que los amos
Empuñan lanza y mandoble;
Antes bien, será oportuno
Que imitando sus acciones
Riñamos también nosotros
Deshaciéndonos á golpes.

—Eso no ¡voto á mi agüelo!
El buen Sancho le responde,
Que esa costumbre que dice
No entra nunca en pechos nobles.
Podrá ser que peleantes
Andaluces bravucones
Hagan tal desaguizado
Con sentimientos feroces;
Mas nunca los escuderos
De los andantes varones
Hicieron tal, ni las leyes
Andantescas lo disponen.
Esta es la verdad desnuda,
Y esta verdad se conoce
En que jamás llevé al cinto
Espada, puñal, ni estoque.
—Eso tiene buen remedio,
Replica al punto el del Bosque,
Que si faltan esas armas
Suplirlas puede un garrote;
Y si el palo no le agrada
Otro recurso propóngole.
Aquí traigo dos talegas
De un lienzo que no se rompe
Y que en lo iguales parecen
Hechas en un mismo molde.
Tome su merced la una,
Yo la otra, y verá entonces
Como nos vapuleamos
Sin que nadie nos estorbe.
—Lo de la talega, pase,
Dice Sancho, que á la postre
Sin herirnos ni dañarnos
Harán que se despolvoren
Nuestros vestidos.—No es eso
Lo que digo.—Pues entonces
¿Qué quiere?—Que en las talegas,
Por que el aire no las tronche
Ni se las lleve, metamos
Seis pelados pedriscones
Ó guijarros de igual peso,
Y con ellos muy acordes

Podremos talaguearnos
Sin hacernos mal.—Razones,
Son esas, replica Sancho,
Que ablandarían á un bronce.
Miren lo que dice ahora
Este demonio de hombre!
Miren las pieles de marta
Y los blandos algodones
Que meter en las talegas
Quiere, para darnos golpes
Que nos dividan los cascos
Y los miembros nos destrocen,
Cuando nadie tiene gana
De morir de bobis, bobis.
Deje, deje que los amos
Se rebanen los cogotes
Ó se den lindos cachetes
Ó se destripen á coces,
Que yo, que soy poco amigo
De inútiles disensiones,
Tengo mi alma en su almarío
Y puede ser que me enoje
Haciendo que el diablo tire
De la manta en que se esconde.»
Esto dijo Sancho Panza,
Y el escudero del Bosque
Respondió:—Ya vendrá el día
Y nos veremos entonces.»

XXV

Duelo.

A GORJEAR comenzaban
Los pintados pajarillos
Ocultos en la floresta
Donde tenían sus nidos,
Cuando ya la fresca aurora,
Que ellos saludan solícitos,

Por los balcones de Oriente
Mostraba el rostro bellísimo.
De sus cabellos de oro
Descienden en infinito
Número, líquidas perlas
De transparente rocío
Que bañan las recortadas
Frondas del bosque contiguo.
Bellos aljófares brotan
Del romero y del tomillo,
Y el ambiente se embalsama
Con sus efluvios riquísimos;
Destilan maná sabroso
Los sauces; los cristalinos
Arroyos van murmurando
Hasta parar en los ríos,
Y las claras fuentes rien
Mostrando su regocijo.

Quedó vencida la noche,
Salió el día con sus tibios
Resplandores, y las cosas
Cobraron su positivo
Aspecto, haciendo que Sancho
Mirase con inaudito
Asombro y pavor inmenso
Al escudero mismísimo
Que le ofreció su empanada
Y su gran bota de vino.

Cuenta en efecto la historia
Que aquel escudero ínclito
Obstentaba una nariz
Tan grande y llena de chírros
Y berrugas, que prestaba
Sombra á todo su individuo.
Su color amoratado
De berengena, y el sitio
Que ocupaba, produjeron
En Sancho un pesar tan vivo
Que juró no andar en bromas
Con semejante vestiglo.

Entretanto, Don Quijote
Miró á su vez á su digno

Contendor; pero no pudo
Ver aquel rostro enemigo
Porque á la sazón tenía
(Señal de ser precavido)
Bien calada la visera
Que era de acero muy limpio
Y en la cimera llevaba
En bello y suelto racimo
Vistosísimo plumaje
De tres colores distintos.
Vestía sobre las armas
Con delicado artificio
Una hermosa sobrevesta
Tejida con unos hilos
Dorados, que parecían
Hechos de oro purísimo,
Salpicada toda ella
De lunas ó de espejillos
Resplandecientes, que hacían
Su aspecto grato y magnífico.

Erase el tal caballero
Hombre membrudo; y su altivo
Ademán, significaba
Que tenía fuerza y brios.
Su lanza estaba arrimada
Á un árbol, y su cuchillo
Acerado, mediría
Un palmo más que cumplido,
Siendo el asta grande y gruesa
Como pocas se habrán visto.

Observó el buen Don Quijote
Todo cuanto queda dicho,
Y según cuenta la crónica
No sintió calor ni frío.
Antes bien, sin ver á Sancho
Que temblaba como un niño,
Se acercó á su contrincante
Y estas palabras le dijo:
—Ahora que el sol nos alumbra
Y ambos vamos á batirnos
Un favor que no es muy grande
Paladinamente os pido.

Y es, que si la mucha gana
De pelear que en vos miro,
No os quita la cortesía
Que en vos también adivino,
Alceis la visera un poco
Para ver si el rostro es digno
De aquesa disposición
Y gallardía que admiro.
—Eso, señor caballero,
No me parece preciso,
Pues tiempo tendreis de verme,
O vencedor ó vencido,
Y hacer no quiero á mi dama
Que se imponga el sacrificio
De esperar á que levante
La visera en este sitio,
Antes que vos confeseis
Lo que de vos solicito
Por fuerza, ya que de grado
No quereis ni habeis querido.
—Eso, nunca! le contesta
Don Quijote; que yo existo
Para proclamar á voces
La belleza de mi ídolo;
Mas ya que el rostro ocultais
Preguntaros será lícito
Si soy aquel Don Quijote
Que decís habeis vencido.
—Á eso, vos responderemos
Que no os encuentro distinto
Del otro, y que os pareceis
Como dos huevos cocidos
O crudos, pues para el caso
Creo que viene á ser lo mismo.
Mas como vos afirmais
Que encantadores inícuos
Vienen contra vos, y os roban
Las esperanzas y el juicio,
No me atrevo á asegurar
Si sois ó no el contenido.
—Eso me basta y me sobra,
Al punto el hidalgo dijo;

Mas por sacaros de dudas
Dejémonos ya de ripios
Y vengan nuestros trotones
Que ociosos tascan el frio
Hierro; y si Dios y mi dama
Y mi brazo me dan brios
Para venceros, tan luego
Como logre descubriros
Veré el rostro que tapais;
Y vos vereis por el mio
Que no soy el Don Quijote
Que pensais haber rendido.
Callaron los dos, y luego
En sus caballos subidos,
Partir quisieron el campo
Tomando rumbo distinto.

XXVI

Victoria.

TAN gran pavor sintió Sancho
Al ver que la cosa iba
Encrespándose, que á tiempo
En que su señor partía
Para volver corajudo
Contra aquel su antagonista,
Pidióle con todas veras
Y por la Virgen Santísima
Que le ayudara á subir
Sobre el tronco de una encina.

Hízolo así Don Quijote
Que al ver la cara feísima
Del narigudo escudero,
Dijo con cierta ironía:
—No se me oculta, buen Sancho,
Que esa trompa te intimida
Y que quieres ver los toros
Sin que te rompan la crisma;

Mas ten paciencia, que pronto
Los quitaremos de encima.»

Dicho lo cual, presumiendo
Que su contrario vendría
Ya sobre él, picó espuelas
Á Rocinante, y con ira
Llegó al sitio en donde estaba
Aquel, que en vano quería
Que su jaco obedeciese
Al acicate y la brida,
Mientras la lanza en el ristre
Colocar bien no podía.
Y fué tal el recio choque
Que en su carrera tendida
Produjo el gran Rocinante
Excediéndose aquel día,
Que al dar su señor furioso
La primera arremetida,
Perdió el pobre caballero
De los Espejos su silla
Y sus estribos, cayendo
Redondo sobre unas guijas.

Al ver esto, Sancho Panza
Se deslizó de su encina
Y corrió al sitio en que todo
Lo ya expuesto sucedía.

Entretanto, Don Quijote
Se apeó con mucha prisa
Y se acercó á su adversario
Que exánime parecía
Sin mover un solo dedo
Ni dar señales de vida.

Rudo, en verdad, fué aquel golpe,
Casi mortal la caída,
Por lo cual quiso el hidalgo
Ver si era muerte efectiva
Ó no, y quitó las lazadas
Del yelmo, viendo enseguida
El más portentoso ejemplo
De las cosas inauditas
Que pueden verse en el mundo
De las grandes maravillas.

Era lo que vió, según
Cide Hamete certifica,
La misma estampa, la efigie,
La propia fisonomía
De su amigo el bachiller
Sansón Carrasco á quien mira
Hecho un caballero andante
Que á sus plantas sucumbía.
—¡Oh! cambios de la fortuna!
¡Oh, mágias! ¡oh, hechicerías!
Exclamaba Don Quijote;
¿Tendré yo turbia la vista?
Acércate, Sancho amigo,
Ven, apresúrate, aguija,
Y verás á dónde llegan
La astucia, la infame inquina
De brujos, encantadores
Y magos que el mundo habitan.»
Llegó en esto Sancho Panza,
Y al ver que en tierra yacía
El bachiller, se hizo cruces
Mirando su cara lívida;
Y después de santiguarse
Mil veces, con voz melíflua
Exclamó:—Puesto que el hombre
No dice esta boca es mía
Ni es fácil averiguar
Si su persona está viva
Ó muerta, ni si es Sansón
Ó es su figura fingida,
Á mí, señor, me parece,
Si vuesa merced lo estima
Conveniente y oportuno,
Que por sí ó por no, y por vía
De precaución, le introduzca
La hoja de su espada limpia,
Por el sitio que separa
Los dientes y las encías
Y le clave y le remate;
Con lo que acaso consiga
Matar á algún enemigo
Encantador, que ojeriza

Le tiene, y vino á buscarnos
En el bosque.—No prosigas,
Sancho, que ese pensamiento
Nos viene aquí de perillas
Y le acepto muy gustoso;
Que mi mente se imagina
Que este no es Sansón Carrasco,
Sino su figura misma
Dentro de la cual se esconde
Algún mago.—Esa es la fija,
Señor, remátele al punto
Porque penando no viva.»

Calló Sancho, y Don Quijote
Puso la tizona encima
Del vencido caballero,
Y á hincarla en su rostro iba,
Cuando se escuchó una voz
Que cerca de ellos decía:
—No le mate, no le mate,
Que ese que á sus plantas mira
Es el bachiller su amigo,
Y yo con él, vine á guisa
De escudero; no le mate,
Que hacerlo fuera herejía.»

Quedó suspensó el hidalgo,
Y Sancho, con infinita
Sorpresa, vió al escudero
Del Bosque, que á ellos venía
Desprovisto de su trompa
Ó de la nariz postiza,
Hecha de pasta pintada
Que antes su rostro encubría.

Verle Sancho y conocerle
Fué al punto una cosa misma,
Pues exclamó presuroso
Con gran voz admirativa:
—¿Que es lo que aquí estoy mirando?
¡Válgame Santa María!
¿No es este Tomé Cecial,
Que en mi mesmo pueblo habita,
Y es mi vecino y compadre?
—Ese soy yo, no es mentira,

Y por probaros que soy
Tomé Cecial, os diría
Muchas cosas que me callo
Respecto de mi venida
Á este sitio, aunque son todas
Notables trapacerías.
Entretanto, le suplico
Que á su buen amo le pida
Que no toque ni maltrate,
Ni hiera, ni haga justicia
Contra el mal aconsejado
Bachiller, que ya suspira
Y que parece que vuelve
Á cobrar la voz perdida.

XXVII

El mandato.—Explicaciones.

ENTRETANTO que Tomé
Tales palabras decía
Estábase Don Quijote
Oyéndole con tranquila
Atención; mas al momento
Que vió que se rebullía
El caballero del Bosque,
Lleno de cólera y tirria
Le arrimó la espada al rostro
Diciéndole con altiva
Intrepidez:—Muerto sois,
Caballero, si aquí aprisa
No confesais al momento
Que el ángel de mis vigiliás,
Dulcinea del Toboso,
Vence, aventaja y humilla
Con su simpar hermosura,
Á esa que se apellida
Casildea de Vandalia
Que no sé si es fea ó linda.

Y además de esto, me habeis
De prometer, que enseguida
Que en disposición esteis
De caminar, con sumisa
Obediencia, os dirijais
Al Toboso, y de rodillas
Jureis á mi egregia dama
Que hareis de vos cuanto os pida
Y en voluntad le viniere;
Pero si no os necesita
Y os deja libre, volveos
Á darme de ella noticias
Hasta el punto en que me halle;
Que para encontrar la pista,
El eco de mis hazañas
Podrá serviros de guía.»

Dejó de hablar Don Quijote,
Y el bachiller que le mira
Con los ojos muy abiertos,
Dice con voz dolorida:
—Todo lo confieso, todo;
Y sin que nadie lo exija
Juraré de motu propio
Que una sucia zapatilla
De la hermosa Dulcinea
Vale más que cien Casildas.
Juro postrarme de hinojos
Ante esa beldad rarísima
Y buscaros, aunque sea
En Pekín ó en Palestina.
—También tiene que jurarme
Que no era yo el que decía
Que venció.—También lo juro
Por las ánimas benditas;
Pero déjeme, por Cristo,
Levantar, que esta caída
Me tiene ya tan maltrecho
Que necesito cien bizmas.»

.....
Aquí refiere la crónica
Puntualmente verídica,
Que el hidalgo, compasivo

Tendió sus manos solícitas
Y le ayudó á levantarse.
Y luego á ponerse encima
De aquel caballo réacio
Que ocasionó su desdicha.
Luego, mústio y abatido
Se fué perdiendo de vista,
Seguido de su escudero
Tomé Cecial; y se afirma
Que al verlos partir, el bravo
Don Quijote así decía:
—No me cabe duda, Sancho:
He vencido en noble liza
Á ese encantador maldito
Que tomó la forma misma
Del buen bachiller Carrasco
Que tanto y tanto me estima.
Bien castigada por cierto
Se queda tal felonía,
Que la lucha ha sido brava
Y mi valor acredita.»

.....
Guardó silencio el buen Sancho;
Pero Cide Hamete indica
Que no estaba convencido
Porque á Cecial conocía.
De todos modos, lo cierto
Del caso, fué que tenían
Tramado el Cura, el Barbero,
Y el Bachiller desde el día
En que el ama estuvo en casa
De éste, que no impedirían
La marcha de Don Quijote,
Pues fuera inútil porfía.
Por esta razón, Carrasco
Animóle en su partida;
Y después que estuvo ausente
Abrieron la contramina,
Teniendo por cosa fácil
Trabar con él una riña
Y vencerle en cualquier parte
Dado el estado en que iba

Débil y convaleciente
De una dolencia gravísima.
Por esta razón, buscando
En varias casas distintas
Las armas que hallar pudieron
Menos rotas y más limpias,
Montó Sansón á caballo
Y marchando en compañía
De Tomé Cecial, tomando
Lenguas y señas precisas,
Dieron en el bosque y vieron
Á los que buscando iban.

Era intención de Carrasco,
Por todos muy aplaudida,
Que después del vencimiento,
Á Don Quijote impondría
La obligación de volverse
Al seno de su familia
Y permanecer en casa
Con su ama y su sobrina,
Durante dos ó tres años
Haciendo vida pacífica;
Con lo cual tal vez del todo
El juicio recobraría.
Mas como el hombre propone
Y Dios luego determina,
Resultó que por efecto
De su funesta caída
Fué el vencedor Don Quijote
Y él el vencido y la víctima.

Por esta razón furioso
Llegó á una aldea vecina
En la cual le entablillaron
Las magulladas costillas,
Mientras formaba el propósito
De no descansar un día
Hasta tomar á sus anchas
Una venganza cumplida.
—Yo quiero molerle á palos,
Con voz débil repetía,
Y á casa no he de volverme
Antes de arrancarle astillas.

—Pues yo, Cecial le responde,
Á ella me torno enseguida,
Que no está bien que los cuerdos
De un loco lección reciban.

Con lo cual quedó deshecha
La amigable compañía,
Quedando Sansón Carrasco
Con el cuerpo hecho una eriba.

XXVIII

El del Verde Gaban.

Aquí cuenta el gran CERVANTES,
Y es muy justo darle crédito,
Que Don Quijote marchaba
Vanaglorioso y contento.

Camino de Zaragoza
Va con su insigne escudero,
Y se juzga ya el más bravo
Campeón que hubo en sus tiempos.

Vencido deja al valiente
Que él llama de los Espejos,
Y loco va de alegría.
El caso no es para menos.

En vano Sancho procura
Entender el gran secreto
De que se parezcan tanto
Sansón y aquél caballero.

En vano también le dice
Que Cecial es de su pueblo
Y que disfrazado vino
Con un narigón tremendo.

—Todo, responde el hidalgo,
Es hijo de encantamento
Como viste hace dos días
Que con Dulcinea hicieron.

Á lo cual nada contesta
El socarrón y embustero

Sancho, que está convencido
De sus trápalas y enredos.

.....
En estas y otras razones
Estaban, cuando sintieron
Llegar á un hombre, que iba
Caminando en pos de ellos.

Sobre una yegua tordilla
Montaba; y llevaba puesto
Un gabán de paño verde
Y un gorro de terciopelo.

Llevaba alfanje moruno.
Y eran todos sus arreos
También verdes, con adornos
Dorados de lindo efecto.

Llegó, según dicho queda,
Y como iba derecho
Llevando el mismo camino,
Saludó cortés al verlos.

Luego quiso adelantarse,
Mas Don Quijote al momento
Le dijo:—Señor galán,
¿Por qué se aleja tan presto?

Si el mismo rumbo llevamos
Holgárame yo en extremo
De que si prisa no tiene
Juntos caminando fuésemos.

Á lo cual el de lo Verde
Repuso:—Yo, caballero,
No me pasara de largo
Si no fuera porque temo...

—¿Qué es temer?—Que al ver mi yegua
Pudiera el caballo vuestro
Alborotarse, y dar ambos
Con nosotros en el suelo.

—Eso, no; replica Panza;
Que este caballo es honesto
Y bien mirado, y jamás
Se desmandó en tales términos.

Sólo una vez en su vida
Tuvo un grande atrevimiento,
Mas quedó tan castigado

Que no ha de volver á hacerlo.

Al oír estas palabras

Paró su yegua el viajero,

Y se quedó contemplando

Á sus nuevos compañeros.

Admirábale la facha

Y el desventurado aspecto

De Don Quijote, que iba

Desprovisto de su yelmo.

El cual llevaba el buen Sancho

En su rucio, suponiendo

Con justicia, que libraba

Á su señor de aquel peso.

Finalmente, el caminante

Que se llamaba Don Diego

De Miranda, tan atónito

Se mostraba, y tan suspenso,

Que tomando la palabra

El invicto caballero,

Quiso sacarle de dudas

Explicándole el misterio.

XXIX

Don Quijote pintado por sí mismo.

—Yo, señor, dijo el hidalgo,

No me admiro del deseo

Que al ver mi triste figura

Acariciáis en secreto.

Mas si estáis maravillado

De verme, y saber mi empleo,

Condición, uso y costumbres

Anheláis, vais á saberlos.

Sabed, señor, que yo soy

Por vocación, caballero

Andante, que por el mundo

Buscando aventuras vengo.

Salí de mi casa y patria,

Dejé á mi familia y dandos,
Empeñé toda mi hacienda,
Y olvidé el regalo honesto.

En brazos de mi destino
Me arrojé, y sin rumbo cierto
Resucitar la andantesca
Caballería pretendo.

Por esto, señor, há días
Que caigo aquí y me despeño
Allá; acullá me levanto
Y consigo lo que quiero.

Ya socorriendo viudas,
Ya casadas protegiendo,
Ya huérfanos amparando,
Mi gran profesión ejerzo.

Y la cumplo de tal modo
Con tan cristiano ardimiento,
Que aunque esté mal el decirlo
Hoy me ensalzo por que puedo.

La historia de mis hazañas
Sabias plumas escribieron,
Y unos treinta mil volúmenes
Andan por el mundo impresos.

Lo cual nada significa,
Si como ahora preveo,
Otros treinta mil millones
Saldrán andando los tiempos.

Finalmente, por mostráros
Todos mis merecimientos,
Digo que soy Don Quijote
De la Mancha, en alma y cuerpo.

Y como alabanzas propias
Son dignas de vituperio,
Cuando no vienen al caso
Ni hay motivo para ello,
Diré, señor gentil hombre,
Que ni este caballo enteco,
Ni esta lanza, ni este escudo,
Ni este sencillo escudero,
Ni todas mis armas juntas,
Ni mi rostro amarillento,
Ni mi escuálida figura

Ó delgadez de mis miembros,
Os podrá en lo sucesivo
Admirar ó dar recelos,
Sabiendo ya quien yo soy
Y la profesión que tengo.

XXX

Vida tranquila.

Dejó de hablar Don Quijote
Y después de unos momentos
Que su interlocutor
Guardó profundo silencio,

Dijo éste por fin:—Yo estaba
Maravillado en efecto
Al ver vuestra catadura
Y aires de antiguo guerrero.

Pero ahora que explicais
Vuestra vida y vuestros hechos,
Puedo deciros que aun más
Maravillado me quedo.

Que esté impresa vuestra historia
Cual decís, quiero creerlo;
Pero me cuesta trabajo
Dar á ciertas cosas crédito.

Pensar que en el mundo hubo
Fabulosos caballeros
Que lucharan con fantasmas
No puede entrar en mi credo.

Y me parece imposible,
Absurdo, raro y quimérico
Que haya quien buscar pretenda
Aventuras de ese género.

—Pues los hay, yo os lo aseguro,
Y acaso pudiérais verlo
Si se prolongara un poco
Nuestro venturoso encuentro.

Entre tanto, si os parece

Que en ello no ando indiscreto,
Saber quisiera á quién hablo
En este feliz momento. >

Esto dijo Don Quijote
Y replicó el otro luego:

—Yo, señor, soy un hidalgo
De antecedentes modestos.

Nací en el mismo lugar
En donde hoy comeremos
Si el Señor fuere servido
Y no os oponéis á ello.

Soy más que medianamente
Rico, me llamo Don Diego
De Miranda, y paso alegre
La vida en mi hogar doméstico.

Con mi mujer y mis hijos
Y mis amigos y deudos,
Miro en paz tranquilamente
Cómo se desliza el tiempo.

En la caza y en la pesca
Hallo mi entretenimiento;
Pero no mantengo galgos,
Ni halcones dañinos tengo.

Tan solamente me sirvo
De un hurón, y un manso perro
Perdigón, con los que logro
Dar alcance á algún conejo.

Poseo hasta seis docenas
De libros graves y honestos,
Unos en romance escritos
Y otros en latín correcto.

Hojeo más los profanos
Que los devotos, si aquellos
Ofrecen grato deleite
Á un honrado entendimiento.

Cómo algunas veces fuera
De mi casa, y otras suelo
Convidar á mis amigos
Y vecinos de mi pueblo.

Son mis convites muy limpios
Y aseados, no groseros
Ni escasos, que no es cordura

Hacer penitencia en ellos.

No gusto de murmurar
Ni que murmuren consiento
Delante de mí de nadie,
Pues es un vicio muy feo.

No escudriño ajenas vidas
Ni soy lince de los hechos
De los otros, que eso es bajo
Y ruín en grado extremo.

Oigo misa cada día,
Doy á los pobres sustento,
Repartiendo de mis bienes
Lo que buenamente puedo.

Al hacer mis caridades
Suelo hacerlas en secreto;
Que la limosna ostentosa
Empequeñece el consuelo.

Pongo en paz á los que andan
Desavenidos, y tengo
Gran fe en la Virgen y en Dios
Á quien acato y venero.»

Aquí el del Verde Gaban
Guardó prudente silencio;
Pero Sancho que le oía
Apeóse muy ligero,

Y acercándose al hidalgo
Le asió el estribo derecho
Y casi vertiendo lágrimas
En el pie le dió mil besos.

—¿Qué haceis? preguntó al instante
Sorprendido el buen Don Diego;
¿Por qué razón me besais
Con devoto acatamiento?

—Déjenme besar, responde
Sancho; que yo estoy muy cierto
De que sois el primer santo
Que á la gineta va al cielo.

—No soy santo, que soy hombre
Pecador; vos sois el bueno
Pues vuestra simplicidad
Á voces lo está diciendo.»

Volvióse Sancho á su albarda

Montándose en su jumento,
Mientras D. Quijote á solas
Siguió hablando con D. Diego.

Preguntóle si tenía
Hijos, y él no satisfecho
Del todo, al punto responde
Con melancólico acento:

— Los filósofos antiguos
Fundaron el bien supremo
En poseer buenas prendas,
Muchos amigos sinceros,
Y muchos honrados hijos
De tan nobles sentimientos,
Que fueran gloria y orgullo
Del padre que llega á viejo.

Yo, mi señor D. Quijote,
Solamente un hijo tengo,
Pero acaso me valiera
Mucho más el no tenerlo.

Sin decir que sea malo
Yo le quisiera más bueno;
Que él no sigue la carrera
Honrosa que le prevengo.

Quisiera verle teólogo
Ó legista cuando menos;
Mas aunque el latín domina
Y es aventajado en griego,
Las demás ciencias ahorca,
Y fijándose en Homero
Ó ya en Marcial ó en Virgilio
No habla más que de sus versos.

Sólo con Horacio trata,
Tan sólo se ocupa en Persio
Y con Juvenal se duerme
Despertando con Propercio.

Esto, señor D. Quijote,
Le trae tan sorbido el seso,
Que de poesía y poetas
Por siempre jamás reniego.

XXXI

Los leones.

— Y es aficionado sólo
Á esos clásicos selectos?
— Dice que el romance odia.
— No lo apruebo, no lo apruebo.
La lengua patria es sonora,
Rica en vocablos diversos
Y bien con sus propias alas
Puede remontar su vuelo.
Los que el romance desprecian
No son patriotas buenos,
Que en España hemos nacido
Y hablar español debemos.
Eso de tomar vocablos
Venidos del extranjero,
Es torpe pedantería
Que ostentar quieren los necios.
Homero escribió en su lengua,
Y es justo que hablara en griego;
Virgilio que era latino
Escribió en latín sus versos.
No era justo que trocaran
Su idioma verdadero
Hablando en griego Virgilio
Y usando el latín Homero.
Por lo demás, señor mío,
Si he de ser claro é ingénuo,
Todo padre está obligado
Á dar á un hijo consejos.
Mas no debe (sobre todo
Si es rico), torcer severo
La inclinación que aquél tenga
Si no hay deshonor en ello.
La poesía es una hermosa
Doncella, hija del cielo,

À la cual todas las ciencias
Rinden noble acatamiento.

Y es el vate que seduce
Con su clarísimo ingenio
Arrebatando las almas,
Casi de los dioses émulo.

Por lo cual, este ni aquella
Se han de arrastrar por los suelos
Mendigando los aplausos
Del vulgo ignorante y necio.

Así, pues, si vuestro hijo
Nació poeta, no es cuerdo
Que le negueis lo que quiso
Concederle el Sér Supremo.

Pues si es verdad que el poeta
No logra mucho provecho,
La gloria inmortal que alcanza
Tiene el más subido precio.

.....
Esto, ó cosa parecida,
En un discurso perfecto
Dijo el bravo Don Quijote
Al admirado Don Diego.

Mas de pronto se detuvo
Y variando de aspecto,
Echando mano á su espada.
Gritó:—Aventura tenemos!

Mirad aquellas banderas
Que flotan allí en el viento
Y aquella mole que avanza
Con pavoroso silencio.

Vamos pronto, Sancho amigo,
Dame la lanza y el yelmo
Que en el carro que se acerca
Debe de haber gran misterio.

Alargóle, Sancho, el casco,
Mas como en él había puesto
Unos cuantos requesones
Que antes compró á unos cabreros,

Al ponerle en su cabeza,
Sin ver lo que estaba dentro,
Se halló el bravo Don Quijote

Todo inundado de suero.

—¡Vive Dios! exclama al punto,
Que ó se derriten mis sesos,
Ó sudando estoy á mares
Aunque no sudo de miedo.

Dame un paño con que limpie
Lo que me va á dejar ciego
En tanto que yo descubro
La causa de este embeleco.»

Dijo, y quitándose el casco
Exclamó con voz de trueno:

—¡Por vida de mi señora
Que son requesones estos!

Tú sin duda, sin conciencia
Y sin pudor los has puesto
Aquí; bergante, traidor,
Y mal mirado escudero!»

Á lo cual, responde Sancho:

—Si son requesones, démelos
Y los comeré enseguida;

Pero no, no he de comerlos:

Que yo también enemigos
Por mala ventura tengo
Y por moverle la cólera
Algún vil mago hizo eso.

—Está bien, dice el hidalgo;
Cállate y los dos callemos,
Que ya el carro se aproxima
Con sus marciales trofeos.

Veamos lo que aquí viene
Que á luchar estoy dispuesto
Con Satanás en persona
Y hasta con todo el infierno.»

Llegó el carro á donde estaban
Y mirando al carretero

Que iba en su mula, y á un hombre
Sentado en segundo término,

Preguntó con voz potente

El insigne caballero:

—¿Á dónde marchais, hermanos?

¿Qué vehículos son estos?

Decidme lo que llevais

Tan velado y encubierto
Y por qué gastais banderas
Como las gasta un ejército.»

Dijo, y al punto responde
Sorprendido el carretero:
—El carro, señor, es mio
Y en él dos leones llevo.

De Orán vienen para el Rey
Y por eso aquí pusieron
Bandera real, que atestigua
Que es Su Majestad el dueño.

—¿Y son grandes los leones?
—Tanto, responde el leonero,
Que en África y en España
Jamás tamaños se vieron.

Son hembra y macho, y ahora
Vienen los dos tan hambrientos
Que para darles comida
Vamos pronto al primer pueblo.

Dejaron de hablar los hombres
Y Don Quijote al momento,
Volvió á tomar la palabra
Y exclamó con menosprecio:

—¿Leoncitos á mí? leoncitos
Á estas horas? Por mi abuelo
Que han de ver los que los mandan
Cuánto valgo y cuánto puedo.»

XXXII

Valor sin segundo.

No bien dijo Don Quijote
Lo que dejamos expuesto,
Volvió á tomar la palabra
Y añadió con brusco acento:
—Apeaos, buen hermano,
Y pues que sois el leonero,
Abridme al punto esas jaulas

Y echadme esas bestias luego.
En mitad de esta campaña
Han de ver mi heróico esfuerzo,
Los magos que los envían
Á ponerme impedimentos.
—Tá, tá, murmura Miranda,
Loco está el buen caballero,
Los quesones sin duda
Le han ablandado los sesos.
—Por Dios, señor, dice Sancho,
Dirigiéndose á Don Diego;
Vuesa merced no premita
Que haya aquí un lance siniestro.

Pues si mi señor se toma
Con los leones, me temo
Que nos tomen á nosotros
Y á todos nos dejen muertos.
—¿Tan loco le suponeis
Que persista en tal empeño?
—No es loco, sino atrevido.
—Bueno está el atrevimiento.

Acercóse el de lo Verde
Al obstinado manchego,
Y con voz afable y dulce
Dijo:—Señor caballero.....
—¿Qué me mandais?—Al hablaros
Menos os mando que os ruego.
—Decid.—Pues digo que ahora
No estais en lo firme puesto.
Los caballeros andantes
Toman el pulso primero
Á lo posible, dejando
Lo imposible por quimérico.
Luchar con esos leones
Es un temerario empeño
Que tendrá más de locura
Que de valor verdadero.
Propietario es el Monarca
De esos rapantes soberbios
Y hay que observar que no viene
Contra vos ninguno de ellos.
Calló el del Verde Gabán

Y Don Quijote colérico
Repuso:—Vuesa merced
No mira lo que yo veo.
Váyase, si á bien lo tiene,
Á buscar su manso perro
Perdigón, y éntre en lid brava
Con sus liebres y conejos.
Que yo sé muy bien mi oficio
Y no he menester maestros,
Que sin que yo se los pida
Vengan á darme consejos.

Así exclamó Don Quijote,
Y volviéndose al leonero
Tornó á decir:—Voto á tal,
Don Bellaco del Averno,
Que si no abris como os mando
Esas jaulas luego, luego,
Con esta mi aguda lanza
Á ese carro he de coseros. >

Temió el leonero la furia
De aquel fantasma soberbio,
Y el carretero affligido
Se puso á temblar de miedo.
Diciendo:—Señor, si insiste
En esta empresa, le ruego
Por caridad, que me deje
Desuncir mis mulas.—Necio!

—Ved que no tengo más que ellas
Para ganarme el sustento.

—Oh ¡hombre de poca fe!
Desunce y escapa presto. >
Hízolo así presuroso

El aludido, y corriendo
Desunció á sus pobres mulas
Mientras gritaba el leonero:

—Conste que solo á la fuerza
Á abrir las jaulas me avengo,
Y que ha de ser responsable
El que me manda hacer esto.

· Sepárense sus mercedes;
Pónganse en cobro al momento,
Que á mí no han de hacerme daño

Por más que sean muy fieros.»

—Vamos, abridles, repite
Don Quijote con imperio;
Sin escuchar á Miranda
Que le requiere de nuevo.

—Mire, señor, dice Sancho;
Que aquí no hay encantamentos,
Que son leones de veras
Formados de carne y hueso.
Desde el punto en que me hallo
Una de sus uñas veo
Y es tan grande, que ser debe
Una montaña su cuerpo.

—Cállate, Sancho, y advierte
Que todo lo abulta el miedo;
Retírate si te place
Y no me des más tormento.
Estate luego á la mira,
Y si sabes que aquí he muerto
Cumple todos nuestros pactos
Y vé al Toboso corriendo.
Preséntate á Dulcinea
Y dile..... mas no te advierto
Ni digo más, tú ya sabes
Todo lo que yo deseo.»

Al oír las anteriores
Palabras, todos creyeron
Que era imposible tarea
Disuadirle de su intento.

Solo el del Verde Gabán
Por fuerza lo hubiera hecho;
Pero iba escaso de armas
Para entrar en tales pleitos.

—Bien mirado, si está loco,
Dijo para su colete,
Hay que matarle ó dejarle
Y esto último prefiero.»

Dijo; y picando su yegua
Dió á Sancho Panza el ejemplo,
Mientras que daba á sus mulas
De palos el carretero.

Después á larga distancia

Se pararon, y advirtieron
Que D. Quijote bajaba
Á tierra con gran denuedo.

Dejando al buen Rocinante
Y al leonero desoyendo,
Quiere esperar á pie firme,
Para luchar cuerpo á cuerpo.

Al bajar de su caballo
Arroja su lanza al suelo,
Saca su espada roñosa
Y embraza su escudo viejo.

Á su simpar Dulcinea
Dedica un dulce recuerdo,
Y allí en medio del camino
Muestra su espíritu intrépido.

¡Oh! valor incomparable!
¡Oh! paladín estupendo,
Digno de ser celebrado
Por los Cervantes y Homeros!

¿Quién puede á tí compararse?
¿Quién ha sido en ningún tiempo
Igual á tí? ¿Quién se excusa
De escribir tu ROMANCERO?

XXXIII

No hay más allá.

ENTRETANTO el melenudo
León, que ya tiene abierto
Y franco el paso, se alza
Perezoso y soñoliento.

Tiende sus garras terribles,
Se despereza primero,
Abre su tremenda boca,
Y arroja un largo bostezo.

Dos palmos de lengua enseña:
Con ella se lava luego
El rostro y ojos ardientes,

La melena sacudiendo.
Y era tal su catadura,
Y era tan grande su cuerpo,
Y su figura tan fea,
Que es ocioso encarecerlo.

Después sacó la cabeza
Fuera de la jaula, y luego
Sin hacer caso de nadie
Mostró sus cuartos traseros.

En vano al frente le aguarda
El bizarro caballero;
El león no se conmueve;
Todo lo vé con desprecio.

Y con gran flema y remanso
Dicen que se echó de nuevo,
Tal vez por ser generoso
Ó tal vez por tener sueño.

Mas Don Quijote que estaba
Á luchar con él dispuesto,
Mandó al leonero al instante
Que le diese con un leño.

—Eso no, contesta el hombre;
Que si le instigo y le fuerzo,
Al salir me hará pedazos
Y yo moriré el primero.

Vuesa merced, señor mío,
Se contente con lo hecho,
Que es todo cuanto se puede
Pedir al más fuerte y diestro.

Si el león salir no quiso
Es porque sintió algún miedo
Y el más bravo peleante
Cumple con hacer su reto.

Si él tiene la puerta franca,
Si él os vé, y esquiva el cuerpo
Y no baja, es bien seguro
Qué aquí vencido le vemos.

Y como el buen vencedor
Sois vos, y en hidalgos pechos
Debe existir la clemencia,
Pido que os mostreis benévolo.

—Tienes razón, dice al cabo

Don Quijote satisfecho;
Cierra esa jaula que es mengua
De encantadores protervos.

Entre tanto, espera un poco,
Que aquí convocar deseo,
A los que en cobarde fuga
Insensatos se pusieron.

Quiero que tú certifiques
De viva voz lo que he hecho,
Para que nunca esta hazaña
Pongan en duda los necios.

Dijo, y atando á la punta
De su lanza, el mismo lienzo
Con que enjugó poco antes
El gran diluvio de suero,

Varias veces ondeándole,
Al lado diestro y siniestro,
Hizo señas á los otros
Que iban de la quema huyendo.

Y como Sancho notara
Que les llamaba en efecto,
Gritó al punto:—Que me maten
Si no es vencedor mi dueño.

—Sí debe de ser, contesta
Admirado el buen Don Diego;
Volvamos.—¡Oh! sí, volvamos
Que ya escucho sus acentos.

Esto dicen, y acercándose,
Aunque con algo de miedo,
Al carro, allí á Don Quijote
Radiante de gozo vieron.

—Uncid, hermano, esas mulas,
Dice ufano al carretero;
Y tú, Sancho, dá á estos hombres
Dos escudos de oro, nuevos.

Es regalo que les hago
Como recompensa y premio
De su obediencia á mis órdenes
Y de haber perdido tiempo.

—Eso, señor, le responde
Sancho, lo haré muy contento,
Mas ¿qué fué de los leones?

¿Están vivos ó están muertos?

—Vivos están, le replica
Con entusiasmo el leonero;
Pero han quedado vencidos,
Humillados y suspensos.
Sólo á la piedad de aqueste
Valeroso caballero,
Deben los pobres la vida,
Que él les perdonó á mis ruegos.
—¿Qué te parece, buen Sancho?
¿Qué me dices, Sancho, de esto?
Pregúntale Don Quijote
Que no puede estar más hueco.

Si viles encantadores
Me roban dicha y sosiego,
No dirán que me intimidan
Ni que aminoran mi esfuerzo.

.....
Dió Sancho los dos doblones,
Y al despedirse el leonero,
Aseguró que en la Corte
Relataria el suceso.

—Al Rey todo he de contárselo,
Dice el trápala embustero,
Y Don Quijote contesta:

—No me opongo, no me niego.
Si acaso Su Majestad
Se digna fijarse en ello,
Y quiere saber quién hizo
Esta hazaña que yo he hecho,
Decidle que desde hoy
Apellidarme no quiero
El de la *Triste Figura*
Que es poco sonoro y bello.

Sino que fué el que la lleva
Á cabo, el gran CABALLERO
DE LOS LEONES, pues cuadra
Este mote con mis méritos.»

.....
Siguió su camino el carro,
Y el buen hidalgo Don Diego
Se preguntaba á sí mismo:

—¿Está loco ó está cuerdo?
¿Puede caber en lo humano
Que haya algún sabio sin seso?
¿Ó es un arcano viviente
Este andante caballero?

De todos modos, á casa
Hoy llevármele pretendo,
Que hablando con él, acaso
Sepa lo que así le ha puesto.»

XXXIV

Las bodas de Camacho.

CUATRO días permanece
Don Quijote de la Mancha
Disfrutando el hospedaje
De Don Diego de Miranda.
Y fué tan bien acogido,
Y debió finezas tantas
Y obsequios tan numerosos
Á los dueños de la casa,
Y á su hijo Don Lorenzo
Con quien tuvo sendas pláticas,
Que al despedirse de ellos
Dicen que vertió una lágrima.

No estuvo menos mimado
El bueno de Sancho Panza,
Que ocioso y bien mantenido
Tan feliz se contemplaba
Que allí por su gusto hubiera
Pasado algunas semanas;
Mas hubo de consolarse
De lo breve de la estada,
Al ver sus alforjas llenas
De suculentas viandas,
Y de muchos adminículos
Que le hacían suma falta.

Finalmente, ellos partieron,

Y no á muy larga distancia
Del lugar donde vivía
Don Diego, que atrás dejaban,
Vieron á cuatro viajeros
Que iban en asnos ó en asnas,
Llevando la misma ruta
Que al acaso ellos tomaran.
Llegaron, é incorporándose
Los seis, con finas palabras
Se saludaron, é hicieron
Amigos, con esa franca
Cordialidad que establecen
Hombres que juntos viajan.
No hay que decir por supuesto
La impresión honda y extraña
Que la fea catadura
De Don Quijote causaba;
Pero después que le oían
Sus discretas peroratas
É ingeniosos racionios
Á todo el mundo gustaba.
Por eso, cuando tomaron
Un poco de confianza
Dijo uno de ellos:—Pues llega
Vuestra merced en tan fausta
Hora, y sigue el mismo rumbo
Qué llevamos, y forzada
No es su ruta, y nadie el tiempo
A mí parecer le tasa,
Bien pudiera con nosotros
Venir, y en nuestra compañía
Asistir para honra nuestra
Á las fiestas de mañana.»

Quiso saber Don Quijote
De qué fiestas se trataba,
Y respondiéronle al punto:
—Pues ¿no sabeis que se casan
Camacho el Rico, y la hermosa
Quiteria?—No me constaba
Nada de eso, y no conozco
Á los novios de que habla.
—Pues sabed que el tal Camacho

Es Creso de estas comarcas,
Y al celebrarse sus bodas
Quiere que sean sonadas.
En grandes preparativos
Tanto rumbo y oro gasta,
Que sin duda tirar quiere
Su hacienda por la ventana.
Figuraos, que ha querido
Cubrir con verde enramada
Todo el prado por arriba
Poniendo al sol una valla,
Donde se quiebren sus rayos
Sobre un toldo de esmeraldas.
El número de invitados
Tal vez de ochocientos pasa
Y es mayor el de curiosos
Que de muchos pueblos bajan;
Habrá artificiales fuegos,
Tiros de pelota y barra,
Ágiles zapateadores
Y carreras empeñadas.
Habrá representaciones
O sean danzas habladas,
Músicas, juegos de manos,
Y lucidas cabalgatas.
Y respecto á los banquetes
Que pródigo nos prepara,
Tan sólo deciros puedo
Que vamos á estar en Jauja.
—Si la novia es tan perfecta
Como decís, y le ama,
Y él es tan rico, bien pueden
Celebrar ventura tanta.
—Respecto á que ella le quiera,
No está la cosa tan clara,
Pues por otro requerida
Se vió en edad muy temprana.
Por eso, todos tememos
Que suceda una desgracia
Cuando el amante la vea
Con Camacho desposada.
—Mas ¿si ella quiere á su amante

Por qué con él no se casa?

— Porque el lujo y las riquezas

Rinden, triunfan y avasallan.

No tiene el triste Basilio

(Que así el cuitado se llama),

Mas poder y más tesoros

Que los que encierra su alma.

Antes, al menos, tenía

Su buen juicio, que ahora escapa

Y sucumbe, y triste muere

Al ver morir su esperanza.

—¿Y es joven?— Joven, bizarro,

Y antes era por sus trazas

El mancebo más brioso

Y gentil de estas comarcas.

Corría más que los gamos,

Y tañía la guitarra

Con tanto primor y gusto

Que daba gozo escucharla.

Tira la barra más lejos

Que ninguno; trisca y baila

Como nadie, y es muy diestro

Cuando maneja la espada.

—Con eso está dicho todo,

No hay que ponerle una tacha

Que el que blande bien su acero

Tiene el alma bien templada,

Y es digno de cien Quiterias

Y hasta de cien soberanas,

Aunque estas fuesen la reina

Jinebra, que en paz descansa,

Y que si ahora viviese

Con Basilio se casara.

Esto dijo Don Quijote,

Y accediendo á la demanda,

Quiso acudir á las fiestas

Que Camacho preparaba.

Por lo cual, todos contentos,

Continuaron su jornada

Llegando á la prima noche

Al pueblo en el cual moraba

Quiteria, que á la sazón

— ROMANERO DEL INGENIOSO HIDALGO —

Todo era júbilo, danzas,
Bullicioso movimiento,
Y cánticos y algazara,
A la luz resplandeciente
De mil antorchas que estaban
En medio de una floresta
Que al efecto improvisaran.
Luego al llegar á los arcos
Del follaje que alegraban
Los ojos, los compañeros
De Don Quijote con gratas
Y finas frases, brindáronle
Con hospedarle en sus casas;
Mas él, no quiso en poblado
Entrar, ni tomar posada,
Diciendo, que á un caballero
Andante, no le cuadraba
Entregarse á la molicie
Y á la vida ociosa y blanda;
Por lo cual, esperaríá
Al raso, el salir del alba.

XXXV

Sancho se desayuna.

No bien con hermosas tintas
Suaves y sonrosadas
Se fué colorando el cielo,
Bañándose en luz de plata,
Cuando el digno Don Quijote
Dió voces á Sancho Panza,
Diciéndole:—Vamos, hijo,
Ya apunta el día; levanta
El campo, que hoy se celebran
Esas bodas ponderadas.

No contestó el escudero
Que á pierna suelta roncaba,
Por lo cual tuvo que hurgarle

Con el cuento de la lanza.

—Vamos, arriba!, le dijo,

Que si echado te dejaran,

Te estarías todo el año

Como están las calabazas.»

Despertóse al cabo el hombre,

Y no de muy buena data

Dijo:—Mejor estaría

Si durmiera en la posada;

Que esto de estar como brutos

Tan sin alcobas, ni camas,

Teniendo tierra por lecho

Y troncos por almohadas,

Viendo que estas pobres bestias

Sospiran por una cuadra,

Sin arrimarse á un pesebre

Lleno de paja y cebada,

Es cosa que desespera.

—Pronto olvidas que en la casa

De Don Diego, hemos tenido

Eso y más; muy pronto tratas

De recordar gollerías

Que á los dos están vedadas.»

Esto dice el caballero

Mientras Sancho, que levanta

La cabeza, abre con gozo

De su nariz las ventanas

Diciendo:—Por Dios! que viene

Rico olor de esa enramada;

Y no es olor de tomillos

Ni juncos, sino de magras

Y de torreznos asados

Que tienen mayor fragancia.

Bodas que empiezan oliendo

Tan bien, juro por mi alma,

Que deben ser generosas,

Abundantes y estimadas.

—Glotón! ¿no puedes callarte?

Dice Don Quijote; acaba,

Y vamos á ver qué hace

Basilio.—¿Qué ha de hacer? nada.

Amor de pobre, á ser viene

Una torre que levantan
Sin cimientos; llega el rico,
Sopla, y queda derribada.
¡Valiente cosa es que tenga
Basilio, buena crianza
Y que taña la vihuela
Ó maneje bien la espada.
Sí, sí, que vaya con eso
Á la taberna inmediata
Y ya verá si le fian,
Poniéndote buena cara,
Un cuartillo de lo tinto,
Y ni aun siquiera una lágrima.
Pedir amor á Quiteria,
Que ahora vá á ser millonaria,
Es como decir: «no tomes
Monedas, sino monadas.

—¿Acabarás, con mil diablos,
Hoy tu arenga charlatana?

—Digo, señor, lo que siento;
Y recuerde por su ánima
Que me prometió dejarme
Hablar cuando tenga gana.

—No recuerdo tal promesa
Y ahora te digo: «despacha;
Ensilame á Rocinante
Y ponle al rucio la albarda,
Que ya la animada música
De anoche, toca diana,
Y reanimando esos valles
Van tamboriles y flautas;
Lo cual viene á persuadirme
De que han de ser sin tardanza
Los desposorios, gozando
El frescor de la mañana.»

Hizo Sancho prontamente
Lo que su señor mandaba;
Montaron los dos, y al paso
Entráronse en la enramada.
Y lo que aquel vió primero,
Fué un asador que giraba
Sostenido entre dos árboles

Sobre un buen monte de ascuas.
Estaba el tal asador
Hecho (según nos declara
La historia) de un olmo entero,
Y en él espetado estaba
También entero, un novillo
De más que de edad mediana;
Y en su dilatado vientre,
Para darle jugo y salsa,
Doce pequeños lechones
Diz que con él volteaban.
En derredor de la hoguera
Seis ollas se divisaban;
Mas no eran ollas comunes,
Sino unas medias tinajas
Que los carneros enteros
Impasibles se tragaban,
Cual si fuesen palominos
Ó diminutas calandrias.
Las liebres, ya sin pellejo,
Las gallinas desplumadas,
Y las acuáticas aves
De los árboles colgaban,
Esperando que en las ollas
Fuesen pronto sepultadas.

Refieren también las crónicas
Que gozoso Sancho Panza
Contó más de unos sesenta
Zaques que llenos estaban
Cada cual con dos arrobas
De vino de mucha fama.
Los rimeros de pan blanco
Y tierno, se levantaban
Á grande altura, y los quesos
Formaban récias murallas.
Más de cincuenta personas
Diligentes y aseadas
Preparaban los manjares
De aquella inmensa pitanza
Que Sancho con ojos ávidos
Tiernamente contemplaba.
Enamoróse primero

De aquellas carnes asadas
Ó cocidas; luego el vino
Despertó sus dulces ansias;
Y luego vió los calderos
De aceite y miel, donde echaban
Á freir y á darse baños
Mil frutas hechas de masa.
Oh! qué placer! qué delicia!
Qué tentaciones! qué ansias!
No hay remedio, el pobre Sancho
Se colocó á retaguardia
De su señor, y á un solícito
Cocinero, que allí estaba
Cerca de él, con muy hambrientas
Y comedidas palabras
Le pidió que le dejase
Mojar en aquellas salsas
Un mendrugo del buen pan
Con que le surtió Miranda.
—¿Qué es mojar? el cocinero
Pregunta con mucha gracia;
¡Pues qué! ¿no puede apearse
Y aquí con manera franca,
Sin temer que le reprendan
Ni nadie le diga nada,
Pues hoy es día de júbilo
Y Camacho el Rico paga,
Sacar con un cucharón
Un par de gallinas blandas
Espumando alguna de esas
Ollas, que están tan colmadas?

Vió el gran Sancho el cielo abierto;
Mas como cerca no hallara
Ningún cucharón, lo hizo
Presente.—No teneis trazas,
Contestóle el cocinero,
De tener muchas agallas.»

Dijo, y asiendo un caldero,
Extrajo de una tinaja
Tres gallinas y dos gansos
Que le alargó sin tardanza
Diciendo:—Tome esa espuma

Y despabile la gana,
Hasta que llegue la hora
De yantar; que hoy que se casan
Camacho y Quiteria, nadie
Se ha de quedar sin tajada.

XXXVI

Regocijos.

MIENTRAS que Sancho el sinónimo
De su apellido llenaba,
Zampándose una gallina
Que del caldero sacara,
Después de haberlo colgado
A un extremo de la albarda
Del rucio, el gran D. Quijote
Puesta en la cuja la lanza.
Otro curioso espectáculo
Á la sazón contemplaba.

Sobre hermosísimas yeguas
Ricamente enjaezadas
Doce labradores vienèn
Con apariencias bizarras,
Dando vivas á los novios
Y proclamando en voz alta
Que de todas las mujeres
Es Quiteria la más guapa.

—Bien se conoce, murmura
Don Quijote, que esos mandrias
No han visto á mi Dulcinea
Cuando así á la novia ensalzan.

Dieron por el verde prado
Los doce carreras varias
Mostrando su regocijo
Con gran bulla y algazara;
Y después en pos de ellos
Salieron muchas comparsas
Galanamente vestidas

Que hicieron vistosas danzas,
Particularmente algunas
En que esgrimían espadas.

Muchas jóvenes doncellas,
Todas de hermosura rara,
Con los cabellos ceñidos
Por olorosas guirnaldas,
Bailaron luego al compás
De una gaita zamorana.

Después, con lucido séquito,
Ocho ninfas tan gallardas
Cual nunca las vió el hidalgo,
Dieron principio á una farsa
O loa, en la cual Cupido
Alado y ciego arrojaba
Sus flechas al alto espacio
Con mil diligencias varias,
En tanto que el *Interés*
Con el pobre *Amor* luchaba.

Trajeron luego un castillo
Portátil, donde una dama
Hermosa y muy bien prendida
Su belleza y pudor guarda.
Arroja el amor en vano
Muchas flechas de su aljaba,
Y el castillo queda incólume
Pues con rigor las rechaza;
Pero viene el interés
Con alcancías doradas,
Y arrojando una gran bolsa
Hace caer las murallas,
Con lo cual cautiva queda
Y en su poder la muchacha.

— Esa es la verdad del caso,
Dice al punto Sancho Panza;
Que donde están los dineros
Lo demás es patarata.
¿Cuándo el amante Basilio
Con gallinas espumara
Sus ollas? Gracias que fueran
De agua chirle sus tinajas.
Tanto vales cuanto tienes;

Los oros triunfan y mandan;
Y yo á Camacho me atengo
Como lo muestra esa danza.
—Pues yo sostengo, contesta
Don Quijote, que tal fábula,
Auto ó comedia la ha escrito
Alguien que no tiene alma.»

Estando en esta contienda
Vieron á la cabalgata
Que á recibir á los novios
Presurosa se acercaba
Con el Cura y los parientes;
Y al son de músicas gratas
Venían acompañados
De zagales y zagalas.

Vió Sancho con mucho gozo
Á la novia, y en voz alta
Admiró sus perfecciones
Y ponderó sus alhajas
Diciendo:—Dios me perdone
Si con esas pelras blancas,
Y esos anillos de oro
No parece una cuajada.
Todas las piedras que luce
En orejas y garganta,
Deben valer á mal precio
Un buen ojo de la cara.
¡Vive Dios que se encandilan
Los míos, y que al mirarlas,
De comerme un ganso de estos
Casi voy sintiendo ganas!»

XXXVII

Basilio y Quiteria.

ENTRETANTO que estas y otras
Muchísimas alabanzas
Sancho y otros cien curiosos

En derredor pronunciaban,
Don Quijote fué acercándose
Al cortejo que asediaba
Á Camacho y á Quiteria
Luciendo flores y palmas.
Y vió que á un lindo teatro
Que en la pradera se alzaba
Iban á subir los novios
Para ver mejor la zambra.

Mas ¡ay! que en aquel momento
Oyeron á sus espaldas
Una voz doliente y trémula
Que así triste les gritaba:
—Esperaos un instante,
Gentes mal consideradas,
Que aquí llega el desdichado
Á quien quitais la esperanza.

Fijaron todos la vista
En el que así se expresaba,
Y vieron al buen Basilio
Que con las sienes ornadas
De triste ciprés, vistiendo
Un sayo negro con llamas
De carmesí gironado,
Un grueso bastón llevaba
En sus manos; luego vieron
Que con fatiga extremada
Acercándose á los novios,
Mientras su bastón clavaba
En el suelo, por la punta
De su contera acerada,
Puestos sus ojos hermosos
En la mujer que idolatra,
Dijola con voz tremente
Y bronca:—Tú, más ingrata
Que las fieras; tú más dura
Que las rocas, di, ¿ignorabas
Que mientras yo tenga vida
Á mí me estás consagrada?
Si el brillante oro te ciega,
Si te seducen las galas,
Si mi pobreza te duele

Y mi fiel amor te enfada,
Ríndate yo en holocausto
Esta vida que me cansa,
Y sé feliz con Camacho
Á quien acaso no amas.»

Dijo, y sacando el nudoso
Bastón, quedóse clavada
En tierra la aguda hoja
Del estoque que ocultaba;
Y echándose sobre ella
Le salió por las espaldas
La aguda punta, teñida
En la sangre que derrama.

Al ver esto, Don Quijote
De Rocinante se baja,
Y sostiene al moribundo
Que en rojo licor se baña,
En tanto que cien parciales
Á Basilio se acercaban
Y todos los circunstantes
Gritos de terror exhalan.

—Aun tiene vida y alientos,
Nuestro caballero exclama,
Fuerza es sacarle el estoque
Que su fiel pecho taladra.

—Eso no, replica el Cura,
Que si el estoque le sacan
Antes de que se confiese,
Morirán su cuerpo y alma.»

Entonces, volviendo un poco

En sí Basilio, con calma
Relativa, pero siempre
Con voz triste y desmayada,
Dice:—Si tú, cruel Quiteria,
Viendo que espiro á tus plantas,
En este trance quisieses

Hacerme la muerte grata,

Concediéndome tu mano,

Á Dios contento entregara

La vida.—Piense, responde

El Cura, solo en su alma,

Y pida perdón al cielo

De sus culpas temerarias,
—No haré tal, dice Basilio,
Si no accede á mi demanda
Quiteria, facilitando
Que mi muerte sea cristiana.
—Tiene razón, eso es justo;
Dice con voz firme y clara
Don Quijote; ¿qué mal puede
Resultar si ahora los casan,
Y muerto este pobre joven
Queda Quiteria sin mancha
Viuda, de igual manera
Que de doncella lo estaba?
¿Por qué quieren que al infierno
Desesperado se vaya?

Al oír esto, Camacho
Confuso y perplejo estaba;
Mas fueron tantas las voces,
Los ruegos y las plegarias
De muchos buenos amigos
De Basilio, que ablandadas
Sintió al oír tantas súplicas
Sus generosas entrañas;
Y siguiendo los consejos
Que Don Quijote le daba,
Dijo al fin:—Puede Quiteria
Hacer lo que más le plazca.»

Entonces, con grande ahinco
Comenzaron á rogarla
Todos, mientras que Basilio,
Víctima de fieras bascas,
Próximo á dar parecía
Las últimas boqueadas.
—Bien está, dice Quiteria;
Y entre resuelta y turbada
Acercándose á Basilio
Inclinó la frente pálida;
Y doblando ambas rodillas,
Temblorosa y agitada,
Pidió á su amante por señas
La mano, vertiendo lágrimas.
—Sí, responde el moribundo;

Tómala, Quiteria amada,
Pero haz constar que me entregas
La tuya de buena gana,
Sin que nadie te violente;
Júrame que no me engañas,
Y que quieres ser esposa
Del hombre que te idolatra.

—Sí, juro; responde ella
Con voz tan acentuada,
Que atónitos se mostraron
Los que más cerca se hallaban.
Y fué mayor la extrañeza
Y el espanto, bulla y zambra,
Cuando después que el buen Cura
Su bendición les echara,
Vieron al gentil Basilio
Que de pronto se levanta
Y el estoque de su pecho
Con robusta mano arranca.

—Milagro! milagro! grita
La muchedumbre admirada;
Y él con el rostro sereno
Así se expresa en voz alta:
—No es milagro, sino industria
De *Amor* que victoria alcanza,
Aunque el *Interés* mezquino
Sórdida guerra le haga.

Y era verdad, pues tan luego
Como el Cura le palpara
Las ropas, halló entre ellas
Un tubo de hoja de lata
Que estaba lleno de sangre,
De tal modo preparada
Que hasta que metió el estoque
Nada pudo coagularla.

Entonces, viendo Camacho
Y los suyos, que eran trazas
Burladoras, lo que ellos
Juzgaron sangriento drama,
Dijeron que no era válido
Un casamiento que estaba
Basado en una impostura

Y en una torpe añagaza,
Mas como entonces Quiteria
Su decisión confirmara
Diciendo que una y cien veces
A su amante se otorgaba,
Considerándola cómplice
Del hecho, con furia brava
Dando gritos, apelaron
Á la razón de las armas,
En tanto que los parciales
De Basilio sus espadas
Sacaron, dispuestos todos
Á comenzar la batalla.

Al ver la cosa tan fea,
Refugióse Sancho Panza
En el sitio donde hervían
Las ollas afortunadas;
Y entretanto, Don Quijote,
Enarbolando la lanza,
Se colocó á la cabeza
De los que á Basilio amparan
Gritando con voz potente
Y apostura muy bizarra:
—Teneos, nobles señores,
No intenteis tomar venganza
De agravios que Amor nos hace;
Advertid que es cosa llana
Y corriente en amorosas
Lides, hacer emboscadas,
Dando por bueno el embuste,
Por lícita la patraña,
De igual modo que en la guerra
Es costumbre inveterada.
Quiteria para Basilio
Nació, y el querer quitársela
Es robar su única oveja
Al fiel pastor que la guarda.
Camacho, que es rico, puede
Comprar otra si le agrada,
Que esta no puede ser suya
Porque el cielo así lo manda.
Esto digo, esto sostengo;

Si alguien mi voto rechaza
Lo meteré en su individuo
Con la punta de mi lanza.
Dijo, y blandiéndola luego
Con gran fuerza y arrogancia,
Causó pavor en los ánimos
De los que oyéndole estaban.
Esto, y el pensar Camacho
Que si Quiteria casada
Hubiera amado á Basilio
Cual de soltera le amaba,
Le hizo variar de intento;
Y dándole al cielo gracias
Por haberle separado
De aquella mujer voltaria,
Ya consolado y pacífico
Rogó á los de su mesnada
Que su furor aplacasen
Y depusiesen las armas.
Y para probar que libre
De todo enojo se hallaba,
Ordenó que continuasen
Las fiestas ya comenzadas.
Mas no queriendo Basilio
Ni Quiteria presenciárlas,
Partieron con Don Quijote
Hacia su nueva morada,
No sin gran duelo de Sancho.
Que siguiéndoles lloraba
Al apartarse de aquellas
Ollas bien aventuradas,
Y de aquellos bartolillos
Que en aceite y miel nadaban.

XXXVIII

La Cueva de Montesinos.

TRES días cuentan que estuvo
Con su escudero amantísimo,

Alojado y regalado
Como si fuera un obispo,
Nuestro insigne caballero
En la mansión de Basilio
Dando consejos tan sabios
Á Quiteria y su marido
Que Sancho Panza exclamaba:
—No hay un señor como el mío;
Que en lo bravo y talentudo
Es un pozo, es un prodigio.»

Pasaron, pues, los tres días,
Según queda referido,
Y al cuarto, sintió el hidalgo
Sin saber cómo, un vivísimo
Deseo de visitar
La cueva de Montesinos
Que está en aquellos contornos
No sabe bien en qué sitio;
Pero de la cual se hablaba
Mucho en los pueblos vecinos
Contando mil maravillas
Que el más pintado no ha visto.

Oyendo tales relatos
Alborotósele el juicio
Y rogó con todas veras
Á sus felices amigos
Que le diesen una guía
Para ponerse en camino
De hallar la famosa cueva
Que explorar creyó preciso.
—Si es ese vuestro propósito,
Contéstale el buen Basilio,
Irá con vos hasta ella
Un joven que es primo mío,
Estudiante aprovechado
Y autor de diversos libros
Inéditos, que han de darle
Honra y fama á un tiempo mismo,
Y os hará grato el viaje,
Pues además de que es listo
Ama mucho á los andantes
Caballeros.—Requisito

Es ese, que me entusiasma
Y ya conocerle ansio.

Pasaron recado al punto
Al galán que era erudito
Como pocos; y asociándose
Al quijotesco capricho,
Pues también á él le gustaba
Conocer los peregrinos
Accidentes y sucesos
De los prehistóricos siglos,
En guiar á Don Quijote
Fácilmente se convino.

Hicieron, pues, con presteza
Todos sus preparativos,
Y llenando las alforjas
De objetos alimenticios,
Á partir se dispusieron
En extremo complacidos.

Montó el primo en una burra
Preñada que traer hizo;
Subió en Rocinante el héroe
De esta historia y el ladino
De Sancho, sobre su rucio
Se encaramó al tiempo mismo,
No sin despedirse antes
De Quiteria y de Basilio
Que amorosos se arrullaban
Como un par de tortolillos,
Y que besaron las manos
Del que amparó sus designios.

Finalmente, Don Quijote
Con Sancho Panza y el primo,
De la cueva famosísima
Tomó el difícil camino:
Mas como se hizo de noche
Y el cielo estaba sombrío
Y era dudosa la senda,
Entre los tres se convino
Pernoctar en una aldea
Ó inmediato pueblecillo.

Entonces, el que guiaba
Al buen Don Quijote, dijo

Que desde allí hasta la boca
De aquel cavernoso sitio,
Á donde se dirigían
Cual devotos peregrinos,
Solo faltaban dos leguas;
Mas si estaba decidido
Á examinarle, tendrían
Que proveerse allí mismo
De sogas, con que pudiera
Descolgarse.—Mucho estimo,
Respóndele Don Quijote,
Esa advertencia, hijo mío,
Que yo quiero hallar el fondo
Y dar con mi cuerpo mismo
En él, aunque esté enclavado
En los profundos abismos.»

En vista de esta respuesta
Discretos y precavidos
Compraron unas cien brazas
De soga ó cordel fuertísimo,
Y á la siguiente mañana
Sobre sus bestias subidos
Caminando lentamente
Y hablando de cien distintos
Asuntos, al fin se hallaron
Junto á aquel antro sombrío
Que todo el mundo llamaba
La Cueva de Montesinos.

Estaba su obscuro ingreso
Por la maleza obstruído
Hasta tal punto, que apenas
Se descubría un resquicio
Por donde escurrir el bulto
Pudiera el más atrevido
Y el más flaco de los hombres
Aunque se hiciera un ovillo.

Mas Don Quijote, sacando
Su espada, dió con tal brío
En las ramas y hojarascas,
Produciendo tal ruido,
Que una infinidad de grajos,
De cuervos, y de grandísimos

Murciélagos, de repente
Se alzó lanzando graznidos.
Y tan espesos estaban
Que formando un remolino
Al huir, dieron en tierra
Con el caballero eximio.

XXXIX

Descenso y ascenso.

TAN pronto como lograron
Desalojar aquel sitio
Dó aquellas aves nocturnas
Tenían sus escondrijos,
Y tan luego como el bravo
Don Quijote abrió un portillo,
Atáronle fuertemente.
Mientras que Sancho le dijo:
—Repárese vuesa merced
Lo que hace, señor mío,
Que eso de quedar sepulto
En un pozo, cual botijo
Que ponen para enfriar
El agua, no tiene indicios
De ser cosa buena, y creo
Que esto, ni atañe á su oficio
Ni por ser cosa tan vieja
Debe importarle un comino.
—Ata y calla, le responde
Don Quijote; que el destino
Tal empresa me guardaba,
Y este ya es asunto mío.
—Tiene razón vuestro amo,
Añade al momento el primo;
Baje el señor Don Quijote,
Que al contar lo que haya visto
Tendré yo buena materia

Para enriquecer mis libros,
Particularmente alguno
Donde declaro y consigno
Cosas que nunca hasta hoy
Ningún otro sabio ha dicho.»

Mientras que esto el estudiante
Murmuraba, nuestro digno
Caballero, arrodillándose
Se encomendó muy contrito
Á Dios y á su Dulcinea
Demandándoles auxilio
Si por acaso se hallaba
En algún grave conflicto.
Luego alzóse de repente
Y con varonil espíritu
Pidió sogas, mucha sogas,
Penetrando en el recinto
Cavernoso, mientras Sancho
—Adios, para siempre, dijo;
Flor y nata de los buenos;
Baja, que yo te bendigo
Y te deseo la gloria

Por los siglos de los siglos.»
Dijo, y haciendo mil cruces
Y arrojando mil suspiros
Dieron tanta y tanta cuerda
Que el rollo se halló finido.

.....
Como cosa de una hora
Quedaron Sancho y el primo
Aguardando á que les diera
De su vuelta algún indicio.

Mas la sogas no se mueve,
No se escucha ningún grito,
Y ya opina el escudero
Que algo grave le ha ocurrido.
—Dios sabe lo que le pasa!
Pobrecillo! pobrecillo!
Sin duda el lobo terráqueo
Debe habérselo engullido.»

Así exclama Sancho Panza,
Y ambos á dos, con ahinco

Tiran de la cuerda, y notan
Que esta cede á su capricho.

—No pesa nada! no pesa
Un adarme! ¡voto á Crispo!
Gritan los dos; ahí se queda
Por siempre enterrado vivo!»

 Siguen tirando, tirando
Sin cesar, mas de improviso
Cobra tirantez la cuerda
Causándoles regocijo.

—Ya vien! ya llega! mírele;
Y el pobre viene dormido!
Vuelve á decir Sancho Panza;
¿Cuándo tal cosa se ha visto?»

 Sacáronle diligentes;
Desatáronle, y sin tímidos
Respetos, le despertaron
Dándole sendos pellizcos.

 Abrió por fin ambos ojos
Y con voz severa dijo:

—¿Por qué de allí me sacais
Y subís sin mi permiso?

Oh! si viérais por ventura
Las cosas que yo allí he visto
De seguro me dejarais
Más tiempo en aquel recinto.

—Contadnos, contadnos pronto
Lo que visteis, dice el primo.

—Sí, mas antes yantar quiero,
Que traigo mucho apetito.»

 No bien murmuró estas frases

Don Quijote, fué servido
Á su placer, desflorando
Lo que en las alforjas vino.

Y así que los tres comieron
Y bebieron de lo lindo
Sobre una tosca arpillera

Que veces de mantel hizo,
Tomó el bravo caballero
La palabra, y así dijo

Á los que estaban curiosos
Prestándole atento oido.

XL

Lo que vió Don Quijote.

—SABED, hijos de mi alma,
Que en esa caverna he visto
Cosas tan maravillosas
Que aun ofuscan mis sentidos.
Cuando bajándome ibais
Hallé un ancho pasadizo
Por el que quise internarme
Gritando:—Basta, hijos míos,
No sigais echando sogas
Que ahora no la necesito.
Sin duda oír no pudísteis
Mis redoblados avisos,
Pues seguísteis dando sogas
Y más sogas; formé un lio
Ó rollo, con la que echásteis
De más, y en el mismo sitio
Me senté; pero asaltóme
Un sueño tan repentino
Que quedé sin saber cómo
Profundamente dormido.
No sé las horas que estuve
Hecho un leño en aquel sitio
Silencioso y solitario;
Tan solo puedo deciros
Que al despertar, de repente
Me hallé en un prado amenísimo
Tan extenso y tan hermoso
Que parece un paraíso.
Allí salió á recibirme,
Haciéndome mil cumplidos,
Un anciano venerable
Que dijo ser Montesinos.
No bien pronunció su nombre
Después de elogiar el mio,

Le pregunté si era cierto
Cuanto en el mundo se dijo
De ser él el que sacara
El corazón de su amigo
Durandarte, para darlo,
Según éste le previno,
Á su Belerma estimada
Que era su bien y su hechizo.
—Es cierto, dice, y al punto
Conduciéndome á otro sitio
Me hizo entrar en un palacio
Hecho de jaspes bellisimos
Y de bronces, donde estaba
En un sepulcro tendido
En carne y hueso y hablando
El buen Durandarte mísero.
Hablé con los dos, y luego
Tras los lienzos cristalinos
Que formaban las paredes
Del encantado edificio
Y aposento en donde estábamos,
Ví desflar un lucido
Cortejo de ninfas bellas;
Y delante de éstas, vimos
Á Belerma, que llevaba
Envuelto en un blanco lino,
El corazón de su amante
Lanzando tristes suspiros. (4)
Parecióme un tanto fea
Belerma; mas Montesinos
Me adivinó el pensamiento,
Y estas palabras me dijo:
—Sepa el señor Don Quijote
Que la amada de mi amigo
Era hermosa cual ninguna;
Pero el llanto que ha vertido
En aqueste encantamento
Dónde nos tiene sumidos
Mérlyn, su belleza espléndida
Ajó; mas creer es lícito
Que si tal no aconteciese
Aventajara de fijo

Á la simpar Dulcinea
Que también por estos sitios
Anda encantada.—Es posible!
Exclamé; ¿tan cerca existo
De mi señora?—Tan cerca,
Que vais á verla ahora mismo.
Quedéme tan turulato
Al oír á Montesinos
Que apenas podré explicar
El efecto que me hizo
Su noticia»
.....—Pero ¿cómo,
Dice interrumpiendo el primo,
Tanto visteis, tanto hablaron
Y tanto habeis respondido,
En un espacio de tiempo
Tan breve?—No lo sé, hijo,
¿Cuánto há que bajé?—Una hora.
Dice Sancho.—No lo admito,
Replica el buen caballero;
Que á mí me consta de fijo
Que he pasado allí tres días
Con tres noches.—Yo imagino,
Vuelve á decir Sancho Panza,
Que como allí es artificio
Todo, y magia maldecida,
El tiempo andará más listo,
Siendo verdad cuanto afirma
Mi señor.—Lo mismo digo,
Añade el buen Don Quijote;
Tú, Sancho, diste en el hito.
Mas prosiguiendo mi historia,
Diré reanudando el hilo
De ella, que al cabo de un rato,
Creyendo perder el juicio,
Ví á mi pobre Dulcinea
Montada sobre un pollino
En compañía de aquellas
Que junto al Toboso vimos.
Pasaron las tres delante
De mí, por el prado mismo,
Y tan turbado me hallaba

Que los tristes ojos míos
No vieron si ella los suyos
Puso ó no, en mi rostro lívido.
Quise seguir las, mas esto
No lo aprobó Montesinos
Diciéndome que era inútil
Mi pensamiento atrevido,
Y que aguardándome estaban
En el mundo de los vivos.
Partieron ellas, partieron
Llevándose mis suspiros;
Mas después ¡pásmate, Sancho!
Y admira como yo admiro
El rarísimo incidente
Que me deparó el destino.
Estaba yo recostado
Sobre un tronco robustísimo
De un árbol que no conozco,
Hablando con Montesinos,
Cuando de repente llega
Hasta mí muy callandito
Una de las aldeanas
Compañera de mi ídolo
Que con labio balbuciente
Estas palabras me dijo:
— Mi señora Dulcinea
Del Toboso, señor mio,
Me manda besar la mano
De vuestra merced, si es lícito
Hacerlo así; preguntándole
Cómo está; también me ha dicho
Que le preste, si los tiene,
Seis reales, sobre este lindo
Faldellín de cotonía,
Pues se vé en un compromiso
Y en necesidad tan grande
Que se vá á salir de quicio.
Extrañóme la demanda
Y pregunté á Montesinos
Si en los encantados mundos
El dinero era preciso.
Dijome que sí, añadiendo

Que en el Purgatorio mismo
Hace falta la moneda
Que deja en el mundo el rico,
Pues con misas y responsos
Puede evitar mil suplicios
Y remontarse á la Gloria
Purificado su espíritu,
Gracias á las influencias
De los sufragios benditos.

Esto escuché de sus labios
Y sacando del bolsillo
Los únicos cuatro reales
Que tenía, complacido
Se los dió con la respuesta
Que ahora voy á transcribiros:
—Decid á vuestra señora,
Que este su humilde cautivo
Le envía cuanto posee
En tal hora y en tal sitio.
Decidle que el faldellín
Guarde, pues yo no lo admito,
Y que ojalá ese recurso
Pueda servirle de alivio.
Decidle que de amor muero
Por ella, y que tengo fijo
En el alma el juramento
Que el marqués de Mántua hizo,
Con objeto de vengar
La muerte de Baldovinos, (5)
Cuyo juramento pienso
Renovar, por si consigo
Sacarla de encantamentos
Haciéndome de ella digno.

.....
Calló el triste Don Quijote
Y Sancho Panza dió un grito
Diciendo:—No puede oirse
Tanto y tanto desatino.
Decir que está la señora
Encantada, yo lo admito,
Puesto que la ví encantarse
Y hasta perder su olor fino.

Pero decir que metida
Está en tan lóbrriegos sitios
Y que le pidió seis reales,
Es ya ponerse en redículo.
Mire, señor, lo que piensa,
Hace y dice, ó por Dios vivo
Que vá á perder la cabeza
Con lo que dice que ha visto,
Y que sin duda fué un sueño;
Aunque habrá algún enemigo,
Incluso el señor Hamete
Que suponga que ha mentido. (6)
— Porque te quiero y me quieres
Esas ofensas permito,
Dice Don Quijote; vámonos
Que es ya tarde, y yo me obligo
Á contarte otras mil cosas
De las muchas que allí he visto,
Y que podrán convencerte
De que es verdad cuanto he dicho.

.....
Levantaron la arpillera;
Guardáronse los resíduos
De la comida; y montando
En sus bestias, como amigos
Que se estiman, se apartaron
De aquel solitario sitio
Dejándose á sus espaldas
La Cueva de Montesinos.

XLI

La ermita y la venta.

Aquí las crónicas dicen
Que nuestro héroe bizarro
Con el primo y Sancho Panza
Salió á camino más ancho,
En el cual vieron á un hombre

Que venía acelerado
A pie, dando á un pobre mulo
Cien repetidos varazos.
De lanzas y de alabardas
Viene el animal cargado
Y al llegar el hombre á ellos
Saludó, y pasó de largo.
Vióle Don Quijote y dijo:
— Buen hombre, no corrais tanto,
Que llevais más diligencia
Que há menester ese macho.
— Yo no puedo detenerme,
Señor, respóndele andando
El hombre, pues estas armas
Mañana han de estar en manos
De los que tienen que usarlas;
Y si la verdad del caso
Quereis saber, esta noche
La sabreis de cabo á rabo,
Si seguís este camino
Que yo sigo, y alojáros
Quereis en la misma venta
Donde si vais, os aguardo,
Y donde mil maravillas
Gustoso podré contaros. »
Dióles un adios el hombre,
Y después de haber marchado,
Acercándose á una ermita
Quiso el primo echar un trago,
Pero no lo consiguieron
Por no estar el ermitaño,
Si bien con agua potable
Y fresca, les invitaron.
— ¡Válgate Dios por el agua!
Exclamó al momento Sancho.
Por mi vida que es el género
Bueno, bonito y barato.
La sed de vino que sufro
Con agua no satisfago,
Que ella jamás me *confortis*.
Porque cría *gusarapus*.
¡Oh, abundancias de Don Diego!

¡Oh, zaques del gran Camacho!
¿Dónde estais? ¿Qué os habeis hecho?
¿Cuándo volveré á encontraros?

Dicho esto, de la ermita
Juntos los tres se apartaron
Dirigiéndose á la venta
Que indicó el hombre del macho.
Venta, que esta vez por venta
Tomó el valeroso hidalgo,
Sin convertirla en castillo
Ni en alcázar encantado.
Mas antes que á ella llegaran
Á un mancebito encontraron
Que con una espada al hombro
Gentilmente ataviado,
Y con un lio de ropa
Avanzaba muy despacio,
Cantando unas seguidillas
Manchegas, con mucho garbo.

Preguntóle Don Quijote
Dónde iba, y en el acto
Él respondió, que quería
Sentar plaza de soldado.
— Á la guerra, voy, señores
Dijo, por falta de cuartos,
Que yo á la guerra no iría
Á no estar necesitado.
En la corte he sido paje
De orgullosos pelagatos
Que ni una mala librea
Me dieron por mi trabajo.
Por eso la corte dejo;
Que en ella todo es engaño,
Farsa, oropel, lucha eterna
De intereses encontrados
Que si al nacer son legítimos
Pronto se vuelven bastardos.
Allí la pobreza humilla
Al más bueno y al más sabio
Y solo medra el que adula
Miente y vive trampeando.
— Tiene razón este joven,

Dice al oírle el hidalgo,
Más vale servir al Rey
Que á mezquinos cortesanos.
Mas tenga siempre presente
Que mejor le está al soldado
Oler á pólvora, que
Á algalia, y si llega el caso
En que la vejez le coja
En ese ejercicio bravo,
Aunque esté lleno de heridas
Ó cojo y estropeado
Nadie le hallará sin honra
Aunque intenten calumniarlo.
Bien es verdad, que ahora mismo
Parece que están tratando
De evitar que mueran de hambre
Los que se encuentran lisiados
Por que á su patria y su Rey
Defendieron en el campo
Del honor; y ahora que os dije
La verdad, quiero invitaros
Á que os pongais en las ancas
De mi brioso caballo,
Hasta llegar á la venta,
Donde conmigo, con Sancho,
Y con este camarada
Que nos viene acompañando
Podrá cenar esta noche
Si no encuentra en ello obstáculo.» (7)

No aceptó el paje el convite
De las ancas, viendo acaso
Que el infeliz Rocinante
Se mostraba extenuado;
Pero sí admitió la cena
Que barruntaba su estómago.

Así, pues, juntos y alegres,
Poco á poco, y paso á paso,
Cuando se hacía de noche
Hasta la venta llegaron.
Y no bien estuvo en ella
El buen Don Quijote, dando
Muestras de estar muy curioso,

Pidió al ventero en el acto
Noticias del que llevaba
Cargado de armas su macho.
—Allí en la caballeriza
Cabalmente ahora se ha entrado,
Dice el ventero.—Pues hijos,
Vamos á verle, y de paso
Busquemos buenos pesebres
Para mi trotón gallardo,
Y para esotras monturas
Que piden algún regalo.»

XLII

Llanezas de un héroe.

No se le cocía el pan
Á nuestro buen caballero
Como se suele decir
Cuando alguno se halla inquieto,
Hasta escuchar y saber
Los recónditos secretos
Que el portador de las armas
Ofreció contar, tan luego
Como á la venta llegaran
Y tuvieran más sosiego.

Fué por lo tanto á buscarlo
Y hallándole, dijo:—Espero
Que me cumpla su palabra
Pues á oírle estoy dispuesto.»
Á lo cual contesta el hombre:
—Más despacio, señor bueno,
Y no en pie, se ha de tomar
De tales cosas el cuento.
Déjeme un poco, que acabe
De echar á mi bestia un pienso;
Y después mil maravillas
Sabrá, yo se lo prometo.
—Si por eso es el retardo,

Que no se quede por eso;
Respondióle Don Quijote
Ardiendo en vivos deseos
De conocer cuanto antes
Algún notable suceso.

—Yo os ayudaré, prosigue,
En todo.» Y así en efecto
Lo hizo, aechándole al punto
La cebada con despejo
Y limpiándole el pesebre;
Por cuya humildad, contento
Y obligado quedó el hombre,
Que ya no tuvo pretexto
Para retardar su historia.

Así, pues, tomando asiento
En un poyo, junto al bravo
Impaciente caballero
Y teniendo por oyentes
Á Sancho, al primo, al resuelto
Paje que á la guerra iba,
Y por último al ventero,
Así con voz firme y clara,
Dió á su relato comienzo.

XLIII

Los dos regidores.

«HAN de saber sus mercedes
Que en el pueblo en que resido
Existen dos regidores
Que siempre fueron amigos,
Y siguen siéndolo ahora
Por intereses recíprocos,
Y afinidades que tienen
Desde la nuca al tobillo.
Y sucedióles un día
(Aquí viene lo más lindo
De la historia) que á uno de ellos

Faltóle un asno rollizo
Que se escapó de la cuadra
Ignoro por qué motivo.
Buscóle por todas partes
Su dueño con grande ahinco,
Mas encontrarlo no pudo
Por más diligencias que hizo.
Lloróle por muerto el pobre
Regidor; mas un vecino
Aseguróle que el prófugo
Sin duda andaba perdido
Por el monte.—Pues si al monte
Se fué, dice dando un grito
El concejal, prontamente
Le hallaremos *yo y mi amigo.*»

Unióse con su compadre
El regidor consabido,
Y ambos al monte partieron
Trazándose en el camino
El plan que adoptar debían
Para hallar al fugitivo.
—Ya sé cuál, dice al momento
El regidor requerido,
Yo sé rebuznar con gracia
Y á reclamarle me obligo.
—Tampoco yo en ese arte
Dejo de ser algo listo,
Dice el perdidoso; entremos
Por diferentes caminos
En el monte, y rebuznando
Malo será que ese pillo
Deje de correspondernos
Indicándonos el sitio
Donde está.—Bien me parece;
Os explicáis como un libro.»

De este modo, entusiasmados
Tomaron rumbos distintos,
Y á poco de separarse
La casualidad les hizo
Rebuznar á un mismo tiempo;
Razón por la cual, un grito
Dieron los dos, exclamando:

—Allí se encuentra el pollino.»

Corrieron ambos, creyendo
Hallarle en el punto mismo
Donde á la vez arrojaron
Sus rebuznos respectivos,
Mas al verse con asombro
Nuevamente reunidos,
Dijo el uno:—Por mi vida,
Compadre, que si el oído
No me engaña, en donde estábais
Rebuznó el asno.—Y yo digo
Que fué aquí—No lo acertais
Que ese rebuzno fué mio.

—En tal caso, yo os declaro
Que ingerto estais de pollino
En hombre, y que nadie os gana
Á dar rebuznos más limpios.
Que el son es alto y sonoro;
Fuerte y grave el sostenido
De la voz, los dejos muchos,
Apresurados y vivos.

—Pues yo juro y os perjuro
Que nunca en el mundo he visto
Quien en eso os aventaje,
Y hasta me doy por vencido.

—Siendo así, desde hoy prometo
Tener en lo sucesivo
Mejor concepto que tuve
Hasta ahora de mí mismo.
¡Lástima que tales méritos
No sean más conocidos
Y que tan sólo nos sirvan
Para casos imprevistos!»

Dicho lo cual, se tornaron
Á dividir, y en distintos
Parajes, hicieron gala
De sus recursos magníficos,
Engañándose y volviendo
Á juntarse inadvertidos
Creyendo que los llamaba
Á cada instante el borrico.

XLIV

Lo que puede la fama.

DESPUÉS de una pausa breve
Que el narrador hacer quiso
Para tirarse al colete
Media bota de buen tinto
Que le ofreció Sancho Panza,
(Según datos fidedignos
Recientemente encontrados
En históricos archivos),
Volvió á tomar la palabra
Y de esta manera dijo:
—Viendo los dos regidores
Que estaban asaz molidos
Con tanto ir y volverse
Engañándose á sí mismos,
Tomaron por contraseña
Dar dos rebuznos seguidos
Cada vez que rebuznase
Cualquiera de ambos amigos
Para saber que eran suyos
Y no del asno perdido.

De este modo recorrieron
El monte, sin que el maldito
Contestara ni aun por señas
Al reclamo de los dignos
Alcaldes; ¿mas cómo hacerlo
Pudiera ya el pobrecillo
Si en lo intrincado del bosque
Se lo encontraron comido
De lobos?—¡Ah! ya temía
Yo este triste fin que miro,
Dice su amo con pena;
Que si él estuviera vivo
Al oír nuestros rebuznos
Nos hubiera respondido,

Ó dejara de ser asno.

—Pienso, compadre, lo mismo.

—Por lo demás, me consuela

El gusto de haber oído

Vuestros rebuznos, compadre.

—No me alabeis tan sin tino;

Que si bien el Abad canta

No va en zaga el monacillo.

Con esto, desconsolados,

Roncos, cansados, mohinos,

Tornaron al pueblo, en donde

Contaron á sus amigos

Y á todos cuantos quisieron

Oirles, lo sucedido;

Ponderando de tal suerte

Cada cuál el raro estilo

Y habilidad con que el otro

Rebuznaba, que al oírlos

Pronto cundió la noticia

En los lugares vecinos

Que al ver á los de mi pueblo

Rebuznan que es un prodigio.

Y nos dan tanta matraca

Que no hay medio de sufrirlos;

Pues los viejos y los jóvenes

Las mujeres y los chicos

Nos abruman y persiguen

Con rebuznos y silbidos,

De tal suerte que la befa

Somos de todo el distrito.

Por estas provocaciones

Cien veces hemos venido

Á las manos, y otras tantas

Descalabrados salimos.

Razón por la cual, ahora

Los burlados y oprimidos,

Ó sean los de mi pueblo

Que están asados y fritos,

Lanzas y alabardas compran

Según podeis haber visto;

Y mañana ú otro día

Con sanguinarios instintos

Saldrán al campo á encontrarse
Llenos de enojo inaudito
Con los de otro lugarejo
Que solo dista del mío
Dos leguas, estando todos
Tan dispuestos á batirnos,
Que si el cielo no lo impide
Habrá la de Dios es Cristo.
Estas son las maravillas
Que os anuncié en un principio;
Si no las tomáis por tales
No tengo más que deciros.

XLV

El mono adivino.

APENAS dejó el buen hombre
De referir los sucesos
Que de tal suerte tenían
Alborotado su pueblo,
Cuando entrar por la ancha puerta
De la venta otro hombre vieron
Con vestido de gamuza,
Medias, jubón y gregüescos;
El cual con desembarazo
Dirigiéndose al ventero
Preguntó:—¿Tiene posada
Señor huésped? porque vengo
Con el mono y el retablo
Y necesito aposento.
—¡Cuerpo de tal! dice el huésped
Mostrándose satisfecho;
¿Cómo no ha de haber cabida
Para el señor maese Pedro?
¡Buena noche, noche grata
Nos ha deparado el cielo!
Al ver al recién venido
Don Quijote y compañeros

Fijándose en su persona
Seguidamente advirtieron
Que traía muy tapados
El ojo y carrillo izquierdos
Con un gran parche de verde
Tafetán, como si enfermo
Tuviese todo aquel lado;
Mas esto no obstó por cierto
Para que el ventero diese
Muestras de estar muy contento,
Diciéndole:—Bien venido
Sea, que ahora podremos
Esperar pasar buen rato
Esta noche; mas no veo
El mono; ¿dónde está el mono?
¿Dónde su retablo ha puesto?
—Ya llegan, responde el hombre;
Que yo por no perder tiempo
Me adelanté, y aquí vine
Á pedir posada.—Bueno
Sería que no la hubiese
Para vos, cuando resuelto
Estaría yo á quitársela
Al Duque de Alba mesmo
Por dároslo; vengan mono
Y retablo; que hay sujetos
Aquí esta noche, que pródigos
Como nobles caballeros,
Pagarán con mucho gusto
El que el mono ha de ofrecernos
Adivinando mil cosas
Que acaso desconocemos.
—Sea enhorabuena, responde
El del parche, yo me alegro
De saber eso que dice;
Y por el pronto, prometo
Moderar prudentemente
Del espectáculo el precio
Contentándome con sola
La costa; entretanto, vuelo
Á hacer que hacia aquí camine
La carreta en donde tengo

Acomodado el retablo
Y viene el mono; hasta luego.
Salió el hombre de la venta
Y Don Quijote al momento
Quiso saber pormenores,
Respondiéndole el ventero:
—Ese individuo que visteis
Llámanse máese Pedro,
Y es de seguro el más grande
Y famoso titerero
Que há muchos días que anda
Enseñando por los pueblos
De la Mancha de Aragón,
Un retablo grande y bello,
Con sus figuras mecánicas
De lindo y lujoso aspecto,
Donde se vé á Melisendra
Salvada por Don Gaiferos,
Que es una de las historias
Más grandes que aquí se vieron.
Trae asimismo consigo
Cierta mono tan discreto
Que si algo le preguntan
Suele tener tal acierto,
Que adivina los pasados
Y los presentes sucesos.
—¿Entendeis acaso al mono?
—No, señor: pero subiendo
A los hombros de su amo,
Le habla con mucho misterio,
Y después el amo explica
Lo que le ha dicho en secreto.
No adivina algunas veces;
Pero en las más, dá en lo cierto,
Por lo cual, yo me figuro
Que tiene el diablo en el cuerpo.
Llegó entonces la carreta
Con el retablo, y saliendo
De ella el mono, que era grande
Y sin cola, saltó al suelo
Mostrando á los circunstantes
Sus posaderas de fieltro,

Y su cara, que no era
De aquellas que infunden miedo.
—Vamos á ver, dijo entonces
Don Quijote; diga presto,
Vuesa merced, señor mono
Adivino, ¿dónde iremos
Y qué ha de ser de nosotros?
Y á fin de que esté propenso
Á contestar, dale, Sancho,
Dos reales á maese Pedro.
—Eso no, contesta éste,
Mi mono no es tan soberbio
Que pretenda saber más
Que los ángeles del cielo.
Las cosas de lo futuro
Dios las escribe en secreto
Y para ver esas páginas
Nadie tiene privilegio.
De cosas pasadas, sabe
Un poco mi animalejo,
Y de las presentes, algo
Según mostrarles prometo.
—¡Voto arruz, exclama Sancho,
Que el lance tiene gracejo
Y que no doy un ardite
Por saberlo ó no saberlo.
Oír lo que me ha pasado
Maldito si tiene mérito,
Porque ¿quién saberlo puede
Mejor que lo sé yo mesmo?
Pero, pues sabe las cosas
Presentes, oírlas quiero.
Aquí están mis dos reales
Que con mucho gusto entrego.
Dígame el señor monísimo
¿Qué hace en este momento
Mi mujer Teresa Panza
Y en qué se está entreteniendo?»
No quiso tomar maese
Adelantado el dinero,
Pero se dió con la mano
Un golpe en el hombro izquierdo

Donde dando un brinco el mono
Se colocó muy ligero
Y acercándose á su oido
Dientes y labios moviendo,
Aparentó que le hablaba
Tanto como dura un credo.
Bajóse después, y el hombre
Así que le vió en el suelo,
Se fué al punto con gran priesa
Y con ánimo resuelto
Al sitio en donde se hallaba
Silencioso el caballero,
Y doblando ambas rodillas
Le abrazó las piernas luego
Exclamando:—Yo estas piernas
Abrazo, porque estoy viendo
En ellas, las dos columnas
De Hércules, y aun cortó quedo,
Pues ellas sostener pueden
El uno y otro hemisferio.
Aquí está el bravo, el insigne,
El alabado, el honesto
Don Quijote de la Mancha
Resucitador excelso
De la gran caballería
Andantesca de otros tiempos,
¡Oh! nunca como se debe
Elogiado caballero,
Ánimo de desmayados,
Amparador de los buenos,
Fuerte arrimo de los débiles;
Yo te saludo y venero.»

Al oír las anteriores
Palabras, quedó suspenso
Y pasmado Don Quijote;
Sancho absorto; boquiabierto
El primo; atónito el paje
Que no estaba en autos puesto;
Abobado el del rebuzno,
Y tan confuso el ventero,
Que espantados, no acertaba
Nadie á romper el silencio;

Mas rompióle según dicen,
El famoso titerero
Que dirigiéndose á Sancho,
Siguió hablando en estos términos:
—Y tú, insigne Sancho Panza,
Tú el mejor fiel escudero
Del caballero más noble
Del mundo, ensancha tu pecho,
Y alégrate, que tu buena
Mujer en este momento
Está buena, rastrillando
Lino, y á su lado izquierdo
Tiene un jarro desbocado
Que estuvo de vino lleno
Y ya se halla en sus últimas
Pues recibió más de un tiento.

—Eso, dice Sancho Panza,
Juro á Dios que bien lo creo;
Pues ella siempre fué buena,
Y sin sus malditos celos
Que tan rabiosa la ponen
Poniéndome á mí frenético,
Yo jamás la trocaría,
Y ahora mismo no la trueco,
Por la gigante Andandona
Que según dice mi dueño
Y señor, fué una mujer
Muy cabal, de pelo en pecho,
Y de aquellas que no sufren
Mal pasar en ningún tiempo,
Aunque sea á costa y coste
De todos sus herederos.

Calló Sancho, y su señor
Dijo:—Ahora me convenzo
De que el que mucho leyere
O viaje con provecho,
Ve mucho y aprende mucho.
Y esto digo y esto observe
Porque ¿qué presunción fuera
Capaz de haberme dispuesto
A creer que hay en el mundo
Monos de tanto talento,

Que adivinen como ahora
Lo ví con mis ojos mismos?
Porque yo soy Don Quijote
De la Mancha, y no lo niego;
Que aunque se ha extendido el mono
Un tanto en sus lisonjeros
Encomios, soy el que ha dicho
Poco más ó poco menos;
Y tengo además probado
Que soy compasivo y tierno,
Por lo cual tributo gracias
Á Dios que me dió estos méritos.»

XLVI

Escrúpulos.

VIENDO al simpar Don Quijote
Tan contento y tan ufano,
Díjoles maese Pedro
Que para obsequiar al bravo
Campeón, dispuesto estaba
Á enseñarles el retablo
Sin exigir á ninguno
Ninguna clase de pago.
Púsose alegre el ventero
Y le designó en el acto
El sitio más apropósito
En el cual pudiese armarlo.
Comenzó á hacerlo maese
Y Don Quijote entre tanto
Mostrándose muy inquieto
Se llevó á un rincón á Sancho,
Y sin ser de nadie oídos
De este modo conversaron:
—Sabrás, Sancho, que me tiene
Asaz tibio y preocupado
Esa habilidad extraña
Que muestra ese mono sabio;

Y hasta casi voy creyendo
Que ese maese, su amo,
Debe de tener sin duda
Hecho ya algún pacto tácito
O expreso con el demonio.»

— Á lo cual contesta Sancho:
—Pues si ese patio es espeso
Y anda el mismísimo diablo
Por él, de seguro debe
Ser sucio y destartalado
Aunque no sé para qué
Necesitan esos patios.
—No me has entendido; quise
Decirte, querido Sancho,
Que el dueño de esa alimaña
Debe de haber concertado
Con el infierno, esas cosas
Que á las gentes causan pasm
Para hacerse rico y grave
Como otros que legaron
Al demonio el alma; y digo
Que me estoy maravillando
Al ver que ya no le hayan
Al Santo Oficio acusado (8)
Para que en él le examinen
Hasta sacarle de cuajo
En virtud de quién y cómo
Adivina lo pasado
Y lo presente, sin ser
Astrólogo judiciario.»

Estas y otras varias cosas
Dijo Don Quijote á Sancho
Que maldito si entendía
Una frase de su amo,
Si bien se inclinó á creer,
Como suele el temerario
Vulgo ignorante, que andaba
Por allí una negra mano.

Entonces, llegando á ellos
Maese Pedro, dijo en alto:
—Vengan ya vuestras mercedes
Que á funcionar va el retablo.»

XLVII

El retablo. Representación.

SENTADO está Don Quijote
Delante del artefacto
Que con muchas candelillas
De cera, está iluminado.
Á sus espaldas se encuentra
Con el primo y paje, Sancho;
Y el ventero y otros muchos
Delante están del retablo,
Mientras que dentro de éste
Maese Pedro, manejando
Se halla todos los muñecos
Que figuran en el cuadro.

Delante de éste se encuentra
También, un listo muchacho
Dependiente del maese,
Que con su vara en la mano,
Les explica el argumento
Las figuras señalando.

—Esta función que se ofrece
Á tan ilustre senado,
(Dice el chico con despejo
Y por vía de preámbulo),
Sacada está de las crónicas
Francesas, y de los varios
Romances, que escritos fueron
Por poetas castellanos. (9)
Trata de la libertad
Que allá en los tiempos pasados
Dió á su esposa Melisendra
El valiente y temerario
Señor Don Gaiferos, que ahora
Según ven, está jugando
Indiferente á las tablas,
De su mujer olvidado.

Pero esotro personaje
Que allí asomarse miramos,
Con corona en la cabeza
Y cetro de oro en las manos,
Es, señores, el mismísimo
Emperador Carlo Magno,
Que á reprender á su yerno
Viene furioso y airado;
Y con tal ira menea
El cetro, según notando
Estais, que con él parece
Le vá á dar sendos porrazos.
Le echa en cara su descuido
Y sus ócios; su bastardo
Proceder, y le declara
Que le cree deshonorado
Si libertad á su esposa
No da; y después de llenarlo
De injurias, dice muy serio:
—Harto os he dicho, miradlo.
Ahora vuelve las espaldas
Váse, y en ira montando
Don Gaiferos, pide al punto
Sus armas y su caballo.
Llega Don Roldán, su primo,
Al cual suplica en el acto
Que su espada Durindana
Le preste; niégale el bravo
Roldán tal favor, mas quiere
Ir con él.—No busco tanto,
Contéstale Don Gaiferos;
Que yo tan sólo me basto
Para sacar á mi esposa
Aunque esté en el campo santo
O en lo más hondo del centro
De la tierra; y despedido
Hace *mitis*, según pueden
Vuestas mercedes mirarlo.

Mutación: Sale á la escena
Aquella torre que á un lado
Se queda; y se presupone
Que es del morisco palacio

De Sansueña (hoy Zaragoza),
Que Aljafería llamamos.
Allí á un balcón asomada
Melisendra está mirando
La carretera de Francia
Donde está su esposo amado.

Miren ahora el más grande
Y más estupendo caso:

¿No ven aquel perro moro
Que traidor, llega despacio,
Á Melisendra se acerca
Y le da un beso en los labios
Obligándola á que escupa
Llena de miedo y de asco,
Y que se arranque el cabello
Sus desventuras llorando?

Pues todo lo ha visto el Rey
Marsilio, que está allí abajo
En aquellos corredores;
Y al saber que aquel malvado
Libertino, es un pariente
Suyo, y también gran privado,
Le manda prender al punto
Y que le den bien contados
Un par de cientos de azotes
Sobre un pollino amarrado,
Llevándole por las calles
Y sitios acostumbrados,
Sin más formación de causa,
Ni procesos, ni alegatos
Ni trasládese á las partes;

Que entre moros no hay traslados;
Ni hay pase á prueba, ni estése,
Como pasa entre cristianos.

Al oír estas palabras
Que pronunciara el muchacho,
Dijo Don Quijote:—Niño,
Seguid con mucho cuidado
Vuestra historia línea recta;
Que pienso os vais ladeando
Y que os meteis en las curvas,
Sin advertir que en los casos

En que hay que sacar en limpio
La verdad, es necesario
Valerse de muchas pruebas
Y repruebas.—Es exacto,
Grita á su vez maese Pedro
Que está dentro del retablo.
—No te metas en dibujos,
Y obedece los mandatos
De ese digno caballero
Cuya boca es un oráculo.
No entres, niño, en contrapuntos
Que se quiebran de delgados
Y sotiles, y procura
Que sea tu canto llano.
—Así haré desde este instante,
Responde el listo muchacho,
Diciendo cuanto se expresa
En el romance inmediato.

XLVIII

El rapto de Melisendra.

Cox la varita en la mano
Y con limpio y claro acento
Señalando las figuras
Habló el chico en estos términos:

.....
—Como el Rey Marsilio vió
La torpeza del privado,
Pronta sentencia dictó:
—Quiero que sea azotado,
Dijo... y bien se le azotó.

Viéndolo estais, mis señores,
No hay que decir nada más;
Lleva cual los malhechores,
Por delante chilladores
Y envaramientos detrás.

Pasen; que aquí otra persona

Al pie de la torre hallo;
Cúbrele capa gascona
Y monta sobre un caballo
Que su raza noble abona.
Entretanto, Melisendra
Vuelve al balcón donde acendra
Su amor conyugal sincero;
Y al ver al buen caballero
Mil esperanzas engendra.

Admirando su arrogancia
Desecha su cortedad
Y dice sin repugnancia:
—Si vais, caballero, á Francia
Por mi esposo preguntad.
—¿Quién es, señora, tu esposo?
—La flor de los caballeros
Por lo galán y lo hermoso
Y lo bueno y generoso.
—¿Cómo se llama?—Gaiferos.
—Pues si es Gaiferos tu amado,
No llores, señora, no;
Haz cuenta que le has hallado
Y que aunque viene embozado
Ese Gaiferos soy yo.

De París vengo á librarte
De esa negra esclavitud;
Yo quiero recuperarte,
Que mi destino es amarte
Admirando tu virtud.»

Calla; bajando el embozo
Muestra el semblante risueño,
Y ella llorando de gozo,
Dice:—Qué apuesto y buen mozo
Viene mi señor y dueño!

Luego, con afán creciente,
Ambos dan gracias á Dios;
Y según dice la gente
Entablan entre los dos
El diálogo siguiente:

—Dulce esposa idolatrada!
—Mi fiel y honrado marido!
—En esta feliz jornada

Sé mil veces bien hallada.
—Y tú otras mil bien venido.
—¿Olvidáste me?—Jamás!
Mis recuerdos tuyos son.
—Huyamos.—No anhele más.
—¿Y cómo salir podrás?
—Saltando por el balcón. (10)

Esto dice, y desalada
Se monta en la balaustrada;
Lánzase al aire indiscreta
Y al caer, queda colgada
De un hierro que la sujeta.

Por fortuna, Don Gaiferos
Á riesgo de verla en cueros,
Tómala en brazos al fin,
Dá unos tirones certeros
Y le rasga el faldellín.

Ya está en salvo la cuitada,
Ya á la gineta montada
Goza dicha y libertad;
Ya cruzando la esplanada
Se alejan de la ciudad.

Entretanto, sabedor
El Rey moro del suceso,
Lleno de ardiente furor
Forma al instante el proceso
De la esclava y del raptor.

Al arma manda tocar
Y en las mezquitas resuena
El ruidoso bandear
De la campana, que atruena
El oído sin cesar.

Adviertan vuestas mercedes
Cual tocan en el retablo
Connoviendo sus paredes.
—Pues yo digo ¡voto al diablo!
Que bien suprimirlas puedes.

Esto dijo el caballero
Poniendo el rostro severo.
Y añadió:—Á fe de Quijote,
Que es un solemne embustero
Todo aquel que eso denote.

Las costumbres musulmanas
Que en oponerse se empeñan
À las creencias cristianas,
Todo címbalo desdeñan;
Y eso de tañer campanas
En un moriscó lugar
Es error muy singular.
—Bien está, callo y me arredro,
Responde maese Pedro
Dejando de repicar;
Mas no olviden los señores
Con perdon de otros autores,
Que hoy se aplauden mil comedias
Que contienen más errores
Que puntos un par de medias.

Prosigue tu narración
Muchacho, y habla en romance,
Pues es tal tu obligación.
Acabemos la función
Antes que un palo te alcance.

.....
Esto dice amostazado
En voz alta el titerero,
Castigando en su sirviente
Las culpas del campaneó.
Es decir, sus propias culpas;
Qué es lo que en el mundo hacemos
Cuando al que está por debajo
Le endosamos un mochuelo.

XLIX

Hecatombe.

EJERCIENDO el pobre chico
Las funciones de su empleo,
Y acomodándose á todo
Cuanto le manda su dueño,
Que con él siempre es injusto

Intolerante y severo,
Agitando nuevamente
Su varilla, dice luego:
—Note el ilustre auditorio
Las cosas nuevas que vemos:
Miren cuánta y cuán lucida
Caballería, corriendo
Sale ya de la ciudad
De Sansueña, en seguimiento
De los amantes católicos
Que van hacia Francia huyendo,
Ya resuenan las trompetas
Y otros varios instrumentos;
Ya dulzainas y atabales
Forman infernal estrépito;
Desgraciada Melisendra!
Infortunado Gaiferos!
Si os cojen en el camino
La ganancia no os arriendo,
Pues os volverán atados
Á la cola del soberbio
Caballo en que vais á Francia;
Y si llega á ocurrir eso,
Si el moro su garra os echa
Será espectáculo horrendo.

No bien oyó estas palabras
Levantóse de su asiento
Don Quijote, é indignado
Dijo:—Yo no lo tolero.
Atrás! cobardes moriscos!
Canalla vil, deteneos;
Dejad al enamorado
Y valiente caballero
Ó conmigo seréis todos
En ruda lid al momento.

Dijo, y sacando su espada,
Aquí quiero, aquí no quiero,
Ya rebanaba cabezas,
Ya quebrantaba los cuerpos
De las frágiles figuras
Que á sus pies rotas cayeron.
Y era tanta la fiereza

Con que blandía su acero
Que al tirar un altibajo
Por poco dió á maese Pedro.
En vano gritaba éste:
—Deténgase el caballero;
Mire el señor Don Quijote
Que estas figuras que enseño
Ni son moros, ni son hombres;
Sino débiles muñecos,
Hechos de pasta; y que gano
La vida solo con ellos.
Mire que me está arruinando,
—Eso después lo veremos.»

Así el hidalgo responde,
Y sin cejar en su empeño
Destruye el retablo todo
Sin darse tregua un momento.
Alborotóse el senado
De los oyentes; corriendo
Se fué el mono á los tejados
Que estaban de allí más lejos.
Temió el primo; acobardóse
El paje que estaba trémulo,
Y hasta el mismo Sancho Panza
Sintió pavor, conociendo
Que á su señor no vió nunca
Tan atrozmente colérico.

Por último, cuando estuvo
Todo el retablo deshecho,
Y la morisma vencida
Yacente en el duro suelo,
Aplacóse Don Quijote
Diciendo con grave acento:
—Los que imprudentes afirman
Que la profesión que ejerzo
No es buena ni es salvadora,
Vengan al instante á verlo.
De no estar yo aquí presente
Seguramente esos perros
Moros cobardes, hubieran
Un desaguisado hecho
Con la hermosa Melisendra

Y el valiente Don Gaiferos.
Viva, pues, mi noble oficio
Que así protege á los buenos,
Y viva yo que destruyo
Tantos y tales entuertos.

L

Quien rompe, paga.

Con mil frases comedidas
Y sollozos lastimeros,
Hizo ver á Don Quijote
El cuitado maese Pedro
Que sus pobres figurillas
Eran séres indefensos
É inofensivos, que nunca
A ninguno daño hicieron,
Y que quedaba arruinado
Con el retablo deshecho
Y sus pobres personajes
Decapitados y muertos.
—Si es así, dice el hidalgo
Que ya á su razón ha vuelto;
Con toda el alma deploro
Los destrozos que os he hecho,
Y á pagar las composturas
Y á resarciros me avengo,
Siendo vos mismo el que tase
El valor de los muñecos
Que os pagará de mi orden
Sancho Panza, mi escudero.
Mas conste que esta maraña
Inícuá que desenredo,
No ha sido por mí formada,
Sino por entes perversos
Y viles encantadores
Que ante mis ojos pusieron
No figurillas de pasta,

Sino morazos tremendos
Que armados hasta los dientes
Iban corriendo, corriendo,
Cabalgando cual cabalgan
Los hombres de carne y hueso
Sobre verdaderas sillas
Y caballos verdaderos.
Y juro por Dios clemente
Que los ví tal cual son ellos,
Siendo Marsilio, Marsilio;
Y Don Gaiferos, Gaiferos;
Melisendra, Melisendra;
Todos en alma y en cuerpo
De nuestra propia estatura;
No chicos cual ya los veo.
En fin, fueran como fuesen,
Si decís que son muñecos,
Y que con ellos, la vida
Ganais, gustoso me avengo
Como ya os dije, á pagaros;
Tasad, y acábese el cuento.

Dió gracias al buen hidalgo
Con efusión maese Pedro
Diciéndole:—No esperaba
Yo de su grandeza menos.
Bien haya el gran Don Quijote
Socorredor verdadero
De cuantos necesitados
Vagabundos van corriendo
Sin saber cómo y por dónde
De la vida los senderos.
Y á fin de que nadie diga
Que pongo subidos precios,
Yo designo desde ahora
Á este buen señor ventero
Y al gran Sancho, que gustosos
Vendrán á ser medianeros
Y apreciadores honrados
Del valor de los muñecos.

Quedaron todos conformes
Y al punto maese Pedro
Levantando al Rey Marsilio

Con la cabeza de menos,
Dijo:—Por este monarca
Cuyo fin y acabamiento
No admite ya compostura,
Den cuatro reales y medio.
—Adelante, dice al punto
Don Quijote haciendo un gesto.
—Por este, que representa
Á Carlo Magno, y abierto
Está desde arriba á abajo
Sin su corona y su cetro,
Solo pido cinco reales
Y un cuartillo.—En algo menos
Le taso yo, dice Sancho.
—Pues yo, replica el ventero,
Pienso que no pide mucho
Por el que tuvo un imperio.
Pártase la diferencia
Quitando el cuartillo.—Eso,
Vuelve á decir Don Quijote,
Es de escasa monta; quiero
Que le den lo que ha pedido;
Y acabe maese luego,
Pues tengo barruntos de hambre
Y á cenar estoy dispuesto.
—Por aquesta otra figura,
Torna á decir maese Pedro,
Que aquí está desnarigada
Y con un ojo de menos,
Y es la hermosa Melisendra....
—¿Qué diablos estais diciendo?
Respondióle Don Quijote;
¿Pensais que yo soy tan ciego
Que á tomar gato por liebre
Ahora vaya, dándoos crédito?
¿Creeis que soy por ventura
Hombre que se mama el dedo?
Presentarme sin narices
Aquí á Melisendra, siendo
La verdad del caso, que ella
Debe de hallarse lo menos
En la frontera de Francia,

Es ya temerario empeño.
Ved, lo que decís, maese,
Que el caballo era ligero
Y yo le ví que iba á escape.
Poned en la lengua tiento
Y aquí todos con pie llano
Y sana intención marchemos.»

LI

Donde se declara quién era maese Pedro.

VIENDO que así izquierdeaba
Nuevamente el caballero,
Dijo maese:—Sin duda
No habré yo estado en lo cierto.
Esta no debe de ser
Melisendra, ni por pienso;
Sino alguna de sus muchas
Doncellas.—Póngale precio.»

De este modo, valorando
Otras muchas estuvieron,
Y al acabarse la cuenta,
Sancho Panza y el ventero,
Como justos jueces árbitros,
La moderaron, poniendo
Con acuerdo de ambas partes
Cuarenta reales y medio
Ó cuarenta, y tres cuartillos,
Según recordar creemos.
Pagó Sancho lo pactado,
Y otros dos el titerero
Pidió por tomar su mono.
—Dáselos, Sancho, al momento,
Dijo ufano Don Quijote;
Que yo donárselos quiero
No para tomar el mono
Sino la mona; y doscientos
Ahora diera yo en albricias

Á quien dijera de cierto
Que con Doña Melisendra
Llegó á París Don Gaiferos.
— Eso, decirlo mi mono
Pudiera, responde Pedro;
Mas no habrá diablo que ahora
Le haga venir aquí dentro.
Sólo el hambre y el cariño
Que me tiene, han de traerlo
Y cuando sea de día
Saldrá el sol, y nos veremos.

Así acabó la borrasca
Del retablo, y satisfechos
Cenaron todos á costa
Del rumboso caballero.
Antes de que amaneciese
Partió el que iba conduciendo
Las armas sobre su macho,
Dirigiéndose á su pueblo;
Y después de amanecido
Á despedirse vinieron
El primo y el paje; á este
Mandó dar el caballero,
Una docena de reales
Que Sancho entregó al momento.
Finalmente, antes que el alba
Saliera, maese Pedro,
Que al hidalgo bien conoce
Y quiere esquivarle el cuerpo,
Recogiendo las reliquias
Del retablo, los muñecos,
Y el mono, bonitamente
Se puso en camino luego.
Pagó Sancho con largueza
Y esplendidez al ventero
Por mandárselo su amo;
Y tras un ligero almuerzo,
Montados sobre sus bestias
En camino se pusieron.

.....
Ahora algún lector curioso
Querrá saber (y ya es tiempo

De decirlo) lo que era
Y quién era maese Pedro.
Otros, tal vez ya lo saben
Si á Cide Hamete leyeron;
Pero sea como fuere
Consignarlo aquí debemos.
Era el tal maese, el tuno
Desalmado y embustero
Á quien libró Don Quijote
De aquella cuerda de presos
Que á las galeras marchaban
Cargados de duros hierros.
Era Ginés Pasamonte;
El mismo que hurtó el jumento
Á Sancho. Comprando el mono
Y el retablo, y por los pueblos
Disfrazado, y con su parche
Verde sobre el ojo izquierdo,
Mudando su nombre siempre
De la justicia iba huyendo.
Por eso, cuando á la venta
Llegó, y halló al caballero
Y á Sancho, quiso sacarles
Algunos cuartos, sabiendo
El pie de que cojeaba
El andante aventurero.
Mas no le valió su maña
Ni sus tretas le valieron,
Pues vió su retablo roto,
Sus figuras por el suelo,
Y si al darle el altibajo
Don Quijote con su acero
De repente no se agacha,
A sus pies hubiera muerto.

LII

El rebuzno.

«No rebuznaron en balde

El uno y el otro alcalde.»

(CERVANTES. — *El Ingenioso Hidalgo*. — Parte II. — Capítulo XXVII).

Como las famosas justas
Que iban á celebrarse
En la noble Zaragoza
Habrían de ser más tarde,
Y el tiempo no le apremiaba,
Quiso el caballero andante
Ver primero las riveras
Del Ebro, y todo el paisaje
Fértil, que riega aquel río
Con sus copiosos caudales.
Por esta razón, tan pronto
Como de la venta sale,
De su escudero seguido
Y montado en Rocinante,
Cruza el campo de Aragón
Deseando señalarse
En valerosas empresas
Que habrán de inmortalizarle.

Dos días con sus dos noches
Transcurrieron, sin que nadie
Ni nada le detuviera,
Pues no halló cosa importante;
Pero al subir al tercero
Cierta loma, vió un gran valle
Donde unos doscientos hombres
Que con alabardas, sables,
Arcabuces, partesanas,

Ballestas, lanzones grandes,
Picas y rodelas, daban
Muestras de ardiente coraje
Tocando muchas trompetas,
Atambores y timbales.
Con horrible clamoreo
Soltaban tiros al aire
Produciendo unos ruidos
Tan fieros y discordantes
Que temblando Sancho Panza
Quiso de allí retirarse.

No lo consintió su amo;
Antes bien, con paso grave
Bajó del recuesto y púsose
Cerca de aquellos salvajes,
Pudiendo ver sus banderas
Y un magnífico estandarte
En el cual, pintado habían
Un jumento venerable
Que con la cabeza en alto,
El cuerpo y cerviz tirantes,
La boca abierta, y la lengua
De fuera, puede afirmarse
Que si en pintura no hablaba
Rebuznaba con donaire,
Honrando al artista que hizo
Obra tan recomendable.
Finalmente, por debajo
Se veía en letras grandes
El letrero que encabeza
Nuestro presente romance.
Letrero, que á Don Quijote
Puso en confusiones grandes,
Pues si bien consideraba
Que aquellos hijos de Marte
Que se hallaban tan dispuestos
Á entrar en rudo combate,
Debían de ser vecinos
Del lugar en donde sabe
Que se oyeron los rebuznos
De los célebres compadres,
No se explica bien la causa

De que ahora sean tales
Alcaldes, los que antes eran
De más modesto linaje.
Esto dice á su escudero,
Y Sancho le satisface
Diciéndole, que lo mismo
Rebuznar puede un alcalde
Que un regidor, y que pudo
Fácilmente equivocarse
El que les contó el suceso
De los rebuznos fatales.

Así conversaban ambos,
Mientras que con muestras grandes
De admiración, y en silencio
Todos miraban el talle
De Don Quijote; la innoble
Apostura; el mal talante
De aquel esqueleto vivo
Que parece que se sale
De la armadura que arrastra
Un rocín hecho de alambres.

La admiración, el silencio
En que quedó aquel enjambre
De improvisados guerreros
Que allí estaban contemplándole,
Ofreciéronle propicia
Ocasión para mostrarles
Que si el valor en la guerra
Mucho puede y mucho vale,
El ingenio y la oratoria
Consiguen triunfos más grandes.
Por esta razón, tomando
La palabra, y arengándoles,
Después de haberles rogado
Que no le interrumpa nadie,
Á no ser que les ofenda
Sin querer, fué enjaretándoles
Un discurso tan sonoro,
Tan magnífico y tan fácil,
Que Sancho estaba en sus glorias
Repitiendo á cada instante:
—Si no es tólogo mi amo

Que me corten el gaznate.
—No es cuerdo, no; no es cristiano,
Ni es lícito que se maten,
Decía el buen caballero
Haciendo cien mil visajes,
Unos hermanos con otros
Sin haber razón bastante.
Y esto lo digo, señores
De mi alma, porque es grande
La obligación que yo tengo,
Pues soy caballero andante
Y me consta cuánto os pasa,
De aconsejaros las paces
Con todos los convecinos;
Pues estas rencillas nacen
De bromas que á nadie ofenden
Ó de lícitas verdades;
Que por llamar cazoleros
Á los que cazuelas hacen,
Ó tomatero al que suele
Ir pregonando tomates,
No hay razón plausible alguna
Para que se ofenda nadie.
Bueno fuera que los pueblos
En masa, fueran á darse
De cachetes, porque á un hombre
Dijeran un disparate!
Nadie en simples niñerías
Ni en necias frivolidades
Ni en mezquinas pequeñeces
Debe un momento fijarse.
Que no es propio de hombres buenos
Reparar en cosas tales
Para promover las guerras
Y hacer mil monstruosidades.
No, y mil veces no; que Cristo
Nuestro Señor, con suaves
Lecciones, y santo ejemplo
Nos enseñó á ser amables
Con el prójimo, diciéndonos
Que la venganza es infame,
Baja y soez; que debemos

Perdonar al que nos hace
La ofensa; que á los deudores
Nadie abrumie aunque no paguen,
Pues hay deudas engendradas
Por la desdicha y el hambre,
Y el pan que piden los hijos
De los pobres miserables,
Está amasado con lágrimas
En que va envuelta su sangre.
Finalmente, Dios obliga
Á ser siempre tolerantes,
Humildes y compasivos
Para que el alma se salve.

Esto dijo Don Quijote,
Y el buen Sancho entusiasmándose
Quiso meter su cuchara
Con objeto de ayudarle,
Diciendo... mas lo que dijo
Reclama nuevo romance.

LIII

Sancho se hace orador.—Alusiones fatales.

Tomó Sancho la palabra
Sin pedir licencia á su amo
Que al ver su resolución
Se quedó maravillado.
Tomó la palabra, y dijo.....
¡Válganos Dios soberano!
¿Quién pondrá tiento en su lengua
En este supremo caso?
—Mi buen señor Don Quijote
De la Mancha (dice el sandio),
Que aquí de cuerpo presente
Estamos todos mirando,
Se llamaba en otro tiempo,
Por razones que me callo,

Caballero de la Triste
Figura, y ahora trocado
Se ve en el de los Leones
Por ser mote más bizarro
Que cuadra más con sus hechos.
Y es un valeroso hidalgo
Que sabe más tología
Que un arzobispo eclesiástico.
Dice que el latín entiende,
Y en los dedos de la mano
No sólo tiene las leyes,
Sino también los vocablos
Y las ordenanzas todas
De eso que duelo llamamos.
Por esto, pueden tomarle
Por el mejor abogado
Y seguirle los consejos
Como si fuera un breviario.
Además, que como dijo
El otro, no me presuado
De que por oír rebuznos
Vengan á enfadarse tanto.
Que según el refrán dice
Quien se pica come ajos,
Y amor con amor se paga
Y un clavo saca otro clavo.
Rebuznen vuestas mercedes
Si ellos hacen otro tanto,
Que por el hilo se saca
El ovillo, y nunca es malo.
El sastre, si el sastre á tiempo
Sabe conocer el paño.
Paguen en igual moneda
Y sigan en paz jugando.
¿Quién no ha visto hacer primores
Con la voz á más de cuatro?
Yo recuerdo bien ahora
Que cuando era muchacho
Con tal primor rebuznaba
Que el oirme era un encanto.
Y para que nadie diga
Que miento, voy á probarlo.

Que esta ciencia es como aquella
Del nadar, que en acertando
Una vez á hacerlo, nunca
La olvida ningún cristiano.»

Dejó de hablar Sancho Panza,
Y acto continuo, llevando
Una mano á las narices,
Á rebuznar tan en alto
Comenzó, y tan reciamente,
Que todos los comarcanos
Valles, según las historias,
Unísonos retumbaron.

Entonces, uno de aquellos
Doscientos hombres armados
Que escuchaban impacientes
La nueva arenga de Sancho,
Creyendo que se mofaba
De ellos, le dió un varapalo
Tan fuerte, que el importuno
Orador desventurado
Cayó en tierra dolorido
Casi presa de un desmayo.
Quiso su señor vengarle
Echándose sobre el bravo
Interruptor, mas fué tanta
La gente de que asaltado
Se vió al instante, y tal lluvia
De pedradas le arrojaron,
Mientras que con las ballestas
Y arcabuces preparados
Le apuntaban, que temiendo
Algún horrible fracaso,
Sin pensar en otra cosa
Picó espuelas al caballo
Y salió despavorido
De aquel endiablado campo
Encomendándose á Dios,
Y temiendo á cada paso
Que alguna flecha traídora
Le partiera el espinazo,
Ó que una bala invisible
Viniera á romperle el cráneo.

LIV

Disidencias.

UNA de las muchas veces
Que Don Quijote la cara
Volvió para cerciorarse
De que aquella turba brava
Á sus alcances no iba
Picando su retaguardia,
Cuentan que vió atravesado
Sobre el rucio á Sancho Panza,
El cual dejando á su bestia
Seguir las huellas trazadas
Por Rocinante, llegó
Hasta el sitio en donde estaba
Ya parado el caballero,
Que respiraba con ánsia
Para ver si estaba vivo
O le alcanzó alguna bala.

No quisieron los del pueblo
Guerreador, hacer ya nada
En contra del pobre Sancho,
Y al ver que triste lloraba
Á moco tendido, diéronle
Pasaporte sin tardanza
Poniéndole sobre el rucio;
El cual recibió en sus ancas
Tres palos, que le obligaron
Á ponerse en fuga rápida
No sin lanzar un quejido
Prolongado, con que acaba
La historia de los rebuznos
Que tal vez parezca larga.
Si bien añadir debemos
Que aquella fuerte algarada
No encontró competidores
Ni hubo encuentros ni batallas;

Por lo cual aquellos hombres
Se volvieron á sus casas
Celebrando su victoria
Más alegres que unas pascuas.
Llegó entretanto, cual queda
Referido, Sancho Panza,
Al punto en el cual su amo
Fugitivo se encontraba,
Y arrojándose del rucio
Cayó sin decir palabra
Á los pies de Rocinante;
Y tan débil se mostraba,
Tan ansioso, y tan molido,
Que parecía que el alma
Iba á exhalar al instante
Por muchas rojas ventanas
Que en su cuerpo abierto hubieran
Picas, y sables y lanzas.

Apeóse el caballero
Lleno de angustiosa lástima
Por catarle las heridas,
Mas viendo.... que no vió nada
Y que enteramente sano
De pies á cabeza estaba,
Dijole con duro acento:
—En mal hora, en hora mala
Supísteis vos rebuznar,
Sabiendo que nunca en casa
Del ahorcado ha de nombrarse
La sogá. ¡Pésie á mi ánima!
Á música de rebuznos
¿Qué contrapunto cuadraba
Mejor que los varapalos?
Y dad, Sancho, al cielo gracias
Al ver que los aludidos
Solamente os santiguaran
Con palos, en vez de hacerlo
Con alguna cimitarra
O algún alfanje; que entonces
Fuera mayor la desgracia.
—No estoy para responder,
Dice al cabo Sancho Panza;

Que al hablar, se me figura
Que lo hago por las espaldas.
Subamos y separémonos
De aquí, que yo una mordaza
Me pondré, siempre que necio
De rebuznar sienta ganas;
Mas no la pondré en mis labios,
Aunque me pesen de plata,
Para dejar de decir
Con las veras de mi alma
Que hay caballeros andantes
Que huyen y se disparan
Dejando á sus escuderos
Metidos en la estacada.
— Quien se retira, no huye.
Dice el hidalgo con calma:
Que el valor no ha de tomarse
Por locura temeraria,
Y llenas están las crónicas
De estas cuerdas retiradas,
Que mil héroes esforzados
Supieron poner en práctica,
Reservándose sus fuerzas,
Su vigor y su arrogancia
Para otros tiempos mejores
Y para empresas más altas.
Hablando de esta manera
Ya en sus bestias se encontraban
Montados, y prosiguiendo
Á paso lento su marcha
Dieron en una alameda
Que á un cuarto de legua estaba;
Y fueron tantos los ayes
Y gemidos que exhalara
El pobre Sancho, que inquieto
Quiso averiguar la causa
Su señor, de aquella angustia
Y de aquella pena amarga.
— ¿Qué ha de ser? responde Sancho;
¿Qué ha de ser por mi desgracia,
Sino que el dolor me abruma
Desde la nuca á las nalgas?

—Eso, Sancho, significa,
Si es que el magín no me engaña,
Que como el palo era luengo
Te pilló toda la espalda.
—Claro!— Y si más luengo fuera
Más sin duda te pillara,
Y más te doliera.—Justo!
La respuesta ha sido brava!
Dice Sancho exasperado
Lleno de furor y rabia.
Me duele..... donde me dieron;
Y si más me apalearan
Más me doliera ¡por Cristo!
Que está bien la adivinanza
Y que la receta es buena
Como lo es su cachaza!
El mal ajeno, de pelo
Cuelga; la cosa está clara,
Y cada día descubro
Que es muy poco, casi nada,
Lo que yendo en compañía
De vuesa merced me aguarda.
Que si esta vez me ha dejado
Apalea, otras tantas
Y cien más, vendrán á verme
Los mantamientos de marras,
Con otras muchacherías
Que ahora siento en las espaldas,
Y después me irán saliendo
Á los ojos de la cara.
Harto mejor me estaría,
Si no fuera un bruto, un mandria,
El volverme con mis hijos
Y mi mujer á mi casa,
Sin andar en estos trotes
Por sendas extraviadas,
Mal comido y mal bebido,
Teniendo siempre por cama
Todo el terreno que un hombre
Quiera tomarse á sus anchas.
Tiéndete, cuerpo, escudilla
Cuantos colchones te plazca,

— ROMANERO DEL INGENIOSO HIDALGO —

Que el lecho debe ser duro
Para que fuerte te hagas.
¡Oh! quemado vea yo
Y hecho polvos al canalla
Que en andantes aventuras
Dió la primera puntada.
—¿Acabaste ya, buen Sancho?
—¿Por qué lo dice?—Por nada,
Que aunque digas necedades
Yo las oigo con templanza
Viendo que nada te duele
Cuando á gusto te despachas.
Por lo demás, si no quieres
Continuar en mi compañía,
Dinero mio en el cinto
Llevas, cobra tus soldadas
Y vete con Dios; que veo
Que mi paciencia se acaba
Y temo hacer con tu cuerpo
Alguna barrabasada.
Vete, abandóname, huye;
Pan mal conocido, aparta;
No me recuerdes mis locas
Promesas mal colocadas.
Asno fuiste, y asno eres;
Que puesto que ahora pensaba
Darte yo la mejor ínsula
Que se registra en el mapa,
Te vas á tus pegujares
Á trabajar con tu azada.
Estos y otros vituperios
Oyó el triste Sancho Panza,
Que apenado y compungido
Rompiendo en un mar de lágrimas
Pidió perdón á su amo
Con muy humildes palabras.
—Yo sé, dice, que merezco
Llevar encima una albarda,
Y que para ser pollino
La cola solo me falta;
Mas mire, y hágase cuenta,
Señor mio de mi alma,

Que siempre he sido un pobrete
Falto de buena crianza.
De mi mocedad se duela
Y perdóneme mis faltas,
Que el que peca y se arrepiente
En buen camino se halla.
—Bien está, dijo el hidalgo;
Quedas perdonado; basta;
Que nunca fui rencoroso
Y amor con amor se paga.

LV

Luces y sombras.

YA vencedor, ya vencido,
Ya triste, ya satisfecho,
Don Quijote de la Mancha
Sigue su rumbo impertérito.

Camino de Zaragoza
Va con su insigne escudero
Dedicando á Dulcinea
Los suspiros de su pecho.

Aunque á lidiar, y á vencer
Se manifiesta dispuesto,
Más que á las armas, apela
Á su razón y á su ingenio.

Incansable y elocuente,
Aunque caprichoso y crédulo,
Quiere infundir en los ánimos
Profundo convencimiento.

Y las virtudes defiende,
Y ataca los vicios feos,
Y de la traición y el dolo
Es siempre enemigo acérrimo.

Tal vez por eso le engañen;
Tal vez le ultrajen por eso;
Que un loco bueno, es la mofa
De cualquier pícaro cuerdo.

Quiere remediar las cuitas
Del pobre, amparar al bueno,
Proteger menesterosos
Y dar al triste consuelo.

Quiere que nunca se cumplan
Los vengativos deseos;
Pero que caiga el castigo
Sobre los hombres protervos.

Mas ¡ay! no mira el cuñado
Inocente caballero
Que el que redimir intenta
Á los malos y á los necios,
Á morir crucificado
Y escarnecido está expuesto.

Por eso, con fé constante
Sigue su ruta impertérito
Consagrando á Dulcinea
Su amor platónico y tierno.

.....
Y ora, en el barco encantado
Que á un molino vá derecho,
Y que con ímpetu arrastra
Potente brazo del Ebro,
Mientras Sancho á grandes voces
Pide favor á los cielos,
Y pescadores piadosos
Acuden á socorrerlos
Librándolos de un terrible
Fin doloroso y siniestro... (11)

.....
Ora en el alto castillo
Torre, ó quinta de recreo
Donde unos jóvenes Duques
Le ofrecen alojamiento,
Dándole bromas pesadas
De esas que erizan el pelo...
Ni su valor se intimida
Ni se obscurece su ingenio.

Allí en la ducal morada
Hay un numeroso séquito
De criadas y criados
Todos de muy buen aspecto,

Hay doncellas revoltosas,
Pajes lindos y traviosos,
Dueñas vetustas, membrudos
Lacayos, guardas, monteros,
Cazadores, mayordomos,
Y por último un ejército
De súbditos que adivinan
Los más mínimos deseos
De la Duquesa y del Duque;
Y como pronto advirtieron
Que estos estaban ganosos
De broma, bulla, y bureo,
Por seguirles la corriente
Tantas farsas discurrieron,
Que sobre el crédulo hidalgo
Y sobre el sandio escudero,
Sin saber cómo ó por dónde,
Las aventuras llovieron.

No creyó jamás el digno
Don Quijote, que era objeto
De cien burlas, antes dando
A cualquier fábula crédito,
Lo que ellos en broma hacían
Él se lo tomaba en serio.
Por eso, desde el instante
En que pisó aquel soberbio
Albergue, donde le agobian
Con equívocos obsequios,
Es su vida un laberinto
De incesantes devaneos,
De revueltas aventuras,
De caóticos sucesos.

Allí traído y llevado
Vé luces, sombras, espectros,
Magos, brujas y jayanes,
Rostros lindos, rostros feos,
Que le aturden, le marean,
Y habrán de sorberle el seso.

.....
.....

LVI

Explicaciones.

Si algunos de los que hojean
El presente ROMANCIERO
La historia de Cide Hamete
Benengeli no leyeron,
Es posible que pregunten
Cómo, y cuándo, y por qué méritos,
Don Quijote y Sancho hallaron
Unos Duques tan benévolos.

Fué el caso, que cierto día
En un verde prado vieron
Á una hermosísima jóven
Que con vistosos arreos,
Sentada en silla de plata
Sobre un palafrén soberbio
Y llevando en una mano
Un azor de mucho mérito,
Por una espaciosa senda
Iba con gentil sosiego
Rodeada de unos cuantos
Cazadores y monteros.

Parecióle á Don Quijote
Que era hermosa como un cielo,
Y al ver su noble apostura
Y su magnífico séquito
La tuvo por gran señora
De altos merecimientos.

Por esta razón, á Sancho
Ordenó fuese ligero
Á ponerse á su mandato
Y á ofrecerla sus respetos
De parte suya; y lo hizo
Sancho con tanto talento,
Y pronunció tal discurso,
Humilde de hinojos puesto,

Diciendo que era enviado
Por el bravo *caballero*
De los Leones, ó sea
Por el valiente y discreto
Don Quijote de la Mancha
De quien él era escudero,
Que recordando la historia
De Cide Hamete, al momento
Ella y el Duque, su esposo,
Gran complacencia sintieron.
—Volved, dice la Duquesa;
Volved, buen Sancho, en un vuelo,
Y decid á vuestro amo,
Que el Duque y yo nos tendremos
Por honrados y felices
Con hablarle y conocerlo,
Aunque ya por cierto libro
Que en mi biblioteca tengo,
La historia de sus hazañas
De cabo á rabo sabemos.

Llevó Sancho muy gozoso
La respuesta al caballero;
Vino éste; se cruzaron
Muchísimos cumplimientos;
Ofreciéronle su casa
Los Duques con grande empeño
Pidiéndole que aceptase
Amistoso alojamiento
Por todo el tiempo posible;
Convino el hidalgo en ello,
Y encaminándose juntos
Los cuatro en fila (pues esto
Solicitaron los Duques),
Iba el buen Sancho muy hueco
Y esponjado, platicando
Graciosamente con ellos,
Mientras su señor decía:
—Dios ponga en su lengua tiento.

LVII

La mansión de los Duques.—Recibimiento.

PARA comenzar la broma
Despachó el Duque un correo
Que á toda la servidumbre
Puso pronto en movimiento:
Por eso cuando llegaron
A su palacio, salieron
Vestidos de gran librea
Dos lacayos, que cogiendo
Suavemente entre sus brazos
A Don Quijote, le hicieron
Descender de Rocinante;
Y al colocarle en el suelo
Dijo uno con voz queda:
—Ayude el gran caballero
A bajar á mi señora
De su hacanea, que eso
A los huéspedes ilustres
Corresponde de derecho.

Quiso hacerlo así el hidalgo;
Mas la Duquesa al momento
Saltó en brazos de su esposo
Exclamando:—No tolero
Que un varón tan eminente
Soporte mi grave peso.

Mientras esto acontecía
Vióse un corredor repleto
De gente, que saludaba,
Agitando sus pañuelos,
Con palmadas y con vítores.
Al famoso aventurero
Sobre el cual ricas esencias
Desde lo alto vertieron.

Hallábanse en un gran patio:
Y al tener en él ingreso

Don Quijote, dos doncellas
Bellísimas le pusieron
Un gran mantón de escarlata
Que le cubrió todo el cuerpo.

Entretanto, Sancho Panza,
Ganoso de aplauso y medros,
Desamparando su rucio
Siguió á la Duquesa intrépido;
Pero como le asaltasen
Algunos remordimientos
Pidió á una dueña que fuese
A cuidar de su jumento.

Mostró la dueña sus uñas
Y con ademán colérico
Alzando la voz le dijo:

—¿Qué es lo que habláis, majadero?
¿Desde cuándo acá las dueñas
Tienen tan viles empleos?

—Desde el día, dice Sancho,
En que otras tales hicieron
Lo propio con Lanzarote,
Que de Bretaña volviendo
Las damas cuidaban del
Y del su rocino enfermo
Dueñas que mil melecinas
A su dicho asno le dieron.

—El asno y el insolente
Sois vos —Contenga su genio,
Que ya la clueca no está
Para tanto cacareo.

—Si soy vieja ó no, al bellaco
Harto de ajos, no tengo
Que dar cuenta; sino á Dios.
¡Habrás visto el grosero!
Si es tan estúpido el amo
Buenos huéspedes tenemos.

Esto dijo en voz muy alta
La dueña; y con tanto fuego
Se expresó, que la Duquesa
Volvióse y dijo:—¿Qué es esto?
¿Quién delante de nosotros
Levanta el gallo? ¿Podremos

Saber quién aquí ha gritado?

—Yo fui, señora.—Lo siento,

Que siempre doña Rodríguez

Fué de prudencia un modelo.

Dígame, pues, lo que pasa.

—Que con encarecimiento

Este hombre me pedía

Cosas que yo hacer no debo.

Quería que á un asno suyo

Agarrara del cabestro

Para llevarlo al pesebre;

Y me puso por ejemplo

Lo que hicieron no sé en donde

Con un señor Lanzareto

O Lanzarote; neguéme

Y él puso á su charla término

Llamándome vieja ó clueca

Que significa lo mismo.

—Eso es un error, sin duda,

Dice la Duquesa; eso

No es verdad, amigo Sancho;

Antes bien digo y sostengo

Que la señora Rodríguez

Es muy moza; y os advierto

Que lleva tocas tan solo

Por causar mayor respeto.

—Lo cual yo también afirmo,

Dice el Duque sonriendo,

Y esté tranquilo el buen Sancho,

Que su asno será puesto

En buen lugar y tratado

De igual suerte que su dueño.

Con estas y otras razones

Quedó apagado el incendio

Y hasta el piso principal

Llegaron todos contentos.

Entonces, con mucho gozo,

Don Quijote y su escudero

De tan soberbia morada

Las mil maravillas vieron.

Todo era lujo y primores

Desde el zócalo hasta el techo:

Artesonados preciosos;
Cortinas de terciopelo
O de damasco, bordadas
De oro; grandes espejos
Y cornucopias; alfombras
Tendidas sobre los suelos;
Lámparas, búcaros, flores,
Olorosos peveteros,
Mesas de mármol talladas,
Divanes, sillones de ébano.....
—Ah! no hay duda que encantado
Debe de estar todo esto,
Dice Sancho á D. Quijote;
Y éste contesta:—Lo creo,
Mas por Dios, Sancho, te pido
Que ante tan altos sujetos
Como son los Duques, hables
Con mucho comedimiento.

LVIII

Muda honesta y necesaria.

RETIRADO con los Duques
Se halla el digno caballero
En una espaciosa sala
Cuyos tabiques cubiertos
Se ven de telas riquísimas
De seda, y brocado espléndido.

Allí están seis seductoras
Doncellas, que con respeto
Acercándose al hidalgo
Le despojan de su yelmo
Y de sus armas, dejándole
En sus estrechos gregüescos
Y en su jubón de gamuza,
Tan alto, tendido y seco
Que la risa juguetona
Les retozaba en el cuerpo;

Y á no ser porque sus amos
Tal demostración prohibieron
Cada cual y todas juntas
Reventáranse riendo.

Hecho el desarme, intentaron
Desnudarle por completo
Mostrándole una camisa
De blanco y delgado lienzo;
Mas él no lo consintió
Diciéndoles, que lo honesto
No estuvo nunca reñido
Con el valor y el denuedo
De un buen caballero andante.
—Yo, sin embargo, la acepto,
Añadió, si se la entregan
A Sancho; y diciendo esto
Pasó con él al instante
A un inmediato aposento
En el cual dicen que estaba
Colocado un rico lecho.

Allí los dos encerrados
Mudó de camisa, y luego
Reprendió á Sancho, diciéndole:
—Ahora que solos nos vemos
Voy á encargarte, Sanchico,
Que mires bien lo que has hecho.
¿Te parece linda cosa
Haber faltado al respeto
A esa veneranda dueña
Por un mísero jumento?
Oye bien lo que te digo:
Todo aquél que tiene empeño
En ser hablador gracioso
Y ocurrente en grado extremo,
Al primer puntapié cae
Y da en truhan sin saberlo.
Por estas y otras razones,
Mil veces te recomiendo
Que ya que aquí hemos venido
A ganar gloria y provecho,
Pues adquirir mayor fama
Y mayor hacienda espero,

No me pongas en ridículo
Mil desatinos diciendo.»

Dejó de hablar Don Quijote
Y humilde el escudero
Le prometió ser prudente
Y hablar muchísimo menos.
—Bien está, dice el hidalgo,
Voy á vestirme corriendo.»

Hízolo así: colocóse
Su gran tahalí sobre el pecho,
Puso en él su espada, émula
De la de Bernardo, y luego
Terció el mantón de escarlata
Sobre los hombros y el cuello;
Y tomando una montera
O cucurucho soberbio
De raso verde, muy verde,
Que las doncellas le dieron,
Se lo encasquetó con gracia
Y salió del aposento.

LIX

Don Quijote en candelero.

CUENTA la historia que el valiente hidalgo
Volvió al salón ufano y satisfecho
Y en él halló otra vez á las donosas
Doncellas, que aguamanos le ofrecieron.
Doce pajes después y un maestresala
Llegaron hasta él con gran respeto
Diciéndole que ya Sus Excelencias
Para comer le aguardan.—Soy con ellos,
Dice al punto; guiad.»

Y con gran pompa
Y majestad, en medio le cogieron
Llevándole á otra sala en donde estaba
Puesta una mesa de elegante aspecto
Para cuatro servicios prevenida,

Pues no pasan de cuatro los cubiertos.
La Duquesa y el Duque muy afables
Hasta la puerta á recibirle fueron
Y con ellos también un eclesiástico
De rostro adusto y de fruncido ceño. (12)
Hiciéronse saludos reverentes
Con graves y corteses rendimientos,
Y acercáronse todos á la mesa
Llevando siempre á D. Quijote en medio.
Mas antes de sentarse quiso el Duque
Que el hidalgo lo hiciese en primer término
Ocupando el sillón de cabecera,
Que él rehusó por el pronto muy modesto.
Si bien á fuerza de rogarle mucho
Obligado se vió á aceptarlo luego.
Tomó asiento por fin; el religioso
Dicen que al punto se sentó frontero,
Y el Duque y la Duquesa á los dos lados
También tomaron á su vez asiento.

Todas estas galantes ceremonias
Contempló Sancho Panza, satisfecho
Al ver el mimo y grande deferencia
De que era el digno Don Quijote objeto.
Y fué tanto su júbilo extremado
Que al oír los cumplidos y los ruegos
Del Duque, sin saber lo que se hacía,
Alzó la voz hablando en estos términos:

—Si sus mercedes su licencia otorgan
Voy á contarles enseguida un cuento
Que pasó en mi lugar, y se refiere
Al asunto *que estamos* discutiendo.

Apenas hubo dicho estas palabras
Miró á Sancho temblando el caballero,
Seguro de que sólo necedades
Iban á oír los príncipes aquellos.

Vióle Sancho, entendióle, y dijo al punto:

—No tema mi señor que sea necio
Habrador en los días de mi vida,
Ni que aquí me desmande; pues á pelo
Han de venir las cosas que yo diga,
Y no olvido un instante los consejos
Que hace poco me dió para que hable

Poco en presencia de tan altos dueños.
—Yo no recuerdo lo que ahora afirmas,
Dí cuanto quieras, pero dilo presto;
Aunque creo en verdad que sus grandezas
Mejor lo harían con echarte luego
Fuera de aquí, pues como eres tonto
Mil patochadas sacarás del cuerpo.
—Eso no, le responde la Duquesa;
Que aquí á mi lado conservarle quiero,
Y por vida del Duque mi marido
Digo que gusto en escucharle tengo,
Pues además de que le quiero mucho
Le tengo por astuto y por discreto.
—Discretos días, dice Sancho Panza,
Disfrute la señora por el crédito
Que de mí tiene, aunque en mí no lo haya,
Y oigan la historia que á contar comienzo.

LX

Otro cuento de Sancho.

Tosió Sancho y escupió
Y así comenzó su cuento:
—Convidó á comer un día
Un hidalgo de mi pueblo,
Muy rico y muy principal,
Pues venía nada menos
Que de los famosos Alamos
De Medina, y casó luego
Con Doña Mencía Quiñones,
Que fué hija, según creo
Recordar, de Don Alonso
De Marañón, caballero
Del hábito de Santiago
Que tuvo un fin muy siniestro,
Pues ahogóse en la Herradura;
Y andando después el tiempo
Hubo gran riña y pendencia

En mi referido pueblo,
Según puede atestiguarlo
Mi señor que me está oyendo,
Y dicen que se halló en ella,
De donde salió maltrecho
Y lisiado, Tomasillo
Apellidado el Travieso,
Que era hijo de Balvastro
O sea maese el herrero....

Suspendió el discurso Sancho
Tomando un poco de aliento
Y mirando á Don Quijote
Le dijo:—¿No es verdad esto,
Señor amo? Por su vida
Dígalo, pues yo deseo
Que los que están escuchando
Relato tan verdadero

Por hablador no me tengan
Ni por mentiroso.—A eso,
Respondióle el eclesiástico,
Os diré que más os tengo
Por hablador, que por torpe
Y desalmado embustero;
Pero de aquí en adelante
Formar juicio me reservo.

—¿Y vuesa merced qué dice?

—Digo, Sancho, que ya has puesto
Tantos testigos, y dado
Tantas señas, que no puedo
Dejar de otorgar que debes
De decir verdad; mas esto
No se opone á que te encargue
Que acortes, por Dios, tu cuento,
Que si así sigues contándole
Para seis días tendremos.

—No ha de acortar tal, exclama
La duquesa haciendo un gesto;
Que por hacerme placer
Lo ha de decir con sus pelos
Y señales, aunque tarde
Seis días, pues serán estos
Los mejores que he llevado

En mi vida; siga el cuento.
—Digo, pues, señores míos,
Prosiguió Sancho en extremo
Regocijado, que éste
Tal hidalgo á quien respeto
Y conozco, cual conozco
A mis manos y á mis dedos,
Porque no hay desde mi casa
A la suya mayor trecho
Que el de un tiro de ballesta,
Y aun creo que ha de haber menos,
Convidó á comer un día,
Cuya fecha no recuerdo,
A un labrador, que era pobre,
Pero honrado.—A lo que veo,
Dijo el grave religioso,
Siempre en un punto estaremos.
Siga, hermano, hacia adelante,
Que de otro modo me temo
No veros pasar, llevando
Hasta el otro mundo el cuento.
—No tema su Reverencia,
Dice Sancho, tal extremo;
Que á menos de la mitad,
Mediante Dios quedar pienso.
Y así, digo, que en llegando
El tal labrador, ligero
A casa del dicho hidalgo
Convidador, que en el cielo
Debe de estar, pues afirman
Los que á su fin asistieron
Que hizo una muerte de un ángel,
Cosa que yo no recuerdo
Porque ausente me encontraba
De mi casa en aquel tiempo,
Porque á segar fui á Tembleque...
—Yo sí que al oírle tiemblo,
Interrumpió el eclesiástico
Que ya estaba verdinegro.
Volved pronto de Tembleque,
Y sin hablar del entierro
Del hidalgo, y sin exequias

Poned á la historia término.
—Es pues, el caso, prosigue
Sancho, que estando dispuestos
Para asentarse á la mesa,
Que parece que los veo
Ahora más que nunca...—¡Vamos
Yo no puedo aguantar esto!

Así cuentan que decía
Para su sotana el clérigo,
Mientras que el buen Don Quijote
Estábase consumiéndolo.
No así los Duques, que alegres
Observaban el efecto
Que la cachaza de Sancho
Producía en el primero.
—Digo, pues, prosiguió el inclito
Narrador; que cuando puestos
Junto á la mesa se hallaron
Los referidos sujetos,
El labrador porfiaba
Con el hidalgo, diciendo
Que á éste le tocaba el sitio
De cabecera; y el bueno
Del hidalgo, sostenía
Lo contrario; y tal empeño
Mostraban el uno y otro
Por endosar áquel puesto,
Que el hidalgo hizo presente
Que era de su casa dueño,
Y que disponer podía
De la mesa y los asientos;
Pero el labrador, que era
Muy cortés y muy modesto,
Todavía porfiaba,
Y no cejó en tal empeño
Hasta que el hidalgo, dando
Muestras de estar muy colérico,
Poniéndole las dos manos
Sobre los hombros, y haciendo
Que se sentara por fuerza,
Le dijo:—No seais memo;
Sentaos, señor majagranzas,

Que sea cual fuere mi asiento
Seré vuestra cabecera;
Y aquí se acaba el suceso
Que no fuera de propósito
Vino, según yo lo creo.»

LXI

La Insula en lontananza.

Aquí dice la crónica verídica
Que cuando Sancho terminó su cuento,
Estaba Don Quijote de la Mancha
Más frito que lo está un pisto manchego.
Los Duques que de Sancho la malicia
Con fruición al instante comprendieron,
Para evitar que diga otros dislates,
Causando más disgusto al caballero,
A la conversación un nuevo giro
Quisieron dar prudentes y discretos.

Preguntó la Duquesa á Don Quijote
Que qué nuevas tenía del objeto
De sus ansias, la hermosa Dulcinea;
Si le había enviado algún recuerdo
Ó presente, de infames malandrines
Ó de gigantes bárbaros y fieros,
Que sin duda venció recientemente;
A lo cual el hidalgo balbuciendo
Dijo:—Señora mía, mis desgracias,
Aunque principio por mí mal tuvieron
No tendrán fin; gigantes he vencido
Y malandrines y follones luego
La envié; pero ¿dónde y cómo pueden
Hallar á mi señora, si hace tiempo
Que encantada se halla y convertida
En labradora fea como un trueno?
—Y sin embargo, observa Sancho Panza,
Yo por hermosa y por gentil la tengo;
Sobre todo si brinca y se coloca.

En una burra con atroz despejo.
—¿La visteis vos acaso ya encantada?
Pregunta el Duque á Sancho.—Ya lo creo,
Replica éste; tan la ví, que en dar
En el tal encantorio fui el primero.
Tan encantada está como mi padre.
—De modo, que según estoy oyendo,
Exclamó á la sazón el eclesiástico,
Estos son Don Quijote y su escudero
De los cuales mención hace aquel libro
Que en esta casa siempre están leyendo
A pesar de mis sanas advertencias!
Oh! que baldón ¡qué caso tan tremendo!
Hablando así se encara con el Duque
Y dice con voz ronca y torbo ceño:
—Vuecencia, señor mío, ha de dar cuenta
A Dios, de lo que ahora viene haciendo
Este desventurado Don Quijote,
Ó Don Tonto, ó Don Diablo del infierno,
A quien Vuecencia engaña y estimula
Para que persevere en ser más memo.
Esto dice, y volviéndose al hidalgo
Vuelve á exclamar con duro menosprecio:
—Y á vos, alma de cántaro, pregunto:
¿Quién os pudo encajar en el cerebro
Que ser pudisteis caballero andante
Y que venceis gigantes ó pigmeos?
Andad enhorabuena, y si teneis
Hijos, cuidadlos como padre tierno;
Y si no los teneis, de vuestra hacienda
Y vuestra casa sed prudente dueño;
Mas no vayais vagando por el mundo
Cazando moscas y papando el fresco
Siendo el hazme reir de cuantos tienen
Ocasión de escucharos y de veros.
¿En dónde, en hora tal, habeis hallado
Que hubo ni hay ahora caballeros
Andantes? ¿Quién os dijo que en España
Hay gigantes? ¿De dónde sacáis eso
De que en la Mancha existan malandrines
Ni damas en forzoso encantamento?
Callad, y ved que ya por vuestra mengua

Tanta mentecatez no tiene ejemplo.
Esto cuentan que dijo el eclesiástico,
Y Don Quijote que le estaba oyendo
Asombrado, impaciente, tembloroso,
Lleno de indignación, de furor lleno,
Tomó á su vez al punto la palabra
Y pronunció un discurso tan enérgico,
Tan elocuente, digno y razonado
Y á la vez tan profundo y tan correcto,
Que á su competidor dejó chiquito
Metiéndole otra vez dentro del cuerpo
Las frases injuriosas que ha soltado
Y las graves ofensas que le ha hecho. (13)

No quiso entonces darse por vencido
El orgulloso padre reverendo
Que fingiendo reir por no mostrarles
Que ya la procesión iba por dentro,
Dijo con sorna: — Noto que os aplaude
Vuestro guapo y dignísimo escudero;
Sin duda será este el Sancho Panza
Que espera de una ínsula el gobierno.
— Ese soy yo: responde el aludido;
Y Dios sabe que bien me la merezco,
Pues cual dice un refrán que nunca miente
No hay más que hacer que «júntate á los buenos
Y serás uno de ellos,» y más vale,
Como dice también otro proverbio,
Llegar á tiempo que rondar un año,»
Y si miro adelante, atrás no quedo,»
Y todo aquel que á buen árbol se arrima
Buena sombra cobijale;» y con esto
Quiero decir que á mi señor me agarro,
Que ambos juntos vivimos y bebemos
Y que gracias á Dios el mundo es grande
Y hallará mi señor en él imperios
Que mandar, y yo ínsulas famosas
Que gobernar. — Y estais tan en lo cierto
Dice el Duque, que yo desde ahora os mando,
En nombre de tan digno caballero,
Como lo es vuestro amo Don Quijote,
Una muy buena que de nones tengo.
— ¿Oyes, Sanchico? exclama el buen hidalgo;

Ya eres gobernador hecho y derecho;
Besa humilde los pies á su Excelencia
Hincando tus rodillas en el suelo.

Hízolo Sancho para dar las gracias
Por aquel no esperado nombramiento;
Mas no pudo decir una palabra
Al ver que el eclesiástico colérico
Dejó su silla y con airado tono
Exclamó:—Por el hábito que tengo
Que estoy por declarar que está Vucencia
Más loco todavía que están ellos.
Me voy de aquí, y en tanto que hospedados
Estén en esta casa, yo no vuelvo;
Que hallándome en la mía, excusaréme
De reprender lo que evitar no puedo.

Estó dijo furioso el eclesiástico,
Y sin oír los amistosos ruegos
De la Duquesa que intentó aplacarle,
Y aun del Duque que quiso detenerlo,
Salió de allí gesticulando solo
Lanzando execratorios juramentos.

LXII

Lavatorios.

—VAYA con Dios, dijo el Duque;
Váyase á dar un paseo,
Que él volverá de seguro
Cuando agote su veneno:
Y vos, señor Don Quijote,
No paseis pena por ello,
Que gentes que llevan faldas
Exigen mucho respeto.
—Es verdad, dice el hidalgo;
Mas no me parece cuerdo
Querer manejar los hombres
Como si fueran muñecos.
Meterse en ajenas vidas

Y en propósitos ajenos
Y dar á quien no los pide
Tan destemplados consejos,
Ni es piadoso, ni es prudente,
Ni es lícito en ningún tiempo.
—Es verdad, añade Sancho;
¿Quién ha dicho al señor clérigo
Todas las cosas que pasan
Entre andantes caballeros?
¿Quién le ha dicho que no existen
Mazmorras y cautiverios
Y encantadores malvados
De que están los libros llenos?
Vinierase aquí hace poco
Uno tan sólo de aquellos
Doce Pares que hubo en Francia,
Y él vería si con estos
Se pueden gastar bromitas
Ni decir mil gatuperios.
—Vituperios, Sancho; habla
Con propiedad.—Es lo mismo.
—Si así te parece, Sancho...
—Dios me entiende, y yo me entiendo.
Y digo por no extenderme,
Y por acabar más presto,
Que el cura que el bien procura
De las almas de los cuerpos,
Debe de ser bondadoso,
Telorante, dulce y bueno,
Sin gruñir á cada instante
Ni ser tan brusco y tan terco
Como (con perdón sea dicho)
Es por condición un cierto
Animal que yo conozco,
Y que aquí nombrar no puedo.»
Perecía la Duquesa
De franca risa, en oyendo
Hablar á Sancho, y teníale
Por hombre de más gracejo
Y más loco que su amo;
Razón por la cual riendo
Gran rato de sobremesa

Pasar gustosos quisieron.
Acabóse la comida,
Los manteles recogieron
Los criados, y al instante
Cuatro doncellas de honesto
Parecer, se presentaron
Delante del caballero.
Una trae fuente de plata,
Otra aguamanil soberbio
También de plata, la otra
Toallas de fino lienzo,
Y finalmente, la cuarta
Con los brazos descubiertos
Muestra en sus manos blanquísimas
Y entre sus pulidos dedos
Una bola de jabón
Napolitano, y haciendo
Todas ellas un saludo,
La primera llevó al cuello
De Don Quijote, su fuente,
Por lo cual el caballero
Juzgando que allí sería
Costumbre de antiguos tiempos,
Estiró la barba al punto
Guardando el mayor silencio.
Vertió la segunda el agua
En la fuente, y con sosiego
Fué jabonando la última
El rostro flaco y moreno
Del pobre señor, que estaba
De blanca espuma cubierto.
Hasta sus ojos y frente
Soportando el aguacero
Y la copiosa nevada
Que crecía por momentos.
Y fué lo más peregrino
Del caso, que estando en esto
Dijo la astuta doncella:
—Venga más agua al momento,
Que estas barbas están duras
Y pelarlas no podremos.»
Salió la que lleva el jarro;

Suspendió el jabonamiento
La barbera; y Don Quijote
Quedó mudo, grave y tieso
Mientras los Duques atónitos
Sentían á un mismo tiempo
Que la cólera y la risa
Retozaban en sus cuerpos
Al ver la extraña figura
Del nevado caballero
Y el temor que demostraban
Las que tal broma le dieron.
Volvió por fin la del agua,
Concluyóse el lavamiento;
La de las toallas puso
También sus manos en juego,
Y enjugándole y limpiándole
Reposadamente, hicieron
Las cuatro una reverencia
Grande y profunda, queriendo
Salir de allí; pero el Duque
Que no siente gran contento,
Pues teme que Don Quijote
Tome por burla lo hecho,
Ordenó que le lavaran
También á él, y entendiéndolo
Su intención, lo jabonaron
Dejándole como nuevo.

Sancho que callado estaba
Observando todo aquello,
Viendo el doble lavatorio,
Dijo para su colete:
—¿Tendrán aquí la costumbre
De hacer con los escuderos
Lo mismo que con los amos?
Porque á ser así, sospecho
Que muy mal no me vendría
Poner en remojo el pelo
De la barba.—¿Qué murmura,
Dice la Duquesa, el bueno
De Sancho?—Digo, señora,
Que según oído tengo,

... DON QUIJOTE DE LA MANCHA ...

En otras partes se lavan
Las manos; y aquí es el cuerpo
O las barbas lo que limpian
Después de comer, y creo
Que más que un trabajo grande
Es un lindo pasatiempo.
—Pues no tengais pena, Sancho,
Que yo gustosa os prometo
Dar orden á mis doncellas
Para que os laven; y luego,
Si es preciso, que en colada
Os metan.—No estoy por eso,
Y por el pronto, señora,
Con las barbas me contento.
Después... Dios dirá.—Esperaos,
Un poco.»

Y llamando luego
Al maestresala, le habla
La Duquesa en estos términos:
—Mirad lo que Sancho pide
Y que sea satisfecho.
—Bien está, venga conmigo
A yantar, y yo le ofrezco
Que será servido en todo
Al pie de la letra.—Bueno,
Id á comer los dos juntos
Y que os haga buen provecho.»

Salió Sancho, y la Duquesa
Suplicó al buen caballero
Que le hiciese algún retrato
De su adorado tormento.
Mas él sacando un suspiro
De lo más hondo del pecho
Dijo que le era imposible
Trazar con pincel maestro
La imagen de una hermosura
Que compite con los cielos.

LXIII

Ceremonias.

Más curiosa la Duquesa
Que nunca, siguió diciendo:
—Bien, mi señor Don Quijote,
Deduzco que sois modesto
En todo, mas yo no os pido
Un retrato verdadero
De la simpar Dulcinea,
Sino tan sólo un bosquejo;
Que por mal que esté pintada
El verla será un consuelo.
—Y yo, señora, lo haría
Gustosísimo en extremo,
Vuelve á decir el hidalgo,
Si el hado cruel y adverso
Borrado no me la hubiera
Del alma no há mucho tiempo.
Figúrense sus grandezas,
Señores míos, que yendo
Días pasados á besarle
Las manos con el objeto
De obtener su bendición,
Logré encontrarla en efecto;
Pero la hallé tan trocada
Que al contarlo el juicio pierdo.
Mi princesa no era ya
Mi princesa, sino el feo
Simulacro de una tosca
Labradora; mi ángel bello
Estaba ya convertido
En un diablo verdadero.
Ya no estaba perfumado
Su tibio agradable aliento;
Que de olorosa en pestífera
Sin saber cómo la han vuelto.

Ya en vez de ser bien hablada
Era rústico su acento,
Y de reposada que era
La ví brincar como un ciervo,
O más bien como una mona
Que se crió en un desierto.
Finalmente, la han trocado
Para darme atroz tormento,
De luz en tiniebla oscura;
De día en noche; de espejo
En un mueble de cocina;
Y de rosa ó clavel bello
En un manojo de espinos
O en vil cardo borriquero.
— ¡Válame Dios! grita el Duque
Grande indignación fingiendo;
¿Quién hizo al mundo ese agravio?
¿Quién esas cosas ha hecho?
— ¿Quién? responde Don Quijote.
— ¡Oh! sí, yo pregunto eso.
— ¿Quién puede ser, sino alguno
De esos mil entes maléficos
Que sin cesar me persiguen
Envidiosos de mis méritos?
Raza vil de encantadores
Que amamantan con sus pechos
Las fieras, yo la maldigo
A la vez que la desprecio
— Eso es justo, le responde
La Duquesa; pero advierto...
— Seguid, señora, os escucho.
— Pues digo que á pesar de esos
Encantadores, el libro
Que describe vuestros hechos
Y vuestro amor acendrado,
Dice, si mal no me acuerdo,
Que jamás vuestra merced
Vió ni habló un solo momento
A esa simpar Dulcinea
Del Toboso; que no es cierto
Que ella viva en otro mundo
Que en el fantástico, y luego

Parece indicar que solo
Fué su existencia un engendro
Que ocupó su fantasía
Y parió su entendimiento,
Revistiéndola más tarde
Con amoroso desvelo
De gracias y perfecciones
Que demuestran grande ingenio
— En eso, señora, hay mucho
Que decir, responde trémulo
El hidalgo, Dios tan sólo
Sabe si es cierto ó no es cierto
Que Dulcinea en el mundo
Esté ó no esté; y si en efecto
Viene á ser ó no fantástica,
Lo que yo sólo sospecho
Es que hay averiguaciones
Que no pueden ir muy lejos.
Ni yo engendré, ni parí
A mi señora, la quiero
Como conviene que sea
Dama que infunda respeto
Por ser hermosa sin tacha;
Grave, sin desdén soberbio;
Amorosa al par que honesta;
Llena de agradecimientos
Por cortés; cortés y afable
Por bien criada; y tras de esto
Alta por su buen linaje
Que acrisola más los méritos
De la hermosura, que un día
Se envolvió en pañales buenos.
— Es verdad, replica el Duque;
Pero en vuestra historia vemos
Que no es noble la señora
Dulcinea. — Y yo contesto,
Vuelve á decir Don Quijote,
Que ella es hija de sus hechos;
Que las virtudes adoban
La sangre, y que en todo tiempo
Se ha de tener por persona
De más elevado precio.

A un humilde virtuoso
Que á un soberbio en zancos puesto.
Cuanto más, que Dulcinea,
Según estudios que he hecho,
Tiene un girón que la hace
Digna de corona y cetro.
—¿Y qué decís del viaje
De Sancho al Toboso?— Eso,
Dice el hidalgo, es dudoso
Por no decir que es incierto.
—Él dice que aechando trigo
Vió á Dulcinea.—Y yo tengo
Por seguro que eran granos
De orientales perlas; siendo
Tal vez, verdad evidenté
Que los magos la pusieron
Ante los ojos de Sancho
Trocada en villana; hecho
Que más tarde ante mí mismo
Vilmente reprodujeron.
Por lo demás, si vió Sancho
O no vió lo del aecho,
Averiguarlo no es fácil
Aunque yo le doy gran crédito.
Porque ya que de él se trata
En conciencia decir debo
Que jamás el mundo ha visto
Un tan gracioso escudero,
Que tenga simplicidades
Tan agudas, y conceptos
Que le hacen pasar por bobo
A la vez que por discreto.
Por esta razón, yo diera
Una ciudad por no verlo
Lejos de mí, y ahora dudo
De si debe ir al gobierno
De esa Insula famosa
Que hace poco le ofrecieron
Sus ilustres señoras
Y yo en el alma agradezco,
Pues se la dan en mi nombre
Y se la ofrece hace tiempo.

—¿Y no temeis que por tonto
Haga imposible el gobierno?
—¿Qué he de temer cuando miro
Gobernar, á tantos necios
Que ni siquiera leer
Sabén? Basta un buen deseo,
Vocación, algo de audacia
Y algún listo consejero.»

.....
Así hablaba con los Duques
El hidalgo, cuando oyeron
Muchas voces y algazara
Que sonaban allá dentro.
—¿Qué pasa? preguntó el Duque,
Y á deshora á Sancho vieron
Entrar en la sala, todo
Asustado y macilento,
Llevando por babador
Un trozo de cernedero,
Mientras que á su alcance vienen
Alborotando y riendo
Mozos, pinches, galopines,
Fregonas y lacayuelos,
Uno de los cuales trae
Un artesoncillo viejo
Con agua de fregar platos
Ó acaso de fregar suelos.
—¿Qué es esto, hermanos? pregunta
La Duquesa; hablad ¿qué es esto?
¿Qué quereis á ese buen mozo?
Desdichados! ¿no estais viendo
Que además de ser mi huésped
Es gobernador electo?
A lo cual responde el pícaro
Que hace veces de barbero:
—Es que no quiere lavarse
Este hombre, cual lo han hecho
Según costumbre, el señor
Mi amo, y el caballero,
Que lo es suyo.—¿Y qué decís
A eso, buen Sancho?—Contesto,
Responde con mucha ira,

— DOZ. CRÉDITE DE V. REVISTA —

Que sí, que lavarme quiero;
Mas no con agua tan sucia
Cual la que está en el barreño,
Ni con trapos de cocina
Tan pringosos ni tan negros.
Yo me hallo limpio de barbas,
Y necesidad no tengo
De que nadie á escamondarme
Venga como á un árbol viejo,
Ni á ofrecerme con sus manos
Puercas, tales refrigerios.
Así, pues, juro y perjuro,
Haciendo el acatamiento
Debido, que en cuanto alguien
Me venga á tomar el pelo,
Le dejo el puño engastado
En la tapa de los sesos;
Que estas tales cirimonias
Y jabonaduras, creo
Tienen mucho más de burlas
Que de gasajos honestos.
Esto dijo Sancho Panza;
Habló Don Quijote luego;
Echó un sermón la Duquesa:
Púsose el Duque muy serio
Y la picaresca grey
De pinches y cocineros.
Se alejó de allí al instante
Guardando mucho silencio
Después de quitar á Sancho
Lo que llevaba en el cuello.
Y según cuentan las crónicas
Sancho se acercó al momento
A la Duquesa, y doblando
Ambas rodillas, con cierto
Ademán, y cierto tono
Un tanto caballerescos,
Dijo:—De grandes señoras
Nacidas en altos puestos,
Grandes mercedes se esperan,
Y esta que hoy me habeis fecho
Regañando á los felones

Que de mí tal mofa hicieron,
No podré pagarla nunca,
Aunque viva mucho tiempo,
Sino es con desear
Verme armado caballero
Andante, para servirla
Y serle fiel como un perro.
Soy labrador, y me llamo
Sancho Panza el escudero;
Casado soy, tengo hijos
Que me quieren con extremo.
Si con todas estas partes
Algo valgo y algo puedo,
Mándeme su señoría,
Que yo seré más ligero
En obedecer su orden
Que vos en dar el decreto.»

Dice Sancho, y la Duquesa
Que al verle está pereciendo
De risa, responde:—Alzas
Buen Sancho, que según veo
Aprendido habeis á ser
Cortés en un grado extremo.
Bien se vé que Don Quijote
Que es de urbanidad ejemplo
Y de finura un tesoro,
Os ha criado á sus pechos.
Basta ya de cirimonias
Como vos decís, yo ofrezco
Persuadir al señor Duque,
Para que os haga muy presto
Gobernador de la Insula
Barataria, que así pienso
Que se llama; y pues el Duque
Mi señor, y el amo vuestro
Parece que están tratando
De irse á sus aposentos
Para descansar un poco,
Yo os invito y os espero
A pasar con mis doncellas
Y conmigo, todo el tiempo
Que dure la siesta, hablando

En un salón que hay muy fresco.
—Bien está, responde Sancho;
Que aunque yo descansar suelo
Dos ó tres ó cuatro horas
Después de comer, contento
Iré al instante á buscarla
Por dar gusto á sus deseos.»

LXIV

Glorias y percances.

No hay que decir que á la cita
Acudió el amigo Sancho,
Ni que con él la Duquesa
Pasó un excelente rato.
Las grandes bellaquerías
Del escudero taimado
Le daban la preferencia
Sobre el ingenioso hidalgo.
Ambos son, si bien se miran,
Elementos encontrados:
Don Quijote todo espíritu
Y todo materia Sancho.
Este busca en el presente
Sus futuros adelantos,
Y aquel vive en el pretérito
Su amor triste acariciando.
Por esta razón, á costa
Del señor medró el criado,
Que al hablar con la Duquesa
Hizo traición á su amo
Diciendo que está demente,
Que es un necio, un mentecato
Y que aquello del Toboso
Fué embuste, trápala, engaño,
Pues nunca vió á Dulcinea,
Ni ésta existe, ni hubo encanto,
Ni ver pudo Don Quijote

A su tormento adorado
Dentro de la cueva oscura
De Montesinos, trotando
Sobre su gran cacanea
Pidiéndole al fin y al cabo
Que á cuenta de un faldellín
Le prestara unos ochavos.

Estas y otras muchas cosas
Referentes á su amo
Contó á la curiosa dama
Y á las doncellas, con tantos
Requilorios, reticencias,
Misterios, protestas, vanos
Alardes de hipocresía,
Y en medio de tal chubasco
De refranes, que la risa
Brotaba en todos los labios.
Y fué lo más sorprendente
De tal cosa y de tal caso,
Que cuando él con firmeza
Negaba lo del cambiazo
De Dulcinea, diciendo
Que él fué el autor del encanto,
La Duquesa le hizo ver
Que habiendo en el mundo magos,
Tal vez le hicieron la víctima
De algún misterioso engaño
Haciéndole ver villanas
En vez de damas de rango,
Para que se confesase
Engañador, no engañado.
— Bien puede ser, dice el pobre
Poco menos que temblando;
Y si mi señor supiera
Que yo traté de embromarlo
Con aquellas labradoras
Dándole liebre por gato...
Es decir, gata por liebre,
Temo que á fuerza de palos
Me pondría hecho una úlcera
Lo mismo que está un San Lázaro.
— Eso no, contesta al punto

La Duquesa, que aquí estamos
Para negar todas juntas
Cuanto esta tarde ha pasado;
Y yo haré que el señor Duque
Mi marido, os ponga á salvo
Nombrándoos gobernador;
Que en obteniendo ese cargo
No habrá quien pueda toseros
Ni haceros el menor daño,
Aunque cometido hubiérais
Algunos desaguizados.»

.....
Acabóse al fin la plática,
Retiróse luego Sancho,
Y la Duquesa al momento
Dió cuenta al Duque de cuanto
Pasó y se habló; se rieron
Mucho, y juntos ponderaron
Como era consiguiente
La simplicidad de Sancho
Que ahora está muy convencido
De que es verdad el encanto
De Dulcinea, sabiendo
Toda la verdad del caso
Y que él fué el encantador
Y el embustero bellaco.

Por esta razón, quisieron,
Para divertirse ambos,
Seguir la broma adelante
Sin que lleguen á notarlo
Ni á darse por ofendidos
Don Quijote y su criado.
Pasáronse cinco días
Y al sexto se los llevaron
A caza de montería
Con tantísimo aparato
Que no llevara más gente
Cualquier rey coronado.
Diéronle al buen caballero
Un traje de monte, á Sancho
Otro verde de finísimo
Y costosísimo paño

Con el cual el escudero
Se creyó regenerado.

Partieron todos, y á un bosque
Grande y espeso llegaron
Con Don Quijote que iba
Hasta los dientes armado,
Llevando cortés las riendas,
Según costumbres de antaño,
Del palafren en que iba
La Duquesa; y rezagado
Caminaba Sancho Panza
Subido sobre su asno,
Pues admitir no ha querido
Un magnífico caballo
Con que los palafreneros
Préviamente le brindaron,
Ya por orden de los Duques
O ya por probar sus ánimos.

Finalmente, cuando todos
Los puestos fueron tomados
Y en paranzas y veredas
Las gentes se colocaron,
Se dió comienzo á la caza.
Ensoberdecíose el espacio
Con el son de las bocinas,
Los relinchos, los cercanos
Ladridos, y el vocerío
De monteros y lacayos.
Apeóse la Duquesa
Blandiendo agudo venablo
Y Don Quijote y el Duque
Se pusieron á ambos lados.
Quedóse atrás Sancho Panza
Siempre en su rucio montado,
Pues temiendo algún desmán
No quiere desampararlo.
Al lado de sus señores
Pónense muchos criados:
Y apenas sucede esto,
Por los perros acosado,
Seguido de cazadores,
Los colmillos aguzando

Y vertiendo blanca espuma,
Ven llegar furioso y rápido
A un terrible jabalí
De cuerpo desmesurado.

No bien lo vió Don Quijote
Sacó su espada, embrazando
Su escudo, y corrió á su encuentro
Con marcial desembarazo.
Imitóle al punto el Duque
Previniendo su venablo,
Y la Duquesa quería
Adelantarles los pasos;
Mas no lo permite el Duque
Viendo el terrible tamaño
De la fiera, que venía
Ramas y arbustos tronchando.
Finalmente, todos ellos
Se portaban como bravos
Sin notar que á Sancho Panza
Le sucedía un fracaso
Y que daba lastimeros
Quejidos lleno de espanto.

Fué el caso que al ver con ojos
De aumento aquel espectáculo,
Y al notar que el jabalí
Por allí viene avanzando,
Se figuró que ya estaba
Tan cerca, tan inmediato,
Que con sólo dar un brinco
Iba al punto á destrozarlo.
Por esta razón, haciendo
Un esfuerzo soberano
Se puso de pie en el rucio,
Y más saltarín que un gato
Quiso luego encaramarse
Hasta la copa de un árbol
Que dicen que era una encina
O alcornoque centenario;
Y ya muy cerca se hallaba
De trepar hasta lo alto
Cuando se tronchó una rama
Viniéndose el pobre abajo;

Mas no á tierra, pues cogiéndole
Otra rama por el sayo
Verde que estrenó aquel día
Quedó el infeliz colgado
Temiendo que se rasgara
Esta prenda, y fuera pasto
Del jabalí que con furia
Allí le haría pedazos.
Por esta razón chillaba
Pidiendo auxilio y amparo
Sin que en el primer momento
Viese nadie su quebranto.

LXV

El programa de Sancho.

Viole por fin Don Quijote:
Le vió que cabeza abajo
Y apoyando en el jumento,
Que estaba inmóvil, las manos,
Sin poder dejar la encina
Le estaba á voces llamando.
Llegó, descolgóle y díjole:
—Terrible susto has pasado.
Para ser gobernador
No te faltan lindos ánimos...
Buen siete, buen siete hiciste
Hoy en tu flamante sayo.
Mientras esto sucedía
Al jabalí remataron
Entre todos, y poniéndole
Sobre una acémila ó macho,
Lleváronle como en triunfo
Cubierto de verdes ramos
De mirtos y de romero
A un paraje en donde alzaron
Previamente grandes tiendas
De campaña, colocando

En ellas mesas y asientos
Según los que han de ocuparlos.

Estaba ya la comida
Aderezada con tanto
Primor y stuntuosidad
Que daba gusto al olfato
Y honor á los anfitriones
Dignos de loa y aplauso.

Llegáronse á donde estaban
Los Duques, y dijo Sancho
Enseñando á la Duquesa
Los girones de su saco:
—Si esta caza fuera solo
De conejos ó de pájaros
No se viera mi vestido
Tan roto y averiado.

Yo no sé qué gusto tienen
En privar á los jabatos
De su padre ó de su abuelo
Que pueden de un colmillazo
Dejar seco á cualquier prójimo
O prójima; y está claro
Aquel cantar ó romance
Que aprendí siendo muchacho
Y dice al pie de la letra
Según lo voy recordando:

*De los osos seas comido
Como Favila el nombrado.*

—Ese Favila fué un rey
Godo, responde el hidalgo,
Que yendo de montería
O de caza, fué cazado
Y comido por un oso
Que fué un cazar aciago.

—Eso es lo que yo digo,
Observa triunfante Sancho;
Que yo no sé cómo hay reyes
Y príncipes temerarios
Que á semejantes peligros
Se expongan por dar mal rato
Y matar á un animal
Que nunca les hizo daño.

—En eso, replica el Duque
No vais bien encaminado,
Que la caza es viva imagen
Y provechoso retrato
De la guerra, en donde un hombre
Aprende á ser fuerte, bravo,
Prudente, astuto, ligero,
Gentil y determinado.
Por estas y otras razones
Que por ser breve me callo,
Espero que cuando estéis
La Insula gobernando
Cambiaréis vuestra opinión
Haciéndoos aficionado
A cazar.—No por mi vida,
No haré tal, replica Sancho;
El gobernador la pierna
Quebrada y en casa, dando
Nobles ejemplos á todos.
¡Buena fuera que cansados
Llegaran los negociantes
A pedir favor, amparo,
Y justicia, y él se hallara
Por esos montes holgando!
La caza y los pasatiempos
Son para desocupados
Holgazanes, y el gobierno
Para entregarse al trabajo
Y al estudio de las cosas
Con muchísimo cuidado.
Si algo pienso entretenerme,
Para descansar un rato
Cuando sea gobernador
Y me confirmen el cargo,
Será, si Dios no lo impide,
Jugar al triunfo envidado
Las pascuas, y los domingos
A los bolos, sin que en tanto
Se me ofrezcan los peligros
De estas cazas ó estos cazos,
Que á mi condición se oponen
Y á mi concencia hacen daño.

— DON QUICHOTE DE LA MANCHA —

— DON QUIJOTE DE LA MANCHA — SEGUNDA PARTE —

Por lo demás, según creo
Haberles manifestado,
Yo quiero que todo el mundo,
Al mirar como yo ando
Y que mi vara no tuerzo,
Ande más tieso que un ajo.
Perseguiré á los que fueren
Viciosos y mal hablados,
Embusteros y bribones
O pediguñeos y vagos.
Protegeré á los que sean
Trabajadores y honrados
Sin que la lisonja venga
A alborotarme los cascos.
Esto digo y esto ofrezco:
Caiga yo si tal no hago.
—Plega á Dios, contesta el Duque,
Que hagais lo que estáis pensando;
Que siempre del dicho al hecho
Hay gran trecho.—No rechazo
Esa verdad; pero haya
Lo que hubiere, añáde Sancho,
Al buen pagador, no duelen
Prendas, y es justo y exacto
Aquello de «que más vale
Al que Dios ayuda dando
Está, que aquél que madruga
Mucho y se viste temprano.
Tripas llevan pies, que no
Pies á tripas, y declaro
Que si Dios quiere ayudarme
Y yo lo que debo hago,
Gobernaré con más maña
Que un gerifalte, y si acaso
Ponen en duda mis dichos
Y mis hechos y mis autos,
Pónganme el dedo en la boca
Para ver si se lo mamo.
—Maldito seas mil veces,
Dice Don Quijote airado;
Maldito de Dios, maldito
También de todos los santos!

— DON QUIJOTE DE LA MANCHA — SEGUNDA PARTE —

¿Será posible que nunca
Sueltes un solo vocablo
Sin encajar cien refranes
Que jamás vienen al caso?
Niéguese vuestras mercedes
A oírle, que son ya tantos
Los disparates que suelta
Que no hay medio de aguantarlos.
—No tal, dice la Duquesa;
Hable cuanto quiera Sancho,
Que aunque sus refranes sean
No muy bien acomodados
Yo tengo gusto en saberlos.
Y de escuchar no me canso
Su programa de gobierno
Que así hubiera más de cuatro.»
Con estas y otras cien pláticas
Y unos paseos muy gratos,
Vieron que el sol poco á poco
Se fué hundiendo en el ocaso.

.....

LXVI

Apariciones.

LA noche está clara,
Callado está el viento,
La inmensa arboleda
Sumida en silencio;
Mas ¡ah! de repente
Se ve que á lo lejos,
Cual si pasto fuese
De terrible incendio,
El bosque se inunda
De vivos reflejos.
Después mil cornetas
Y mil instrumentos
Marciales, producen

Pavoroso estruendo,
Parece que cruzan
Todos los linderos
Grandes escuadrones,
Numeroso ejército
Que á pie ó á caballo
Están ya dispuestos
A entrar furibundos
En combate fiero.
Retumban tambores
Suenan trompas luego,
Pifanos, clarines,
Con clamores bélicos;
Mil gritos de guerra
Se escuchan á un tiempo
Y con tanta prisa
Y con tal estrépito,
Que el bosque se trueca
En un mongibelo.

El Duque se pasma,
La Duquesa haciendo
Visajes, parece
Que tiene suspenso
El ánimo; el bravo
Gentil caballero,
Se muestra admirado
Al ver tal suceso;
Tiembla Sancho Panza
Con todos sus miembros,
Y hasta los que estaban
Previamente impuestos
En lo que acordado
Tenían sus dueños,
Parece que sienten
Pavor en sus pechos.

De pronto se acerca
Tocando un gran cuerno
Que espanto produce
Con sus roncocos ecos,
Postillón que viste
De demonio, y luego
Que llegó allí cerca

— BOFACIO DEL ENCANTADO HOMBRE —

Se paró un momento.
—¿Qué buscáis? pregunta
El Duque muy serio;
¿Qué gentes son esas,
Hermano correo?
¿Quién sois?—Soy el diablo!
Responde altanero
El interpelado
Con terrible acento.
Al gran Don Quijote
De la Mancha, vengo
Buscando, y al verle
Declararle debo
Que seis grandes tropas
Me vienen siguiendo.
Son encantadores
Y magos soberbios
Que en carro triunfante
Con lucido séquito,
Traen á Dulcinea
Del Toboso, siendo
El que la acompaña
En su encantamento
El gran Montesinos
Que viene dispuesto
A decir al bravo
Y noble manchego,
Por ser muy amigos
Que há poco se vieron,
El modo y manera
De lograr muy presto
El desencantarla
Y sacarla luego
De la horrible sima
Do un mago la ha puesto.
—Si vos fuéseis diablo,
Dice sonriendo
El Duque, pudiérais
Ver al tal sujeto
Que teneis delante.
—Decís bien, es cierto;
Respondele el diablo;

Mas yo no dí en ello,
Porque ya son tantas
Y son tan diversos
Las ocupaciones
Y cargos que tengo,
Que ando distraido;
De nada me acuerdo.
Mas ya que os he visto,
Noble caballero
De los Leones (véate
Yo en las garras de ellos),
Digo que te esperes
Aquí unos momentos;
Que ya Montesinos
Se acerca, trayendo
A tu Dulcinea
Con el solo objeto
De manifestarte
Cómo y por qué medios
Lograrás sacarla
De su encantamento.
Y pues ya te he dicho
Por qué aquí me acerco,
Queden los demonios
Contigo; y con estos
Amables señores
Los ángeles buenos.
Esto el diablo dice,
Y tocando el cuerno
Vuelve las espaldas
Y se va ligero
Quedando el hidalgo
Confuso y perplejo,
Y el buen Sancho Panza
Asustado y trémulo
Al ver que ha mentido
Estando en lo cierto.
—Y bien, dice el Duque;
¿Piensa el caballero
Esperar que vengan
Los magos perversos?
—Oh! sí, le contesta

El audaz manchego;
Yo aguardo á pie firme
Con ánimo intrépido
Aunque me amenace
Airado el infierno.»

Cerró más la noche
Y por los diversos
Parajes del bosque
Pronto discurrieron
Mil errantes luces
Que iban corriendo
Como exhalaciones
Que cruzan los cielos.
Tornaron á oirse
Los rumores bélicos,
Trompas y bocinas,
Pífanos y cuernos,
Y el chirrío agudo
Áspero y grosero
Que fórman las ruedas
Macizas de aquellos
Carros que se llaman
De violín manchego.
Y en tanto, en los últimos
Lindes del inmenso
Bosque, se escuchaba
El horrible estrépito
De rudas batallas,
De atroces encuentros
En que á destrozarse
Iban cuatro cuerpos
De furiosas tropas
Lanzando los truenos
De la artillería
Y cientos y cientos
Tiros de escopeta
Que el espacio hendieron.

Después los ruidos
Que van en aumento
Se aproximan, llegan,
Y el buen caballero
Siente que se erizan

Todos sus cabellos,
En tanto que Sancho
Falto ya de alientos,
Desmayado cae
Cual si fuese un leño,
Sobre la Duquesa
Que ordenó al momento
Le arrojasen agua
En el rostro; y luego
Que á la vida vuelve
Vé el pobre con miedo
Que un carro espantoso
De lúgubre aspecto,
Tirado por bueyes
Pesados y gruesos
Que en las astas llevan
Hachones ardiendo,
Y que lleva luces
Por fuera y por dentro,
Avanza despacio
Con paso muy lento
Llevando delante
Dos diablos horrendos.
Y allá en lo más alto
Se vislumbra un viejo
Con barba nevada
Que le cubre el pecho,
Y que está sentado
Sobre un trono negro.

LXVII

Desencanto en perspectiva.

LLEGÓ al fin el carro,
Y el barbudo haciendo
Una cortesía
Dijo con acento
Destemplado y rudo:

—Yo soy Lirgandeo
El Sabio; y callóse
Y volvió á su asiento.

0180
Siguióle otro carro
Igual al primero,
Y el entronizado,
Que era también viejo,
Exclamó:—Yo soy
Alquife el Benévolo
Amigo de Urganda
Que llamar solemos
La desconocida, y—
Dijo, fuese; y luego
Se acercó otro carro,
Y el que estaba dentro
Exclamó con énfasis
Y rugiente acento:
—Yo soy Arcalaus,
Enemigo acérrimo
De Amadís de Gaula
Y todos sus dentos.

Cesaron al punto
Que pasaron ellos
Los fuertes rumores;
Y oyóse al momento
Dulce melodía
Que ensanchó los pechos,
Haciendo que Sancho
Recobrase alientos.

—Esto, mi señora,
Dijo, es grato agüero,
Que allí donde hay música
Todo ha de ser bueno.

0181
—Eso, Sancho amigo,
Es lo que deseo,
Dice la Duquesa
Con rostro risueño,
Mientras Don Quijote
Que está muy inquieto
Con ansia repite:

—Veremos, veremos,
Que juzgo que el monte

No es hoy todo orégano.

Así platicaban
Cuando cerca vieron
Un carro magnífico,
Muy grande y muy bello,
Cubierto de oro
Y de blancos velos
Bordados de plata;
Llevando en su centro
Una ninfa hermosa
Cuyo rostro angélico
Ocultan cendales
De tules espesos
Que no obstante dejan
Apreciar los méritos
De aquella belleza
Bajada del cielo
Que tendrá tan solo
Tres lustros y medio.
Viene al lado suyo
Guardando silencio,
Sentada en las gradas
De su trono espléndido,
Inmóvil figura
Que cubre su cuerpo
Con ropas que llaman
Rozagantes, siendo
Su tocado un triste
Y enlutado velo.

De pronto se pára
Al llegar al puesto
La triunfal carroza
Con los que van dentro;
La música cesa,
Impera el silencio,
Y aquella figura
Dejando su asiento
Aparta sus ropas,
Arranca su velo
Y queda trocada
En flaco esqueleto,
Y en hórrida muerte

Que infunde gran miedo,
Sobre todo á Sancho
Que se cose al cuerpo
De su protectora,
Temblando y gimiendo.

Entretanto rompe
La muerte el silencio
Y un breve discurso
Enjareta en verso.

— Yo soy Merlin, dice;
Yo soy el engendro
Del diablo (mentira
Que hoy rechazar quiero
Aunque la autoricen
Los pasados tiempos.)
Yo soy aquel sabio
Protector benévolo
De muchos andantes
Bravos caballeros
A quienes cariño
Tuve y aun les tengo.
Por estas razones
Y escuchando el ruego
De esta tobosina
Beldad con quien vengo,
Consulté mis libros,
Y por ellos veo,
Noble y valeroso
Don Quijote, espejo,
Gloria, orgullo y nata
De tu patrio suelo;
Que tu Dulcinea,
Angel puro y bello,
Trocada en villana
Por un bribonzuelo
A quien yo conozco
Y nombrar no quiero,
Jamás será libre
De su encantamento
Si ese Sancho Panza,
Tu antiguo escudero,
No se aplica antes

Tres mil y trescientos
Azotes bien dados
Y bastante recios
En sus posaderas
Siempre descubierto
El sitio en que pegue;
Pues de no hacer eso,
De modo que quede
Dolorido el cuerpo
Y algo desquiciados
Los cuartos traseros,
Durará el encanto
Muchísimo tiempo.

LXVIII

Protestas.

No bien el sabio Merlín
Su discurso concluyó
Cuando Sancho enfurecido
Dijo elevando la voz:
—Voto á tal, que lo que oigo
Es cosa que causa horror.
No digo tres mil azotes,
Pero así me daré yo
Tres, como tres puñaladas.
¡Vaya un desencantador!
¿Qué tienen que ver mis pobres
Posaderas, ahora con
Los tales encantamientos?
¿Qué tienen que ver? Por Dios
Que si ese señor Merlín
No encuentra un medio mejor
Para hacer el desencanto,
Ella estará un siglo ú dos
Encantada, cual lo está
La madre que me parió.
—Eso será si yo os dejo,

Dice con mucho calor
Indignado el caballero
Ante tal contestación.
¿No advertís vos, Don Villano,
Harto de ajos, que yo
Amarrar os puedo al tronco
De un árbol y con primor,
Desnudo como nacisteis,
Doblaros esa ración
De azotes? ¿No véis, ingrato,
Que os voy á dar voto á bríos!
No digo tres mil trescientos,
Que ya una bicoca son,
Sino seis mil y seiscientos
Tan bien pegados, que no
Se os caigan á otros tres mil
Trescientos tirones? Y hoy
No me repliqueis palabra
Porque os mato como hay Dios.

Oyendo lo cual Merlín
Dijo:—Estáis en un error,
Que los azotes que Sancho
Se ha de dar sin compasión
Tienen que ser voluntarios
Y no por fuerza mayor,
Sin que se le imponga término
Para la flagelación,
A no ser que él se prestara,
Por creer que era mejor,
A que ajena mano quiera
Redimir su vejación;
En cuyo caso se advierte
Que será mucho menor
El número de los golpes,
Puesto que ya se acordó
Que ha de quedar reducido
A la mitad, si esa acción
Encomienda complaciente
A extraño vapulador
Aunque algo pesadas sean
Sus manos y su intención.
—Pues yo juro, advierte Sancho,

Que á mi parte posterior
No ha de llegar mano alguna
Propia ni ajena; que estoy
Decidido á defenderme
De todo ataque traidor;
Y que al primero que llegue
Le partiré de una coz.
¿Parí yo ni di papilla,
Ni le puse viberón
A esa señora que llaman
Dulcinea del Tobo...?
Azótese en hora buena
Por ella aquel que sé yo,
Puesto que él jura y perjura
Que es su vida y es su amor
Y que la tiene metida
Dentro de su corazón.
Azótese y desencántela
Mi enamorado señor;
No pidan al olmo peras,
Que eso es injusto y atroz,
Y no quiere Sancho Panza
Ser de su cuerpo sayón
Lastimándose las carnes
Por una... á quien nunca vió.
No bien Sancho dijo esto
Con mucha resolución,
Cuando la argentada ninfa
Sobre su trono se irguió
Y separando su velo
Transparente, con fervor
Mostrando su bello rostro
Que á todos bien pareció,
Dijo con gran desenfado
Y varonil decisión
Encarándose con Sancho:
—No esperaba menos yo,
Escudero maldecido,
De tu ruin condición.
Alma de cántaro, entrañas
De pedernal, saltéador,
Desuellacaras, malvado,

¿Que es lo que se te pidió?
Si te mandaran tirarte
De altísimo torreón,
O comerte una docena
De sapos, con otras dos
De lagartos, y otras tres
De culebras; si feroz
Consejero te inclinara
A matar sin compasión
A tu mujer y á tus hijos
Con alfanje cortador
Y truculento, no fuera
Maravilla; ¡oh vil ladrón!
Que estuvieras melindroso
Y hasta lleno de estupor.
Pero hacer caso de una
Friolerilla, como es hoy
Lo que te piden; negarte
A ser mi libertador
Por un puñado de azotes,
Que no han de llegar á dos
Después de tres mil trescientos,
Es la más cobarde acción.
¿Qué niño doctrino lleva
En un mes tunda menor?
Ven, animal de bellota,
Ven, repito, ven y pon
Esos ojos de mochuelo
Espantadizo en la flor
De mi hermosura, y verás
Cuánta es ella y cuánto yo
Sufro en este encantamento
Donde me puso un bribón.
Debajo de la corteza
Vivo ¡ay de mí! con dolor
De una rústica aldeana,
Tú sabes por qué razón;
Y si ahora no lo parezco
Y aquí vine tal cual soy
Es porque el señor Merlín
A mí estado me tornó
Por probar si mi belleza

Te inspiraba algún amor.
Compadécete, malvado;
Ten piedad de mí, bestión
Indómito, date, date
En esas carnazas, que hoy
Para ser conmigo amable
Se te presenta ocasión.
Y si por mí no lo hicieres,
Hazlo por tu buen señor
Que está á tu lado escuchando
Esta triste relación
Con el alma atravesada
En la garganta y sin voz
Esperando compungido
Tu postrer resolución.»

Esto dijo la encantada
Beldad, y al punto llevó
El caballero su mano
Al cuello, y con gran fervor
Dijo al Duque:—¡Por Dios santo!
Juro que tiene razón
Dulcinea; que aquí mismo
Mi alma se atarugó
Como si fuera una nuez
De ballesta. ¡Oh! ¡qué dolor!»

LXIX

Avenencia.

—Y vos ¿qué decis á esto?
La Duquesa preguntó
A Sancho.—Digo, señora,
Replica éste, que estoy
Dispuesto á no darme azotes
Aunque lo mandárais vos.
¿Son por ventura mis carnes
De bronce? ¿Qué tengo yo
Que ver con que esa señora

Quede mejor ó peor?
¿Que esté presa ó no esté presa?
¿Que se desencante ó no?
Valiera más que pidiese
Lo que parezca mejor
Sin usar esos boquiblos
Con tan poca educación.
¿Qué regalos y presentes
Me trujo? ¿qué me ofreció
Más que insultos y fierezas
Todos de marca mayor?
Ella me llama mochuelo,
Ella me llama bestión
Indómito, alma de cántaro,
Bruto, animal, salteador,
Alcornoque, vil, malvado,
Desuellacaras, ladrón,
Y otras mil y mil lindezas;
Mientras mi amo y señor,
Que ahora halagarme debiera,
Hace poco me ofreció
Atarme desnudo á un árbol
Para darme un palizón.
Y al decir esto se olvidan
De algún refrán español,
Sabiendo como ellos saben
Y como bien lo sé yo,
Que un asno cargado de oro
Sube la cuesta mayor;
Y que dádivas quebrantan
Peñas; y que siempre á Dios
Rogando y con mazo dando;
Y que viene á ser mejor
Un toma que dos daretos,
Y que más se caza con
Miel que con hiel; y que al cabo
Soy ya más gobernador
Que escudero. Aprendan, pues,
A tener educación,
Sobre todo cuando vengan
A pedir algún favor.
Y tengan, tengan presente

Que ahora reventando estoy
De pena, viendo en mi sayo
Verde, tamaño girón.
Bueno, bueno, estoy ahora
Para azotarme».....

.....Dejó
De hablar Sancho, y al instante
El Duque alzando la voz
Replicóle:—Pues declaro,
Amigo Sancho, que yo
No enviaré á mis insulanos
Un malvado dictador
Que se haga sordo á las súplicas
Al llanto y á la aflicción
De la doncellez, echando
En saco roto, la voz
De sabios encantadores
Que acaso miran por vos
Más de lo que vos pensáis;
Y os afirmó en conclusión
Que ó vos tenéis que azotaros,
O os han de azotar, ó no
Seréis en toda la vida
Nombrado gobernador.
—Si al menos, replica Sancho,
Me diesen un día ó dos
Para consultar conmigo
Lo que estuviera mejor...
—Eso no, de ningún modo,
Merlín airado gritó,
Que en este punto, ahora mismo,
Se ha de arreglar la cuestión.
O Dulcinea se vuelve
A la cueva del señor
Montesinos, convertida
En horrible mascarón
Villanesco, ó la conduzco
Tal como está en mi veloz
Carroza, hendiendo el espacio
Llena de satisfacción,
Hasta los campos Eliseos
Donde esperará en mejor

Alojamiento, que acabe
Sancho su maceración.
—Sí, sí, dice la Duquesa,
Vos habláis con gran primor.
Vamos, Sancho, vamos, hijo,
Ya no más vacilación.
Por el pan que habéis comido
De vuestro digno señor
Don Quijote, á quien debemos
Cariño y admiración,
Haced algún sacrificio,
No le rechacéis por Dios;
Dad el sí de esta azotaina;
Vaya el diablo á su rincón;
Que un buen corazón quebranta
Mala ventura cual vos
Sabéis»

..... Calló la Duquesa
Y Sancho Panza dobló
La hoja, diciendo al viejo
Merlín, con turbada voz:
—Cuando aquí vino aquel diablo
Correo, á mi amo dió
Cuenta de que Montesinos
Llegaba á darnos razón
De cómo y de qué manera
Se lograría mejor
El desencanto.—Y yo digo
Que estáis tocando el violón,
Responde Merlín; que el diablo
Es ignorante, hablador,
Y embustero; si aquí estuvo
Fué por enviarle yo;
Que Montesinos se halla
Encantado en el rincón
De su cueva; así, pues, Sancho,
Hacednos el gran favor
De dar el sí que esperamos
Y que ha de ser para vos
Conveniente y provechoso,
Pues tenéis la complexión
Sanguínea, y sacaros algo

De sangre, os pondrá mejor
El cuerpo; que en cuanto al alma
Nada digo, puesto que hoy
Por bueno y caritativo
Lograréis la salvación.

— Muchos médicos y tólogos,
Dice Sancho, he visto yo
Por el mundo; pero nunca
Creí que fuera doctor
Un mago; en fin, todos dicen
Que estoy en la obligación
De vapularme, y no quiero
Seguir diciendo que no.
Me daré tres mil trescientos
Azotes (azotes son!)
Mas con estas condiciones:
Que habré de dármelos yo
Cada y cuando bien quisiere
Sin que ajena intromisión
Me ponga tasa en los días
Ni en el tiempo, aunque yo doy
Palabra de hacer que pronto
Se pueda peinar al sol
Mi señora Dulcinea
Que hoy me parece mejor
Que yo me la imaginaba;
Y es precisa condición
También, que no he de sacarme
Jamás lleno de furor
Sangre con las disciplinas,
Y si hay azotes que son
A manera de mosqueo,
Por faltarme á lo mejor
Las fuerzas, han de tomármelos
En cuenta con precisión.
Item más: que si me errare
En el número, el señor
Merlín que lo sabe todo
Los cuente con precaución
Diciéndome los que faltan
O sobran.— Sobraros no,
Dice Merlín, que al instante

De acabarse la ración
Quedará desencantada
Dulcinea, y con amor
A daros vendrá las gracias
Y á premiar tan noble acción.
—Bien está, responde Sancho,
Ea! á la mano de Dios!
Yo acepto la penitencia
Aunque sea con dolor.

Calló el escudero; al punto
En el bosque resonó
La música; disparáronse
Arcabuces e a montón
Y Don Quijote abrazando
A Sancho con mucho amor
En su frente y sus mejillas
Mil ósculos imprimió,
En tanto que el alba bella
Con su encendido color,
Mientras las aves trinaban,
Cielo y tierra iluminó.

LXX

Una carta de Sancho.

DICE el sabio Cide Hamete
Que el papel de Dulcinea
Lo hizo un paje barbilindo
De condición muy traviesa.
Dice que fué un mayordomo
El que de Merlín hiciera,
Siendo el mismo, al propio tiempo
El gran director de escena
De aquel nocturno espectáculo
Entre sainete y tragedia.
Dice que al día siguiente
De celebrarse la fiesta
Hizo preguntas á Sancho

Algo graves la Duquesa.
—¿Habeis comenzado, dijo,
La entretenida tarea
De la azotaina?—Ya hice
Algo, Sancho le contesta.
—¿Cuánto suman los azotes?
¿Habrán llegado á sesenta?
—Menos.—¿Cuarenta?—No tantos.
—¿Veinte?—Son muchos; que estas
Carnes mías no consienten,
Aunque otra cosa parezca,
Que las soben demasiado
Ni que nadie las ofenda.
—En fin, ¿cuántos fueron?—Cinco.
—¿Solo cinco?—No es friolera,
Que á cinco azotes por día
Se camina muy de priesa.
—¿Con qué os disteis?—Con la mano
Poniéndola un poco hueca,
Que eso de dar con el puño
O en plano, lástima fuera.
—Pues yo juzgo, Sancho, amigo
Tornó á decir la Duquesa,
Que jamás desencantada
Será Doña Dulcinea,
Si no haceis lo que merece
Dama de tan altas prendas.
No engañeis á Don Merlin,
Cumplidle vuestra promesa,
Porque él, que todo lo sabe,
Os ajustará las cuentas;
Y si vé que le engañais
Peligra vuestra cabeza.
Eso de daros palmadas
Deja de ser penitencia;
No os deis azotes tan blandos,
Daos cada día cincuenta
O ciento, y así podreis
Satisfacer vuestra deuda.
Proporcionaos una rama
De abrojos, y con resuelta
Intención, zurraos; que esto

Será zurra verdadera.

—Eso sí que no, señora,
Que aunque yo rústico sea
No he de dar la vida propia
Por salvar la vida ajena.
Lo mejor que puede hacerse
Es que me dé su grandeza
Algún ramal que a propósito
Para tales casos sea.

—Bien está, mañana mismo
Os haré la gran fineza
De daros, porque os aprecio,
Unas disciplinas nuevas
Que compré para azotarme
Los sábados de cuaresma,
Y que están acomodadas
A mi gran delicadeza.

—Aceto, responde Sancho,
Yo me azotaré con ellas.
Aunque declaro que son
De vidrio mis posaderas
Y temo que se me quiebren
Si doy con algo de fuerza.
Y ya que está concertado
Esto, digo á vuestra alteza
Que tengo escrita una carta
Para mi mujer Teresa
En la cual punto por punto
Le hago la referencia
De cuanto me ha sucedido
Desde la cruz á la fecha;
Es decir, desde que hicimos
Nuestra salida tercera.

Yo y mi amo, á quien el cielo
Haga que el juicio le vuelva.

—¿Y en dónde teneis la carta?

—Aquí en el seno, y quisiera,
Puesto que aun no tiene el sobre,
Que la gran discreción vuestra
El contenido leyese
Para ver si está bien puesta
A uso de gobernador

Que es lo que más interesa.
—¿Y quién la notó?— Yo mesmo.
—¿La escribisteis vos?— Quisiera
Hacerlo; pero no pude
Porque no entiendo de letras,
Ni sé leer ni escribir
Por no llevarme á la escuela;
Pero sé firmar.—¡Magnífico!
Dice alegre la Duquesa;
Venga la carta y veamos
Vuestro ingenio y suficiencia.
Tomóla al cabo, y estaba
Escrita de esta manera:

CARTA QUE DIRIGE SANCHO

PANZA Á SU MUJER TERESA

«Si buenos azotes dábanme
Bien caballero me encuentran,
Si buen gobierno me tengo
Buenos azotes me cuesta.
Esto tú, Teresa mía,
Es posible no lo entiendas;
Pero otra vez lo sabrás;
Porque te digo, Teresa,
Que tengo determinado
Que andes en coche, pues esta
Es cosa que al caso hace
Y otro andar que ese no sea
Es andar tan solo á gatas
Que es postura muy molesta.
Mujer de un gobernador
Eres ya, ponte muy hueca,
Que nadie habrá de roerte
Los zancajos en tu ausencia.
Ahí te envió un buen vestido
Verde, de muy rica tela,
Que me dió para ir de caza
Mi señora la Duquesa.
Acomódale de modo
Que servir de saya pueda

Y de cuerpo á nuestra hija
Que estará como unas pelras
De mi señor Don Quijote
Dícese por estas tierras
Que es un pobre loco cuerdo
Y un mentecato de veras
Aunque gracioso, y lo mesmo
Dicen de mí malas lenguas.
Sabrás que uno de estos días
Hemos estado en la cueva
De Montesinos, y el sabio
Merlín, cobijó la idea
De echar mano á mi persona
Para que pronto se pueda
Conseguir el consabido
Descanto de Dulcinea
Del Toboso; que ahí se llama
Aldonza Lorenzo; y resta
Que me dé tres mil trescientos
Golpes en mis posaderas,
Descontándome los cinco
Que ya me dí á buena cuenta,
Para que la tal señora
Desencantada se vea
Cual la mismísima madre
Que la parió; y sé discreta
Y á nadie digas las cosas
Que te escribo en estas letras,
Que como dice el refrán
En cuanto pone cualquiera
Lo suyo en concejo, unos
Dicen que es blanco de veras,
Y otro que es negro; y en boca
Cerrada, moscas no entran.
Dentro de muy pocos días
Tengo por cosa resuelta
Que me partiré al gobierno
Donde el deseo me lleva
De hacer dinero, pues dicen
Que todos los que gobiernan
Por primera vez, no tienen
Mas imán que la moneda.

Tomaréle el pulso, y luego
Que veamos lo que presta
La cosa, darete aviso
De que vengas ó no vengas.
El rucio está sano y bueno
Y mucho se te encomienda;
Yo por mí no he de dejarlo
Aunque gran turco me hicieran.
La Duquesa mi señora
Mil veces tus manos besa;
Devuélvele tú el retorno
Con dos mil, pues nada cuestan,
Según mi amo asegura,
Tan comedidas finezas.
Sabrás que Dios no ha querido
Depararme otra maleta,
Con otro ciento de escudos
Como la que hallé en la sierra
De marras; mas no te apures,
Amantísima Teresa,
Que todo irá en la colada
Del gobierno, aunque da pena
El oír lo que me han dicho,
De que si el gobierno prueba
Me habré de comer las manos
Tras él; y no es cosa buena
Quedarme manco y tullido,
Aunque estos tienen su breva
Y calongía, pidiendo
Las limosnas que cosechan.
Así, pues, por una vía
O por otra, no padezcas,
Que en salvo está el que repica
Y tú tendrás la riqueza
Pronto, y la buena ventura
Que tu consorte desea.
Dios te la dé como puede
Y á mí me ponga en conserva
Para quererte y servirte
En todo lo que se ofrezca.
Desde este castillo, á veinte
De Julio de nuestra Era

Mil seiscientos y catorce.
Tu marido que te aprecia,
Gobernador, SANCHO PANZA.»

Esto leyó la Duquesa,
Y luego dijo riéndose:
—Mucho, Sancho, se clarea
Eso del hacer dinero
Que gran codicia revela;
Y vos sabéis que ella siempre
Rompe el saco, y que por ella
Se ha dicho siempre que quien
Mucho abarca, poco aprieta.
Mandarín avaricioso
No es difícil que se venda,
Y no hay honor ni hay justicia
Cuando el interés gobierna.
Y estos refranes que os cito
Los cito por que no crea
Que por no citar refranes
Soy una dama cualquiera.
Tampoco estoy muy conforme
Con que digáis á Teresa
Que el gobierno que os han dado
Buenos azotes os cuesta;
Pues ya sabéis que mi esposo
De él os hizo la promesa
Antes de que aquí viniese
La señora Dulcinea.

—Yo no lo digo por tanto,
Señora mía, contesta
Sancho; rásguese la carta
Para poner otra nueva
Si mi caletre no hace
Que salga mucho más huera.

—No, no, responde al instante
Con seriedad la Duquesa;
Que esta está bien y ahora mismo
Quiero que el Duque la vea.»

Dijo; y marchando á un jardín
Donde la comida espera,

Con Don Quijote y con Sancho
Charlaron de sobremesa.

LXXI

Trifaldin de la Barba Blanca.

Al alzarse los manteles
Escuchóse un lastimero
Rumor, que dejó confusos
A todos los que le oyeron.
Era el son triste y monótono,
Melancólico en extremo,
De dos cajas destempladas
Y un pífano chirriadero.
Los tres hombres que los tañen
Vienen vestidos de negro,
Y con otro que les sigue
Avanzan con pasos lentos.
Es este último un hombre
De tamaño gigantesco
Con una barba blanquísima
Que casi le cubre el cuerpo.

Con mucha prosopopeya
Acercóse al Duque, y luego
Quiso postrarse de hinojos;
Mas no se lo permitieron.
Entonces, con voz sonora
Que arrancó del ancho pecho,
Dijo:—Altísimo señor,
Yo soy Trifaldin, y tengo
Por mote el de Blanca Barba,
Siendo además escudero
De la Condesa Trifaldi,
A la cual también pusieron
El sobrenombre de Dueña
Dolorida; y aquí vengo
De su parte, á suplicaros
Que le deis unos momentos

De audiencia, no sin pediros
Antes con mucho respeto,
Que os digneis manifestarla
Si en este castillo vuestro
Está aquel jamás vencido
Valeroso caballero
Don Quijote de la Mancha,
Tras del cual viene corriendo
A pie, sin desayunarse,
Desde el apartado reino
De Candaya, sin que tenga
Mi señora más objeto
Que el de contarle las cuitas
Que há mucho viene sufriendo.
Y pues que dí mi embajada
La contestación deseo.»

Calló y respondióle el Duque:
—Há días, buen escudero
Trifaldin de Barba Blanca,
Que aquí noticias tenemos
Del infortunio terrible
Y de los trances adversos
Que abruman á la señora
Condesa, cuyos pies beso.
Sé que el nombre de Trifaldi
Le usurpan magos perversos
Que la hacen llamar la Dueña
Dolorida, escarneciendo
La elevación de su rango
Y la alteza de su ingenio.
Así, pues, podeis decirle,
Fiel servidor estupendo,
Que puede entrar cuando guste
Y que está aquí el caballero
Don Quijote de la Mancha,
Que siempre estará dispuesto
A servirla y ampararla,
Pues es generoso y bueno.
En cuanto á mí, nada os digo
Por ser excusado empeño
El afirmar que consagro
Cuanto valgo y cuanto puedo

Al servicio de las damas,
Y más aun cuando veo
Viudas menoscabadas
Y dueñas de tanto mérito.»
Dijo el Duque; Trifaldin
Llevó una rodilla al suelo
Y haciendo seña á sus músicos
Tal como entraron, salieron
Con pasos acompasados
Al son de sus instrumentos.
— Ya veis, ya veis, dijo el Duque
Al momento que se fueron;
Ya veis como vuestra fama
Llena todo el universo.
Seis días ha que aquí estais
Y en tan poquísimo tiempo
Vienen de tierras lejanas
A daros acatamiento,
No en magníficas carrozas,
Dromedarios, ni jamelgos,
Sino á pie, sin tomar antes
Un desayuno modesto.
¡Oh! mortal afortunado!
¡Oh! cumplido caballero!
— Teneis razón, le contesta
Don Quijote satisfecho;
Y en verdad, que aquí presente
Quisiera en este momento
Ver al bendito eclesiástico
Que en la mesa muy colérico
Negaba las excelencias
Del ejercicio andantesco.
Venga, venga cuanto antes
La dueña, que yo le ofrezco
La intrepidez de mi espíritu
Y de mi brazo el esfuerzo.»

LXXII

La Condesa Trifaldí.

Cox el rostro tapujado
Tras de espesísimos velos
Llegó por fin la Trifaldí
Al son de sus instrumentos.
Doce dueñas la preceden
Todas con igual aspecto,
Y al fin formando dos filas
Ancha calle la ofrecieron.

Viene asida de la mano
De Trifaldín su escudero,
Y es asaz extravagante
El traje que tiene puesto.
Es de bayeta finísima
Negra cual ala de cuervo,
Y la cola ó falda forma
Tres triángulos perfectos.
Estas tres agudas puntas
Hallan seguro sustento
En las manos de tres pajes
También de luto cubiertos.

Al ver los Duques y el bravo
Don Quijote aquel dueñesco
Escuadrón que iba acercándose,
Los tres en pie se pusieron
Adelantándose algunos
Pasos, con muestras de afecto.

Entonces la Dolorida
Dueña, se inclinó hasta el suelo
Y doblando ambas rodillas
Dijo con hombruno acento:
—Por Dios ruego á sus grandezas
No hagan tan finos floreos
Para este indigno criado...
Digo, criada; que en esto

A causa de mi desdicha
Corresponderles no puedo.
—Sí tal, le contesta el Duque;
Que á mí me basta con veros
Para saber que sois hombre...
Digo, hembra de provecho.»

Hablando así, de la mano
La condujo hasta un asiento
Al lado de la Duquesa
Que la miró sonriendo.
De esta suerte, sosegados
Guardaron todos silencio
En tanto que Sancho Panza
Con los ojos muy abiertos
Procuraba ver los rostros
Al través de aquellos velos
Tan tupidos, que no daban
Vislumbres para un remedio.

Tomó otra vez la palabra
La Condesa, y con acento
Cada vez más bronco, dijo:
—Abrigo el convencimiento
Firmísimo, mi buenísimo
Señor, y esperanza tengo,
Hermosísima señora
Y circunstantes discretos,
De que mi grande cuitísima
Ha de hallar en vuestros pechos
Excelentísimos, grato,
Suavísimo acogimiento.
Porque ella es tal, que es bastante
Para ablandar los aceros
De los endurecidísimos
Corazones más perversos.
Pero antes que saque á plaza
Mi historia, con mis lamentos,
Quisiera ser sabidora
Si se encuentra en este gremio
O corro, el acendradísimo
Finísimo caballero
A quien llaman Don Quijote
De la Manchísima, y creo

Que con él hallarse debe
Como sombra de su cuerpo
Su escuderísimo Panza.
— Ese Panza soy mesmésimo,
Responde Sancho con sorna;
Y aquí está callado y serio
El señor Don Quijotísimo,
Por lo cual podreis ponernos,
Dueñísima dolorísima,
En autos de todo aquello
Que decir quisieredísimis;
Pues nos hallamos dispuestos
Dispuestísimos á ser
Servidorísimos vuestros. » (14)

No bien pronunció el buen Sancho
Tan *rarísimos* conceptos,
Se dirigió Don Quijote
A la Dueña, y con acento
Dulce, y noble cortesía
Dijo que él era el sujeto
Que con tanto afán buscando
Venía desde tan lejos,
Y que por lo tanto no eran
Precisos tantos rodeos,
Captando benevolencias
Con preámbulos ajenos
A la condición piadosa
De un andante caballero
Que tenía por divisa
El proteger á los buenos
Y á los débiles que piden
Amparo y justicia. » Oyendo
Lo cual, quiso la cuitada
Besarle los pies primero
Abrazándole las piernas
Llena de agradecimiento.
Después, hablando con Sancho,
Le puso por medianero
Echándole tantas flores,
Tantos piropos y ruegos
Y exhalando tantos ayes
Que le conmovió hasta el tuétano.

— Por las barbas, le decía
De Trifaldín mi escudero,
Os suplico que rogueis
A vuestro señor y dueño
Que se apiade de mis cuitas;
Hacedlo, Don Panza, hacedlo,
Que vos sois muy nobilísimo
Amante del bello sexo.
— Yo de barbas no me cuido,
Dice Sancho, dejad eso,
Que si es Trifaldín barbudo,
Yo lo soy aunque en pequeño;
Y barbada quiero el alma
Para entrar bien en el cielo.
Por eso, sin socaliñas
Ni plegarias, hacer quiero
Lo que pide; que mi amo
Me estima; y estoy muy cierto
De que ahora me ha menester
Para un negocio muy serio,
Por lo cual mi mediación
Presente, tendrá más peso. »

Estas pláticas y otras
Causaban tanto contento
A los Duques, que la risa
Les retozaba en el cuerpo.
Gustábales cuanto hablaban
Don Quijote y su escudero,
Y aunque de aquella comedia
Eran los autores ellos,
Alababan la agudeza
Y el disimulo perfecto
Del que hacia de Trifaldi,
El cual se sentó de nuevo
Y á su tristísima historia
Dió el oportuno comienzo
Deleitando á los señores
Y á instancias del caballero.

LXXIII

Donde la Dueña Dolorida comienza
su historia.

— DEL reino vasto y famoso
Intitulado Candaya,
Que precisamente cae
Entre la gran Trapobana
Y el mar del Sur, á dos leguas
Mas allá del que se llama
Cabo Comorín, señora
Fué y augusta soberana
La reina Doña Maguncia
Que en edad poco avanzada
Quedó viuda del Rey
Archipiela, gran monarca
Que fué su señor y esposo,
Y del cual tuvo una infanta,
De su corona heredera
Que se llamó Antonomasia.
Esta linda princesita
Bajo mi tutela estaba
Por ser yo la más antigua
Y la más calificada
De *todisimas* las dueñas
Que servían en su casa.
Y yendo y viniendo días
Creció al fin la regia *vástaga*
Hasta acercarse á los quince
Que es la edad más delicada.
No era tonta la mocosa,
Sino discreta y bizarra,
Y era su faz divinísima
Alegre como unas pascuas.
Las más bellas de su reino
El palmito le envidiaban
Y cien príncipes vinieron

A pedir su mano blanca.
Mas ¡ay! que un caballerísimo
Particular, por desgracia
Osó levantar sus ojos
A su hermosura sin tacha,
Fiado en la gentileza
Que el pícaro demostraba
Cuando cantando unas trovas
Ó tocando una guitarra
bailando seguidillas,
Ó haciendo preciosas jaulas
Para pájaros, que eran
Un prodigio por lo raras,
Mujeriles corazones,
El tuno tras sí llevaba.

Ay! yo me ví vencidísima
Por todas aquellas gracias,
Y al escuchar las canciones
Y al recibir unas dádivas
De aquel poeta maldito,
(Con decir poeta basta),
Me convine en ser tercera
De sus amorosas ansias
Poniendo al tal Don Clavijo,
Que así el bribón se llamaba,
En amoroso contacto
Con la pobre Antonomasia.

Grande fué sin duda alguna
Mi pecado, que era infanta
Nada menos, y heredera
Del gran reino de Candaya
La que obtuvo un pelagatos
Que no tenía una blanca
Ni donde caerse muerto
A no ser sobre sus trampas.
Y así pasaron los días
Cubriendo yo la maraña
Con sagacidad y tacto;
Mas ¡ay! por nuestra desgracia
No sé qué hinchazón de vientre
Nos llenó á todos de alarma,
Era preciso casarlos

A escape, y nos dimos traza
Para ello, simulando
Una cédula firmada
Por la niña, en que decía
Que por esposa se daba
A Don Clavijo; leyó
Estas letras de la infanta
El Vicario; y confesando
Ella del todo su falta,
Dispuso la Vicaría
Que fuese depositada
En casa de un alguacil
De corte.—Luego en Candaya,
Dice Sancho, hay alguaciles
Y poetas, y guitarras
Y siguidillas, lo mismo
Que suele haber en la Mancha?
Ya veo que todo el mundo
Es uno, la cosa es clara;
Mas siga vuestra merced
Su historia, que es algo larga,
Y ansioso estoy porque llegue
Presto, al fin de la jornada.
—Sí haré, dice la Condesa,
Y con el fin de abreviarla
Os diré que vino un pleito
En que hubo muchas demandas
Y respuestas; pero al cabo
Al advertir que la infanta
Se estaba siempre en sus trece
Y que tenaz confirmaba
Su declaración primera,
Tuvo al fin que sentenciarla
El Vicario, á ser esposa
De Don Clavijo; y fué tanta
La ira que sintió la reina
Doña Maguncia, y tal rabia
Le dió, que de allí á tres días
Fuimos todos á enterrarla.
—Debió de morir sin duda,
Dice Sancho.—Es cosa clara,
Responde con impaciencia —

Trifaldin de Barba Blanca;
Que nunca enterramos vivos,
Sino muertos en Candaya.
—Pues yo, señor escudero,
Vuelve á observar Sancho Panza,
Os diré que ya se ha visto,
Según la historia declara,
Enterrar á un desmayado
Creyendo que muerto estaba.
Además, que según tengo
Por cosa patente y clara,
La reina Doña Maguncia
Estaba más obligada
A desmayarse algún rato
Que no á morirse por nada.
Si su hija hubiera sido
Esposa de un papanatas,
De un pajecillo, de un pinche,
Como diz que fueron tantas,
El daño mayor sería;
Pero verla desposada
Con un gentil caballero
Que tanto bizarreaba
Como ese señor Clavija
Ó Clavijo; por mi ánima
Juro que no me parece
Cosa demasiado mala
Para morirse una reina
Hembra, viuda ó casada.
De un hombre tan entendido,
Que así tañe una guitarra,
Como endereza una trova,
Como fabrica una jaula,
Es posible esperar mucho;
Que según mi amo declara
De un letrado salir puede
Un Obispo y hasta un Papa,
Y de cualquier caballero,
Sobre todo si es de andanzas,
Emperadores y reyes.
¿No es verdad, señor del alma?
—Razón tienes, Sancho, (dice

Don Quijote), en cuanto hablas:
Porque un caballero andante
Si su estrella no es avara,
Está en potencia propincua
De ser gran señor; mas calla
Y callemos, que con estas
Digresiones, no se acaba
Esta historia peregrina
De que está suspensa el alma.
Continúe la señora
Dolorida lo que falta,
Que sin duda será amargo.
—Decís muy bien; tan amarga
Es su conclusión, responde
La Condesa, que ella basta
Para que parezca dulce
La tuera, si la comparan
Con ella; y ahora escuchadme
Si hablar me dejan mis lágrimas. »

LXXIV

El gigante Malambruno.

DESPUÉS de tomar aliento
Durante una breve pausa
Así dijo la Trifaldi
Fingiéndose acongojada:
—Muerta ya Doña Maguncia,
Que ojalá se desmayara,
Llevámosla al cementerio
Metidita en una caja.
Mas ¡ay! que apenas llenamos
De tierra su fosa helada,
Aparecióse en el aire
Como si fuera un fantasma
El gigante Malambruno,
Hombre de muy fosca cara
Que en aligero caballo

De madera, cabalgaba.
Es este gigante, primo
Cormano de la finada,
Un cruel encantador
Amigo de la venganza.
Por esta razón, valiéndose
De sus negras artes mágicas
En una mona de bronce
Trocó al punto á Antonomasia,
Convirtiendo en cocodrilo,
Tan grande que el verlo espanta,
A Don Clavijo; poniendo
Entre aquellas dos estatuas
Un padrón, con un letrero
Escrito en lengua siriaca
Que dice así traduciéndolo
A la vuestra castellana:

«No cobrarán su primera
Forma, ni en cuerpo ni en alma,
Estos osados amantes
Que á la Reina madre acaban,
Hasta que el muy valeroso
Héroe nacido en la Mancha
Venga conmigo á las manos
En muy singular batalla;
Advirtiéndome que á él tan solo
Tal aventura le guardan
Los hados, porque corone
Sus inmortales hazañas.»

Miró Don Quijote á Sancho;
Sancho al cielo dando gracias;
Y los Duques contenían
A duras penas sus ganas
De reir; mas prosiguiendo
La Dueña su imaginaria
Historia, dijo:—No bien
Malambruno hizo su mala
Acción, dejando encantados
A Clavijo y á la infanta,
Sacó un alfanje mayúsculo
De su larguísima vaina
Y asiéndome por el pelo

Quiso segar mi garganta,
Turbéme y quedé mohina;
Mas al fin arrodillada
A sus pies, tanto le dije
Y le rogué con palabras
Tembladoras y sumisas,
Que logré templar su saña.
Suspendió su cruel sentencia,
Pero haciendo ciertas cábalas
Trajo á su presencia al punto
Todas las dueñas que estaban
En palacio, y que son estas
Que vienen en mi compañía.
Exageró nuestras culpas,
Vituperó nuestras trazas,
Y haciendo que todas fuesen
Responsables de mis faltas,
Dijonos que no quería
Por compasión castigarlas
Con la pena capital,
Sino con otras más largas
Que nos diesen una muerte
Civil, lenta y continuada.
Y al decir esto ¡Dios mío!
Sentimos... ¡Jesús me valga!
Sentimos que se entreabrían
Los poros de nuestras caras
Y que unas puntas de agujas
Invisibles nos punzaban.
Acudimos con las manos
A los rostros y.... ¡oh desgracia!
Nos hallamos cual ahora
Vais á ver: desfiguradas!

Al decir así la triste
Dolorida, y las tapadas
Dueñas, simultáneamente
Los antifaces se arrancan
Descubriéndose los rostros
Todos poblados de barbas,
Cuales rubias, cuales negras,
Cuales grises, cuales blancas;
De cuya vista pasmáronse

— BOE GAINVILLE DE ET FAUCHON — PERLENDY LYBLE —

Los Duques, tuvieron lástima
Don Quijote y el gran Sancho
Quedando cuantos estaban
Presentes, yertos y atónitos
Sin decir ni una palabra.

—Esta, señores, prosigue
La Trifaldi, es la venganza
Que el follón de Malambruno
Sobre nosotras tomara,
Este es el fiero castigo
Que nos hace desgraciadas.

¡Valiera más que á cercen
El cuello nos rebanara!
Porque ¿á dónde? ¿á dónde iremos
Nosotras con estas fachas
Que no nos den con las puertas
En estas peludas caras
Que antes de nuestro embarazo
Eran mórbidas y blancas?

¿Qué madre querrá acogernos?
¿Qué padre querrá su casa
Confíarnos, ni qué hijas
Querrán tener confianza
En nosotras, si no miran
Nuestro sexo? ¡ay desdichadas
Compañeras! ¿qué menjorges
Podrán ponernos más guapas
Quitándonos estas borras
Tan espesas y tan largas?

En mal hora, en hora triste,
Dueñas mías de mi alma,
Fuimos ¡ay! por nuestros padres
Concebidas ó engendradas!

Esto dijo la Trifaldi,
Y se quedó desmayada
Mientras que Sancho decía:

—Por la fe de cuantos Panzas
Hubo en mi familia, juro
Puesta la mano en la espada
De mi señor, que no he visto
Ni oído, cosa más rara,
Pudiera el vil Malambruno

Que tales bromitas gasta
Quitarles media nariz
Aunque las pobres hablaran
Gangoso, pero ponerlas
Unas semejantes barbas
Es una barbaridad
Propia de gentes muy bárbaras.
Y si bien hay un adagio
Que afirma que á poca barba
Poca vergüenza, y se dice
De tal barba tal escama,
Y pon la tuya en remojo
Si al vecino ves pelarlas,
Otro refrán hay que dice
Callen barbas y hablen cartas.
Por estas y otras razones
Que por sabidas se callan,
Apostaré que no tienen
Hacienda bastante en casa
Para pagar al barbero
Que tenga que desbarbarlas.
—Es verdad, señor, replica
Una de las doce; es tanta
Nuestra penuria, que apenas
Tenemos para mondárnoslas.
Y si el señor Don Quijote
De nosotras no se apiada,
A la sepultura iremos
Llevando pelos por palmas.

LXXV

Clavileño el Aligero.

No bien oyó el caballero
Las anteriores palabras
Dijo:—Yo me pelaría
Estos que llevo en mi cara
Si de remediar las vuestras

Hoy no tuviese esperanza.

Volvió en sí la Dolorida

Y dijo con cierta gracia:

—El retintín de esa dulce
Promesa me vuelve el habla

Y así de nuevo os suplico,

Inclito andante, sagrada

Columna del valor cívico

Y sol que ilumina el mapa,

Que realiceis prontamente

Esa promesa tan grata.

—Vos direis, señora mía,

Qué es lo que quereis que haga.

—Es el caso, le responde

La dueña regocijada,

Que del lugar en que estamos

Hasta el reino de Candaya

Median, si se va por tierra,

Cinco mil leguas cuadradas;

Pero yendo por el aire

Y por línea recta exacta,

Hay tres mil doscientas veinte

Y siete, bien calculadas.

Debo también advertiros

Que al salir yo de mi patria

Díjome el fiero gigante

Malambruno:—Id confiada

En que hallareis á ese héroe

Que es el terror de la Mancha.

Entonces, cuando el destino

Favorable, ver os haga

Su arrogante catadura,

Le direis en confianza

Que estoy dispuesto á prestarle

Para que el viaje haga

Con seguridad, salvando

Veloz tan grandes distancias,

El caballo de madera

Que vuela sin tener alas,

Y es el mismo que usó Pierres

Cuando se llevó robada

A la linda Magalona

Subida sobre las ancas.
Decidle que el tal caballo,
Que yo me apropié con maña
Hízole el sabio Merlín
Poniendo en su frente ancha
Una clavija que sirve
De freno, y rige su marcha.
Y vá con tal ligereza,
Que del Potosí hasta Francia
Me lleva en un periquete
Sin comer, sin dormir nada,
Caminando tan sereno
Que aunque su ginete traiga
Una taza entre sus manos
Llena hasta el borde de agua,
Ni la taza se ladea
Ni una gota se derrama.

—Para ir bien reposado,
Observa el buen Sancho Panza,
No hay nadie como mi rucio,
Que aunque en el aire no anda
Yo le cutiré con cuantos
Por la tierra andando vayan.

Rieronse los que oyeron
Tal salida de pavana,
Y la dueña Dolorida
Continuó su perorata
Diciendo:—Y este caballo,
Si á Malumbruno la gana
Le da de hacer que termine
Nuestra terrible desgracia,
Antes que sea media hora,
Después de la noche entrada,
Estará en nuestra presencia
Si me cumple su palabra
El gigante.—¿Y cuántos caben
En él, dice Sancho Panza?

—Dos personas; la una en silla;
La otra sobre las ancas;
Que por regla general
Y según antigua usanza
Son el amo y escudero.

Si no hay doncella robada.
—¿Y puedo saber, señora
Dolorida, cómo llaman
A ese caballo? pregunta
Sancho otra vez.—Si no es flaca
Mi memoria, dice ella,
Con sus condiciones cuadra
Muy bien el nombre, pues llámanle
Por su clavija y su rara
Velocidad, Clavileño
El Aligero.—Sí encaja,
Dice Sancho; y ya quisiera
Verlo; pero no me agrada
La idea de ir en su silla
Ni de subirme en sus ancas,
Que eso sería pedirle
Al olmo peras ¡caramba!
Bueno es, que á duras penas,
Pueda ir sobre la albarda
De mi rucio; pero eso
De montarse en duras tablas
Sin llevar un mal cogín
Ni una mísera almohada,
Dénselo á otro, que yo
No me he de moler por barbas
Más ó menos, y quien quiera
Quitárselas de su cara
Rápese bien si le viene
A cuento, y si no dejárselas.
Así, pues, digo y sostengo
Que en travesía tan larga
Ni acompaño á mi señor,
Ni quito ni pongo nada.
Cuanto más que yo no debo
Andar rapando estas barbas,
Pues en el deber estoy
De dejar desencantada
Prontamente á mi señora
Dulcinea.—Es una lástima,
Le responde la Trifaldi;
Que esteis en esa ignorancia
Porque tengo que deciros

Que sin vos no haremos nada.
—Aquí del Rey, grita Sancho;
Esto es cosa de que arda
Un hombre; ¿dónde se ha visto
Que llevándose la fama
Solitos los caballeros,
El pobre escudero vaya
A sufrir penas y sustos
Para darles más membranza?
¿Cuándo los historiadores
Que hasta el cielo los levantan
Hacen mención de las pobres
Escuderiles hazañas?
Ellos escriben á secas:
«Paralipómenon, alias
Tres estrellas, concluyó
Esta ó la otra batalla,»
Sin citar nunca los nombres
De los que ayuda le daban.
Así, pues, mi señor puede
Ir solo, que él solo basta
Para alcanzar su victoria
Que buen provecho le haga,
Pues según un refrán dice,
Más sabe el loco en su casa
Que el cuerdo en la ajena, y tengo
Por verdad averiguada
Que el buey suelto bien se lame,
Y amor con amor se paga,
Y el que solo se gobierna,
Tiene su alma en su palma.
Yo entretanto aquí me quedo
Para mejorar la causa
De la simpar Dulcinea,
Dándome tal azotaina
Que no me la cubra el pelo
Hasta ser desencantada.
—No hareis tal, responde el Duque,
Que hay aquí gentes cristianas,
Que os rogarán no dejéis
A estas señoras barbadas.
—Aquí del Rey otra vez!

El valiente Sancho exclama;
¡Vaya unas lindas doncellas
Las que quieren dejar salvas
De pelos! por vida mia
Que las dueñas me estomagan
Y que me importa un comino
Que estén peludas ó calvas
Desde las más melindrosas
Hasta las más repulgadas.

—Muy mal quereis á las dueñas.

—Quien no las conozca, vaya
Y las compre, que yo entiendo
Sus embustes y sus cábalas,
Sus tretas, y sus enredos,
Sus afeites y sus lacras.

—Sois intolerante, Sancho.

Dice la Duquesa; en casa
Tengo yo dueñas dignísimas
Que no tienen tales maulas;
Y apelo á Doña Rodriguez
Que cerca de vos se halla
Y que no ha de desmentirme
Lo que diga en su alabanza.

—Déjelo Vucencia, déjelo,
La aludida dueña exclama;
Que Dios que nos trajo al mundo
Sabe leer en las almas,
Mejor que ese pecador
Que con tal desdén nos trata.

Oyendo lo cual, el bravo
Don Quijote se levanta
De su asiento, y dice:—Calme
Doña Rodriguez sus ansias;
Y la señora Trifaldi
Y compañía, sus lágrimas
Enjuguen; que justo el cielo
Hoy por mí quiere ampararlas.
Sancho hará lo que yo mande
Pues tiene buenas entrañas,
Y si viene Clavileño
Y me llevan á Candaya

Y riño con Malambruno,
Yo sé que no habrá navaja
Más perfecta que os rasure
Como mi tajante espada
Raparé la vil cabeza
Del que os puso así las caras.
—Oh! sí, sí, Dios os bendiga,
Con voz temblorosa exclama
La Trifaldi; las estrellas
De las regiones fantásticas
Celestes, os acompañen
Y os den próspera jornada,
Para que seais escudo
Y amparo de la desgracia
Del vituperoso y débil
Género dueñesco, fábula,
Blanco y teruelo de pajes
Escuderos, y otras varias
Personas que se deleitan
Cuando la piel nos arrancan.
Mal haya mil y mil veces
La estúpida, la bellaca
Que no se metió á ser monja
Antes que á dueña y esclava.
Oh! gigante Malambruno,
Cúmplenos hoy tu palabra,
Que si entra el calor y duran
Tan espesísimas barbas,
¡Guay mil veces de nosotras!
Moriremos asfixiadas.»

Esto dijo la Trifaldi
Con tal duelo y pena tanta,
Que hasta en los ojos de Sancho
Brotaron piadosas lágrimas.
Y dice además la crónica
Que en el fondo de su ánima
Se propuso ser magnánimo.
Siguiendo la ruta rápida
Que al Clavileño el Aligero
Trazaran las artes mágicas,
A fin de dejar incólumes

A aquellas dueñas fantásticas,
Inverosímiles pécoras
Por las cuales sintió lástima.

LXXVI

Vacilaciones.

En esto llegó la noche
Y después de pasar media
Hora, en el jardín magnífico
Cuatro salvajes penetran.
Vienen los tales despacio,
Vestidos de verde yedra
Y sobre sus hombros traen
Un caballo de madera.
De pies pónenle en el suelo;
Se vé su gran corpulencia
Y Sancho siente al mirarle
Algo que le desalienta.
Después uno de los cuatro
Salvajes, así se expresa:

—Súbase sobre esta máquina
El que buen ánimo tenga.

A lo cual, responde Sancho:
—Eso, conmigo no reza,
Que ni tengo ánimo bueno
Ni soy caballero en regla.

Desentiéndese el salvaje
Y añade con voz más huéca:

—Suba, suba el caballero,
Si su valor no flaquea,
Y ocupe luego las ancas
De tan prodigiosa bestia
Su escudero, si lo tiene;
Y esté seguro y advierta
Que en tan larga travesía
No habrá nadie que le ofenda.
Debiendo tener presente

Que para dejar la tierra
Y atravesar el espacio
Y subir á la alta esfera,
No hay más que torcer un poco
Esta clavija que lleva
En el cuello, moderando
La marcha, ó dándole fuerza,
Y atendiendo á que el camino
Tiene muchísima alteza
Y sublimidad, se advierte,
O mejor dicho se ordena,
Que para evitar vahidos
Y trastornos de cabeza,
Deben cubrirse los ojos
Con una tupida venda
Hasta que relinche Alígero
Al acabar su carrera.»

Esto dice aquel salvaje
Y con gran prosopopeya
Los cuatro se van al punto
Por donde mismo vinieran.
Entonces la Dolorida,
Triste y en llanto deshecha,
Dirigiéndose al hidalgo
Háblale de esta manera:
—Por fin, noble y valeroso
Caballero, sus promesas
Cumplió el feroz Malambruno;
Ya el caballo ahí os espera;
Nuestras barbas crecen, suben,
Y con cada pelo de ellas,
Te suplicamos nos dejes
Rapadas y satisfechas.
Ponte sobre Clavileño,
Tu fiel escudero lleva
Que te guarde las espaldas,
Y Dios bendiga tu empresa.
—Yo lo haré de buen talante,
Don Quijote le contesta.
—Pues yo no, replica Sancho;
Que quiero quedarme en tierra.
Bien está San Pedro en Roma;

Quien mucho abarca no aprieta,
Y es muy seguro mentir
El mentir de las estrellas.
¿Soy yo brujo para andarme
Corriendo de Ceca en Meca
Por encima de las nubes
Sin temor y sin vergüenza?
¿Qué dirán mis pobrecillos
Insulanos, cuando sepan
Que su buen Gobernador
Por los aires se pasea?
¿Quién me dice á mí que habiendo
Tres mil y doscientas leguas
De aquí á Candaya, no puede
Lastimársele una pierna
Al caballo, ó enfadarse
Malhombruno, y que no sea
Esto ocasión para estarnos
Parados, media docena
De años, sin que al volver
Otra vez por estas tierras
Haya ínsulas ni ínsulos
Que me conozcan siquiera?
— Eso no, replica el Duque,
Que en cualquier tiempo que sea
El regreso, yo os respondo
De que la ínsula es vuestra,
Si bien ahora os suplico
Que nos hagáis la fineza
De correr esta aventura
Que en el alma me interesa.
— No más, señor, dice Sancho;
Hágase lo que desea,
Que soy un pobre escudero
Y llevar no puedo acuestas
Tantísimas cortesías
Y súplicas tan discretas.
Monte á caballo mi amo;
Tápenme estos ojos, venga
Lo que Dios fuere servido;
Y cuando subir me vean
Por esas altanerías,

Suplícoles que me adviertan
Si á Dios debo encomendarme
O pedir que me protejan
Los ángeles.—Vamos Sancho,
Dice la Trifaldi, tenga
Valor y fé, que el gigante
Malambruno, tiene prendas
Regulares, y aunque es brujo
Es cristiano y se maneja
Con mucha sagacidad
Y hasta con mucha conciencia,
Sin que en sus encantamentos
Nunca con nadie se meta.
—Siendo así, Dios nos ayude,
Nos ampare y favorezca.
—Nunca, exclama Don Quijote,
Desde la aventura aquella
De los batanes, he visto
A Sancho con tanta pena
Y tanto temor; y juro
Que si yo agorero fuera
Al verle tan pusilánime
Sentiría cosquillejas
En el ánimo; llegaos
Aquí, Sancho, con licencia
De estos señores, y oidme
Cuanto yo os diga á la oreja.
Diciendo esto, apartáronse
A un lado de la arboleda
Y tomándole ambas manos
Dijo Don Quijote:—Observa,
Sancho hermano, que nos miran
Y que no es ocasión esta
Dé que nos vean cobardes;
Lo cual sería gran mengua;
Ten también presente el largo
Viaje que nos espera
Y que sólo el cielo sabe
Cuándo será nuestra vuelta
Ni el espacio que nos dejen
Imprevistas contingencias;
Por estas y otras razones,

Yo, Sancho mío, quisiera
Que ahora te retirases
En tu aposento, con cierta
Diplomacia, aparentando
Que vas á buscar cualquiera
Cosa necesaria para
El camino, y con aquellas
Disciplinas que te ha dado
La compasiva Duquesa,
En un dácame las pajas,
Te dieses á buena cuenta
De los tres mil y trescientos
Azotes que nos adeudas,
Siquiera quinientos; que esto
Descargará tu conciencia
Y dados te los tendrás;
Que todo aquel que comienza
Una cosa, está ya en vías
De concluir lo que resta.»

Esto dice Don Quijote
Con voz suplicante y trémula,
Y Sancho que está indignado
De este modo le contesta:
—Por Dios que vuesa merced
Me quiere chiflar de veras
Y debe de ser menguado
De los pies á la cabeza.
Esto es lo mismo que aquello
Que dice «me ves con priesa
Y doncellez me demandas;
La cosa malicia encierra.
¿Ahora que tengo de ir
Sentado en dura madera,
Pretende vuesa merced
Que en las posas me abra grietas?
Vamos, señor, vamos presto
A redimir á esas dueñas,
Que al volver yo le aseguro
Azotarme con tal priesa
Que he de dejarle contento,
Y no digo más.—Con esta
Seguridad, Sancho amigo,

Se mitiga mi impaciencia
Pues creo que cumplirás
Esa solemne promesa.»

Diciendo así, dirigiéronse
Al caballo de madera
Donde los dos se colocan
Mientras los ojos les vendan.

LXXVII

Viaje aéreo.

RECORDANDO Don Quijote
Que allá en los pasados tiempos
Un caballo de madera
A Troya dió acabamiento,
Quiso registrar el vientre
Del famoso Clavileño;
Mas la Trifaldi le dijo:
—Vuestra merced no haga eso,
Que yo respondo de todo
Y el caballo viene bueno.»

No quiso insistir el digno
Pundonoroso manchego,
Y fué á apretar la clavija
Que sirve de rienda y freno
Al gran corcel; pero Sancho
Dijo bajando el pañuelo
Que los ojos le tapaba:
—Puesto que partir tenemos
A los altos andurriales
Donde se forman los truenos
Los rayos y los relámpagos,
Los granizos y los hielos,
Suplico á vuestras mercedes
Que en este trance tan serio
Recen por mí sendas Aves
Marías, y algunos sendos
Pater noster que me sanen

El alma si muere el cuerpo,
— Por vida de mi señora,
Dice el hidalgo colérico,
Que este ladrón se figura
Que van á ahorcarle ahora mesmo,
Sin mirar que en estas ancas
Puso sus términos medios
La celestial Magalona
Que empuñó más tarde un cetro.
Cúbrete, menguado, cúbrete,
Que parece tienes miedo
Y de tí van á reirse;
No tiembles que yo no tiemblo
Aunque ocupando esta silla
Impávido, fuerte, intrépido,
Al gran Pierres sustituyo
Y al gran Pierres me parezco.
— Tápenme, responde Sancho,
Que puesto que hablar no puedo,
Ni rezar, ni que me recen,
Quiero afirmar por lo menos
Que alguna legión de diablos
Ha de dar con nuestros cuerpos
En Peralbillo»
..... Tapáronle;
Don Quijote dió un meneo
A la clavija, y apenas
En ella puso los dedos,
Cuando las dueñas y todos
Los presentes, gritos dieron
Exclamando:— Dios te gufe,
Hidalgo de pelo en pecho!
Dios sea mil veces contigo
Incomparable escudero!
Ya vais, ya vais esos aires
Con velocidad hendiendo;
Ya mil gentes os contemplan
Desde innumerables pueblos.
Tente, valeroso Sancho,
Que bamboleas el cuerpo
Y vas á ser nuevo Icaro
Que venga á estrellarse al suelo.»

Oyó Sancho aquellas voces,
Y estupefacto, ciñendo
A su amo con los brazos,
Dijo: —¿Cómo afirman éstos
Que á tan alto hemos subido
Y que ya estamos tan lejos,
Si hasta aquí llegan sus voces
Cual si á su lado estuviésemos?

—No repares en tal cosa,
Sancho, contesta su dueño,
Que en estas volaterías
El que más mira ve menos.
Y como todo se hace
Por arte de encantamento,
Verás y oirás á mil leguas
Los rumores más ligeros.
Y por Dios no aprietes tanto,
Que me sacas de mi asiento.
Yo no sé por qué te turbas
Y así te falta el denuedo
Cuando nunca hemos montado
Un caballo tan sereno
Como aqueste; pues parece
Que casi no nos movemos
Cuando vamos viento en popa.
—Sí, por la popa lo siento,
Responde Sancho; y soplándome
Viene de un modo tan recio
Que parece que mil fuelles
Me están aventando el cuerpo.

Esto dice Sancho Panza
Y esta vez está en lo cierto,
Que unos grandísimos fuelles
Les soplaban en efecto,
Estando tan bien trazada
Por los Duques y el travieso
Mayordomo, la aventura,
Que nada echaron de menos.

Sintió el hidalgo los soplos
Y dijo:—Según preveo,
Sancho mío, ya nos trajo
El diantre de Clavileño

A la segunda región
Del aire; y si así corremos,
Pronto iremos á parar
A las regiones del fuego,
Sin que yo á templar acierte
Esta gran clavija ó freno
A fin de que no subamos
A donde nos abrasemos.

Esto dice Don Quijote
Y apenas pronuncia esto,
Unas ligeras estopas
Junto á su rostro encendieron.
Sintió el calor Sancho Panza
Y dijo en son lastimero:

—Que me maten si no estamos
Ya en el lugar de los truenos
Y rayos; pues media barba
Se me chamuscó; y sospecho
Que haré bien en destapar me
Los ojos y ver yo mismo
Dónde estamos, para huir
A mil leguas del incendio.

—No hagas tal, dice el hidalgo;
Y recuerda el verdadero
Cuento del buen Licenciado
Torralba, al cual condujeron
Los diablos sobre una caña

En volandas, y ligero
Fué á Roma y volvió á Madrid
En doce horas ó menos,
Siempre cerrados sus ojos,
Que sola una vez se abrieron
Y estuvo á punto de ser
Triste víctima del vértigo
Que sintió; vamos andando;
Que pronto tal vez caeremos
Sobre el reino de Candaya
Que no debe de andar lejos.

—Bien está; responde Sancho;
Lo único que sostengo
Es que la linda Melona
O Magalona, el pellejo

Debió tener más curtido
Y más batido que un cuero;
Pues ya están mis posaderas
Que las siento y no las siento.
Todas estas graves pláticas
Están los Duques oyendo
Con los demás circunstantes
Que se sienten muy contentos
Y á mandíbula batiente
Se rien como unos necios.
Mas al fin á la aventura
Trataron de poner término
Disparando el trueno gordo
Que en verdad no fué mal trueno.

Con encendidas estopas
La cola de Clavileño
Prenden, y estalla el caballo,
Pues está su vientre lleno
De cohetes tronadores
Que al dispararse, le hicieron
Volar antes por los aires
Cayendo después al suelo
Con Don Quijote y con Sancho
Chamuscados y maltrechos;
Lo cual nos parece indigno,
Brutal, reprobable y feo,
Aunque aplauda Cide Hamete
Y los Duques lo hayan hecho.

LXXVIII

Lo que Sancho vió en el cielo.

POR dicha de Don Quijote
Y de su fiel compañero,
Al caer con el caballo
El cráneo no se rompieron,
Siendo en verdad maravilla
El que quedaran ilesos.

Por el pronto, según cuenta
La historia, desaparecieron
Del jardín, todas las hembras
Barbudas, llevando en medio
A la Dueña Dolorida,
A Trifaldin su escudero,
A sus pajes y á sus músicos,
Mientras que en el mundo suelo,
Llevando más adelante
La burla y el fingimiento,
Quedáronse desmayados
Tendidos y como muertos
La Duquesa, el Duque y todos
Los que allí estaban con ellos.

Don Quijote y Sancho Panza
Se levantaron y vieron
Con asombro, que se hallaban
En el punto verdadero
De su partida; y buscando
Con la vista otros objetos,
Creció más y más su asombro,
Que llegó á rayar en miedo,
Al encontrar tanto número
De individuos de ambos sexos
Como por tierra yacían
Faltos de conocimiento.
Y esta admiración de punto
Subió, cuando descubrieron
En un lado del jardín,
Un gran lanzón, donde puesto
Habían un pergamino
Con el siguiente letrero:

«El ínclito, el esforzado,
»El varonil y estupendo
»Don Quijote de la Mancha,
»Ha logrado poner término,
»Tan sólo con intentarlo,
»A su noble y bravo empeño,
»De acabar esta aventura
»Que era de un cariz muy feo.
»El gigante Malambruno
»Se da por muy satisfecho,

- » Y la Condesa Trifaldi
- » Y las dueñas de su séquito
- » Están ya lisas y mondas
- » Sin que les estorbe un pelo.
- » Y los reyes Don Clavijo
- » Y Antonomasia, se han vuelto
- » A su estado primitivo,
- » Gracias al buen caballero
- » Que será feliz tan pronto
- » Como acabe el vapuleo
- » Escuderial, que no debe
- » Prolongarse mucho tiempo.»

Con tal lectura, el hidalgo
Sintió ensancharse su pecho
Y dirigiéndose al Duque
Que estaba inmóvil y tieso
Al lado de la Duquesa,
Tomó su mano, diciendo:
— Ea, buen señor, buen ánimo;
Hecho ya se halla lo hecho,
Ya concluyó la aventura;
Ya el gigante tuvo miedo
Según puede colegirse
Por el cartel que allí vemos.»

Al oír estas palabras
Los Duques en sí volvieron,
Y poquito á poco, en todos
Cesó el desvanecimiento;
Pero ponderaron mucho
La magnitud del suceso
Y el valor de Don Quijote
Y la acción del escudero.
Leyó el Duque el contenido
Del cartel, y al punto abriendo
Sus brazos á Don Quijote
Le apretó gozoso el cuello,
Diciéndole que no hubo
Otro tal en ningún tiempo.

Entretanto Sancho Panza
Buscaba con ojo inquieto
A la Dueña Dolorida
Por ver si estaba más bello

Su rostro limpio y mondado
Que lo estaba con sus pelos;
Pero indicáronle todos
Que era ya inútil su intento,
Pues tan pronto como á tierra
El caballo vino ardiendo,
El escuadrón de las dueñas
Alejóse muy contento
Viéndose descañonado
Y pulcro como un espejo.
—Y vos, Sancho, le pregunta
La Duquesa; ¿qué habeis hecho
Durante el largo viaje?
¿Qué tal os ha ido?—Creo,
Contesta Sancho, que hubo
Algo de malo y de bueno;
Lo cual me prueba que arriba
Suele suceder lo mismo
Que abajo.—Curiosa estoy;
Cuéntenos, buen Panza, cuéntenos.
—Pues digo que cuando estábamos
Allá en la región del fuego
Pedí á mi señor licencia
Para quitarme un momento
La venda que me tapaba
Los ojos; no quiso hacerlo,
Es decir, no quiso darme
Su permiso, y yo que tengo
Ciertas briznas de curioso,
Y aun más cuando á mi deseo
Estorban las prohibiciones,
Bonitamente, con tiento
Y sin que nadie lo viese,
¿Qué hice? bajéme el pañuelo
A las narices, y pude
Ver la tierra que tan lejos
Estaba, que parecía,
Poco más ó poco menos,
Como un grano de mostaza,
Y los hombres tan pequeños
Como una grande avellana.
—¿Mas cómo puede ser esto?

Vuelve á decir la Duquesa.
¿No advertís, digno escudero,
Que siendo el mundo tan chico
Tapárale un hombre de esos?
—Así es la verdad, responde
Sancho; pero yo recuerdo
Que miré por un ladito
Y lo pude ver entero.
—Eso nó es posible, Sancho,
Pensad lo que estais diciendo,
Que por un ladito nunca
Se vé el todo del objeto
Que se mira.—Yo, señora,
De esas miradas no entiendo,
Y además debe tomarse
En cuenta que allá en el cielo
Estas cosas sucedían
Por arte de encantamento;
Y si esto no se me cree
Tampoco tendrán por cierto,
Que subiéndome á las cejas
Un poco mi pañizuelo,
Ví que estábamos entonces
Tan cerca del firmamento
Que de nosotros á él
No mediaba palmo y medio
Y sucedió, que en llegando
A uno de sus extremos,
Ví que estábamos entonces
En aquel departamento
En donde pacen las siete
Cabrillas, con gran sosiego;
Y como yo cabrerizo
Fuí en mi tierra en mis primeros
Años, me entró tanta gana
De entretenerme un momento
Con ellas, que reventara
No llenando mis deseos.
Así, pues, vengo, ¿y qué hago?
Bonitamente me apeo
Sin decir á nadie nada
Y á mi señor mucho menos,

Y encontrando á las cabrillas
Que son siete según pienso
Y parecen alelís
Y flores de mucho mérito,
Allí me estuvé con ellas
Tres cuartos de hora; tiempo
Durante el cual fijo estuvo
En su sitio Clavileño.
— Bien está, replica el Duque,
Pero entretanto que el bueno
De Sancho, se entretenía
En ver los rostros y cuernos
De las cabras, ¿qué se hizo
Nuestro amable caballero
Don Quijote?—A esa pregunta,
Dice el hidalgo, no puedo
Contestar concretamente,
Pues como tales sucesos
No están dentro de las órbitas
De los naturales términos,
No es mucho que Sancho diga
Lo que dice; sólo advierto
Que yo no me descubrí,
Ni ví valles, ni desiertos,
Ni arenas, ni mar, ni nada,
Puesto que ni aun ví los cielos.
Tan sólo sé que pasamos
De la alta región del viento
Y que fuimos conducidos
A donde se engendra el fuego;
Pero al decir que ascendimos
A pesar de este elemento,
Que nos hubiera trocado
En chicharrones de cerdo,
Hasta el sitio en donde moran
La siete cabrillas, creo
Que Sancho miente, ó que Sancho
Sueña.— Ni sueño ni mientó,
Dice Sancho; y porque adviertan
Que lo que les digo es cierto,
Pregúntenme sus mercedes
De qué color es el pelo

De las cabras.—Soy gustosa,
Dice la Duquesa; muéstrenos
Sus señas.—Son las dos verdes,
Las dos encarnadas, siendo
Las otras dos tan azules
Como azules son los cielos.

—¿Y la séptima?—La séptima
Es de mezcla.—Modo nuevo
De cabras, observa el Duque,
Que aquí en la tierra no vemos.

—Y eso es justo, dice Sancho;
Que no han de ser en el cielo
Las cabras como en la tierra.

—Y diga el buen escudero,
Tornó á preguntar el Duque,
¿Vió por los sitios aquellos
Algún cabrón?—Ni uno solo,
Pero, si mal no recuerdo,
Oí decir que ninguno

Se pasaba de los cuernos
De la luna, porque tienen
Yo no sé qué impedimento.

Esto dijo Sancho Panza,
Y los Duques, advirtiendo
Que iba á contar cien historias
Vistas por él en el cielo,
Sin haberse separado
De aquel jardín un momento,
Declararon terminada
La aventura, disponiendo
Que les sirviesen la cena
Por hallarse un poco hambrientos.

Y aquí cuenta Cide Hamete
Que arrugando el entrecejo
Llamó Don Quijote á Sancho,
Y le dijo en tono seco:

—Puesto que vos no creísteis
Lo que yo os dí como cierto
Al hablaros de la cueva
De Montesinos, os quiero
Significar, que tampoco
Lo que habeis contado os creo,

Pues ni visteis las cabrillas
Ni disteis tales paseos,
Ni os bajásteis un instante
Del caballo Clavileño.
Por esta razón, os digo
Que habeis sido un embustero.

LXXIX

Consejos de Don Quijote.

El Duque, que no dejaba
De ser burlador eterno,
Dijo á Sancho al otro día:
— Por fin ya dictadas tengo
Mis instrucciones secretas;
Vais á partir al gobierno
Donde vuestros insulanos
Suspiran por conoceros.
Adeliñad vuestras galas,
Componed vuestros trebejos
Y aquél á quien Dios la diere
Se la bendiga San Pedro.

Oyó Sancho esta andanada,
Humillóse, y dijo luego
Con ademán reposado:
— Desde que bajé del cielo
Y antes vi desde su cumbre
Que este mundo es tan pequeño,
Se ha templado en mí muchísimo
Aquel fogoso deseo
Que de ser gobernador
Aposentaba en mi pecho.
Porque si la tierra es,
Según mis ojos la vieron,
Como un grano de mostaza
Y el hombre de mayor cuerpo
Como una avellana, poco,
Muy poco vale un imperio,

Y la mayor de las insulas
Monta muchísimo menos.
Si vuestra gran señoría
Pudiera encontrar un medio
Para darme una tantica
Pequeña parte del cielo,
Aunque fuera media legua,
La tomaría contento
Mejor que la mejor ínsula
De estos terrenales reinos.

—Eso, Sancho, dice el Duque,
Sabeis que no puedo hacerlo,
Que en esas regiones altas
Sólo manda el Ser Supremo.
La ínsula prometida,
De la que os doy el gobierno,
Es hecha y derecha, fértil,
Redonda y de buen aspecto,
Y si vos os manejaís
Con mucha maña y acierto,
Con las riquezas de abajo
Podréis ganar las del cielo.

—Bien está, venga la ínsula,
Dice Sancho; venga luego,
Que yo punaré por ser
Un gobernador perfeto,
No por alzarne á mayores,
Sino por el gran deseo
Que abrigo de gobernar
Y ver á qué sabe eso.

—Tan bien sabe, Sancho amigo,
Responde el Duque, que luego
Que lo probeis, de seguro
Os vais á chupar los dedos
Y hasta á comeros las manos
Tras de la miel del gobierno.
Mandar, ser obedecido,
Es cosa dulce en extremo,
Y más de cuatro se irían
Por conseguirlo al infierno.
A buen seguro que cuando
Don Quijote vuestro dueño

Llegue á ser Emperador,
Cosa que pronto veremos
Según van encaminadas
Sus cosas, sentirá el tiempo
Que se pasó inútilmente
Antes de llegar á serlo.
—Yo, señor, replica Sancho,
Imagino que es muy bueno
Mandar, aunque solo sea
A un rebaño de carneros.
—Con vos me entierren, buen Sancho,
Dice el Duque sonriendo,
Si de todo no entendéis;
Razón por la cual espero
Que sereis Gobernador
Cual promete el juicio vuestro.
Quédese, pues, esto aquí
Puesto que mañana mesmo
Sin dilaciones ni excusas
Habeis de ir al gobierno
De la ínsula; y os digo
Que ya prevenido os tengo
El traje que usar debeis
Para realzar vuestro empleo.
Así, pues, vuestro vestido
Será, por término medio,
Parte de letrado y parte
De capitán; que en los tiempos
Que corren, es muy preciso
Conocer bien el manejo
De las letras y las armas.
—Yo de letras poco entiendo,
Dice Sancho; pues ignoro
El A. B. C. por completo;
Pero me basta tener,
Como sin duda lo tengo,
El *Christus* en la memoria
Para ser todo un perfeto (15)
Gobernador. De las armas
Digo, señor, que en teniendo
Las que me den, manejarlas
Sabré con todo el aliento

Posible, hasta dar en tierra
Esté vivo ó esté muerto.

De este modo conversaban
El Duque y el escudero
Cuando llegó Don Quijote;
El cual, la vénia pidiendo,
Quiso conversar con Panza
A solas en su aposento.

Llevóle á él de la mano
Y con grave y circunspecto
Ademán, casi á la fuerza

Hízole tomar asiento
A su lado, ponderando
El afortunado éxito

Que ha obtenido por hacerse
Devoto de un caballero
Andante, que todavía

Tiene en lontananza el premio.

Y á fin de qué el mando ejerza

Con justicia y con acierto,
Le dá tan sabias lecciones
Y tan útiles consejos,

Que debieran escribirse
Con caracteres eternos.

— Ama y teme á Dios, le dice,
Que quien teme á Dios, propenso
Está á ser sabio, y el sabio
Nunca puede ser malévolo.

No te olvides de que un día
Fuiste guardador de puercos,
Que el que se estudia y conoce

A sí mismo, nunca es necio.

No envidies á los que solo
Son nobles por su abolengo,
Que á los timbres heredados
Superan los propios méritos.

Si á verte fuere á tu insula
Algún pariente modesto,
No desdeñes su pobreza,

Que Dios de humildad dió ejemplo.

Si á tu mujer te llevarés
Contigo, adviértele luego

Que no te ponga en ridículo
Con rústicos desaciertos.

Si enviúdas y te casas,
No elijas mujer de anzuelo
Que aceptando injustas dádivas
Quiera inclinarte al cohecho.

Nunca á la ley del encaje
Ajustes tus pensamientos,
Que eso es propio de ignorantes
Que presumen de discretos.

Las lágrimas de los pobres
Hallen piedad en tu pecho,
Pero no mayor justicia
Que del rico el juramento.

Cuando la equidad lo pida
No cargues con todo el peso
De la ley al delincuente,
Que un juez piadoso, es juez bueno.

No te haga doblar la vara
De la justicia, el vil peso
Del oro, sino la hermosa
Misericordia en que el cielo

Se refleja; y si juzgares
A un enemigo, te advierto
Que olvidar debes la ofensa
Para fijarte en el pleito.

La pasión propia no ciega
Ni ofusque tu entendimiento,
Que los yerros que ella hace
Jamás encuentran remedio.

Las lágrimas de una hermosa
Suelen ser dulce veneno,
Fijate en lo que ella pida
Y en si le asiste el derecho.

Si has de castigar con obras
A un infortunado reo,
No le redobles la pena
Con burlas y vituperios.

Si estas reglas sigues, Sancho,
Serán tus días muy luengos,
Gozarás de gran fortuna
Y habrás conquistado el cielo.

Esto en lo que hace al alma,
Que por lo que atañe al cuerpo,
Voy, amigo Sancho, á darte
Algunos otros consejos.

LXXX

Nuevas advertencias.

DESPUÉS de una corta pausa
Tomó Don Quijote aliento
Y continuó de este modo.
Hablando con su escedero:
—Lo primero que te encargo
Es que cuides del aseo
De tu persona, y te cortes
Las uñas con mucho esmero.

Hay personas que imaginan
Que el llevar muy largo el pelo
Y las uñas, es bonito,
Mas yo aseguro que es puerco.

No andes nunca desceñido,
Que el vestido descompuesto
Da indicios de que está el ánimo
Desmazalado y decrépito.

Toma con cautela el pulso
A lo que valga tu empleo,
Y si admitieres criados
Sea su uniforme modesto.

Una ostentosa librea
Pide muchos regodeos
Y un lujo desenfrenado
Tiene mal acabamiento.

Si has de vestir á seis pajes
Viste solo á tres, y el resto
Dalo á tres pobres, que así
Tendrás pajes en el cielo.

No comas por Dios cebollas
Ni ajos crudos, que al olerlos

Olerán tu villanía
Y ese olor es harto fétido.

Anda tranquilo y despacio;
Habla con reposo; pero
No te escuches á tí mismo,
Que ese es un vicio muy feo.

Come poco y cena poco,
Que la salud de los cuerpos
Se elabora en el estómago
Que no soporta un gran peso.

Sé templado en el beber,
Que el vino imprudente y ciego
Jamás cumple una palabra
Ni sabe guardar secreto.

No masques á dos carrillos,
Ni eruptes cada momento,
Como ya en otra ocasión
Advertido te lo tengo.

También Sancho te suplico
Por los ángeles del cielo
Que no hagas llover refranes
Traídos por los cabellos.

— Eso, señor, dice Sancho,
No sé si es posible hacerlo,
Porque sé tantos, tantísimos
Que cualquiera sabrá menos;
Siempre que hablo se me vienen
A la boca, en tales términos
Que la lengua va arrojando
Los últimos los primeros,
Razón por la cual á veces
No suelen venir á pelo.

Mas ya que vuesa merced
Me dá tan sabios consejos,
Digo que de aquí adelante
Yo tendré formal empeño
En que todos los que diga
Convengan por lo discretos
A la gravedad del cargo;
Que «en la casa llena, presto
Se guisa la cena;» y hombre
Apercibido, está medio

Combatido, «y Dios es Dios,»
Y el dar y el tener, gran seso
Han menester.»—Por mi vida,
Sancho, dice el caballero,
Que si te van á la mano
Encajarás mil proverbios.
Te estoy diciendo que excuses
Refranes, y en un momento
Echaste una letanía
Que se subió por los cerros
De Úbeda; ¡Oh! Sancho! Sancho!
Siempre habrás de ser tan terco.
No digo yo que un refrán
Venga mal si viene á cuento,
Pero tales retabilas
Hacen un discurso horrendo.

Cuando vayas á caballo
No echés hacia atrás el cuerpo
Ni lleves las piernas tiesas
Apartándolas del centro.

Vístete con calza entera,
Ropilla larga, herreruero
Más largo que la ropilla;
Pero no gastes gregüescos.

Esto Sancho se me ocurre
Decirte en este momento;
No olvides mis advertencias.
—Eso es, señor, lo que siento,
Por que ya por vida mia
Ninguna de ellas recuerdo;
Es decir, me acuerdo solo
De no llevar en los dedos
Uñas largas, y si enviudo
Casarme con otra debo;
Pero esotros badulaques
Y revoltillos y enredos,
Por mi imagin han pasado
Cual nube que arrastra el viento.
Mejor será que me ponga
Por escrito esos consejos,
Que puesto no sé leer
Ni escribir, con gran secreto

Los daré á mi confesor
Que me los irá leyendo
Cuando fuere necesario.
—Triste cosa y caso adverso,
Dice con tristeza el digno
Y paciente caballero;
Que todo un gobernador
No sepa escribir, ó al menos
Leer y poner su firma
Al pie de algún documento.»

LXXXI

Refranes y más refranes.

—Eso no, responde Sancho,
Que cuando fui en nuestro pueblo
Prioste, aprendí á hacer unas
Letras de palotes gruesos
Como de marca de fardo
Que, según todos dijeron,
Sinificaban mi nombre
Y en la memoria las tengo.
Además que cuando esté
En la Insula de asiento,
Fingiré que estoy tullido
De todo el brazo derecho
Y haré que firme por mí
El escribano del pueblo.
Teniendo yo mando y palo,
Garrotazo y tente tieso.
Los que quieran caloñarme
O faltar á mis preceos
Verán que al venir por lana
Trasquilados se volvieron.»
«Quien se hace de miel las moscas
Se lo comen» sin remedio:
«Tanto vales cuanto tienes;»
«Haya siempre cuerpo, cuerpo,

Y Dios sabrá darnos paño;»
«Mucho vá de Pedro á Pedro»
Y dicen «que da dos veces
Aquel que pega primero.»
—Maldito de los demonios!
Dice airado el caballero;
¿Por qué cien mil Satanases
No te llevan al momento?
Há una hora que ensartando
Estás refranes diversos
Y con cada uno que dices
Me das tragos de tormento.
Juro á Dios que esos refranes
Habrán de llevarte presto
A la horca ¡maldecido!
Por ellos, sólo por ellos,
Tus vasallos han de echarte
A puntapies del gobierno.
¿Cómo, y de dónde los sacas?
Ignorantón, trapacero!
¿De qué modo los aplicas
Aunque no vengan á cuento?
Yo, con ser yo, cuando alguno
Quiero sacarme del cuerpo,
Antes de aplicarle sudo
Porque engranarle no puedo;
Y tú sin venir al caso
Encajas mil y quinientos.
—Por Dios, señor nuestro amo,
Dice Sancho con acento
Meloso; vuesa merced
No se ponga tan colérico
Ni se pudra por tan poca
Cosa; ¿no vé que no tengo
Más hacienda, ni más casa,
Ni más viña, ni más huerto,
Que ese caudal de refranes
Que me sirven de alimento?
Y ahora se me ofrecen cuatro
Que como sortija al dedo
Vendrían pintiparados,
Y que omito, porque advierto

Que al buen callar llaman Sancho.
—No eres tú ese Sancho; pérfido!
Que buen callar, nunca fuiste,
Sino mal hablar y perro
Porfiar; pero dejando
A un lado tus devaneos
Y disparates, quisiera
Saber cuáles son aquellos
Refranes bien apropiados
Que dices se te ocurrieron.
Hace poco; que yo estoy
Devanándome los sesos
Por recordar dos siquiera
Sin dar con ninguno de ellos.
—Pues que su merced licencia
Me da, los diré al momento.
Es el primero el que dice,
Y no se enfade por ello,
Que «entre dos muelas molares
Nunca pongas tus pulgares»
Que es refrán de mucho peso.
Es el segundo el que dice:
«Mientras que en mi casa estoy
Claro está que rey me soy»
Que es también tan verdadero
Como este otro que atañe
A un hombre que tiene celos:
«Que querreis con mi mujer
No hay nada que responder»
Y el cuarto á que me refiero
Dice que si da la piedra
En el cántaro, ó el cuerpo
Del cántaro da en lo duro
De aquella, siempre es lo mismo,
Pues el cántaro se rompe
Y el pedrusco queda ileso,
Y todos estos refranes
Señor, vienen muy á pelo.
Con el que manda ninguno
Trate de ponerse tieso,
Que será como poner
Entre dos muelas los dedos.

Y si un Gobernador dice:
Idos de casa al momento
Y á mi mujer ¿qué querreis?
No hay más que guardar silencio.
Y del cántaro no digo
Nada, porque se está viendo
La intención del refrancico,
Aunque el que mire sea ciego.
Por eso, «todo el que vea
La mota en el ojo ajeno
Mire la viga en el suyo,»
Porque de él no digan luego:
«Espantóse la difunta
De la degollada,» siendo
La verdad del caso, que
Según dice otro proverbio,
«Más sabe el necio en su casa
Que el sabio en la ajena.»— Eso,
Dice Don Quijote, es falso;
Y yo con razón lo niego.
El que es tonto, nada sabe
En su hogar ni en el ajeno;
Nació en necio, en necio vive
Y también morirá en necio.
En fin, si mal gobernares
Sea para tí el vilipendio
Y para mí la vergüenza
De llevarte á tal empleo.
Consuélame, sin embargo,
La idea de haberte puesto
En buen camino, ayudándote
Con mis prudentes consejos.
Dios te guíe y bondadoso
Te gobierne en tu gobierno,
Librándome del escrúpulo
Que dentro del alma siento.
Al pensar que acaso pongas
Con tu gran falta de seso
Patás arriba tu Insula
Dando á las leyes tormento.
— Eso no, responde Sancho;
Que si no está satisfecho